

El diablo embotellado
y otros cuentos

El diablo embotellado
y otros cuentos

Robert Louis Stevenson



Editorial Gente Nueva

Edición: Janet Rayneri Martínez
Diseño y composición: Alina Alfonso Moreno
Cubierta: Reynerio Tamayo Fonseca
Diseño de cubierta: Armando Quintana Gutiérrez

© Sobre la presente edición: Editorial Gente Nueva, 2006

ISBN 959-08-0767-4

Instituto Cubano del Libro, Editorial Gente Nueva,
calle 2 no. 58, Plaza de la Revolución,
Ciudad de La Habana, Cuba

El diablo embotellado

Hubo una vez un hombre, natural de Hawai, al que llamaré Keawe, pues la verdad es que todavía vive y su nombre conviene mantenerlo en secreto. El lugar de su nacimiento estaba no lejos de Honaunau, donde yacen los restos de Keawe el Grande ocultos en una cueva. Era nuestro hombre pobre, valiente y activo; podía leer y escribir como un maestro de escuela; era también un marino de primera calidad, pues había navegado durante algún tiempo en los barcos de vapor de la isla, y timoneaba ahora un ballenero por las costas de Hamahua. Un día, a Keawe se le ocurrió ver más mundo y ciudades extranjeras, y se embarcó en un buque que partía para San Francisco.

Esta es una ciudad hermosa, dotada de un bello puerto y habitada por innumerable gente rica. Y, en particular, tiene una colina toda cubierta de palacios. En esta colina se hallaba un día nuestro Keawe dando un paseo, con algún dinero en los bolsillos, y contemplando con placer las espléndidas y espaciosas residencias. «¡Qué hermosas casas hay aquí, y cuán feliz debe de ser la gente que habite en ellas, sin preocuparse

por el día de mañana!» Esto es lo que pensaba cuando llegó nuestro hombre frente a una casa que era más pequeña que las demás, pero toda tan hermosa y bien terminada que parecía un juguete. Las gradas de aquella residencia brillaban como plata, los arriates del jardín florecían como guirnaldas, y las ventanas resplandecían como diamantes. Keawe se detuvo ante esta casa y se maravilló por todo lo que veía. Aunque estaba algo absorto, se percató de que una persona miraba hacia afuera a través de la ventana, y tan claramente se le veía, que Keawe podía contemplarla como se ve un pez en la balsa transparente que forman los arrecifes. La persona de la ventana era un hombre de edad madura, calvo y de barba negra, y en su rostro se advertían las huellas del pesar. En aquel instante suspiraba con honda tristeza. Lo cierto es que así como Keawe miraba al de la ventana, este contemplaba a Keawe, y cada uno en sus miradas envidiaba la suerte del otro.

De pronto el hombre sonrió, movió la cabeza e hizo señas a Keawe de que se acercase, y fue a reunirse con este a la puerta de la casa.

—Esta es mi hermosa casa —le dijo el hombre a la vez que suspiraba amargamente—. ¿No tendría usted interés en ver las habitaciones?

El dueño de la casa le enseñó desde el sótano hasta la azotea, y Keawe quedó atónito ante tanta perfección.

—Es una casa preciosa. Si yo viviese en una semejante, me reiría de todo el mundo. ¿Por qué suspira usted entonces?

—No existe impedimento alguno para que usted posea —le dijo el desconocido— una casa semejante

a esta, y aun más hermosa, si lo desea. Porque supongo que usted tiene dinero.

—Tengo solo cincuenta dólares —replicó Keawe—, pero una casa como esta cuesta mucho más de cincuenta dólares.

El desconocido calculó mentalmente, y continuó diciendo:

—Siento que no tenga usted más dinero, porque esto le acarreará dificultades en el futuro, pero será de usted por cincuenta dólares.

—¿La casa?

—No, la casa no —replicó el propietario—, sino la «botella». Pues he de decir a usted que, aunque parezca tan rico y afortunado, toda mi fortuna, esta misma casa y su jardín, proviene de una botella no mucho mayor que una pinta.¹ Aquí está.

Y abrió una gaveta cerrada con llave y sacó una botella redonda y panzuda, de cuello largo; el vidrio de la botella era blanco como la leche, con cambiantes tornasolados en las vetas, semejantes a los colores del arco iris. En su interior algo se movía, en la oscuridad, como una sombra en un fuego.

—Esta es la botella —dijo el hombre, y al ver que Keawe se reía, añadió—: ¿No me cree? Pruebe, entonces, usted mismo. Trate de romperla.

Keawe tomó la botella y la arrojó al suelo una y otra vez hasta que se cansó, pero la botella rebotaba como una pelota y no sufría ningún desperfecto.

¹Pinta. Antigua medida de capacidad para líquidos. (*Todas las Notas son del Editor.*)

—Es extraño —dijo Keawe—, porque tanto por el tacto como por la apariencia esta botella parece de vidrio.

—Y es de vidrio —replicó el desconocido suspirando más tristemente que antes—, pero está templado en las llamas del infierno. Un diablo habita en ella y esa es la sombra que nosotros contemplamos moviéndose en su interior; por lo menos así lo creo yo. A cualquier hombre que compre esta botella el diablo lo obedecerá, y todo lo que aquel desee: amor, fama, dinero, casas como esta, o ciudades como en la que estamos, todo será suyo con solo pronunciar una palabra. Napoleón poseyó esta botella y por eso llegó a ser emperador del mundo; pero la vendió y conoció la derrota. El capitán Cook¹ también la tuvo en su poder, y gracias a ella llegó a descubrir tantas islas; pero él también la vendió y después fue muerto en Hawai. Porque una vez que se vende, cesa el poder, y también la protección; y, a menos que un hombre se contente con lo que tiene entonces, le sobrevendrán desgracias.

—¿Y todavía habla usted de venderla?

—Yo tengo todo lo que deseo y estoy ya pasando de la edad madura —replicó el hombre—. Hay una sola cosa que el diablo no puede hacer: prolongar la vida; y no sería justo ocultarle que existe un grave inconveniente con la botella: si un hombre muere antes de lograr venderla, sufrirá el tormento de que su cuerpo se queme en el infierno para siempre.

¹James Cook (1728-1779). Célebre explorador y navegante inglés, famoso por los tres viajes de exploración que hizo al sur del océano Pacífico y a las costas de Norteamérica.

—Ya se ve que es un inconveniente, y es bueno no equivocarse —exclamó Keawe—. No quiero juegos con cosas de tal naturaleza. Puedo pasarme sin una casa, gracias a Dios, pero en lo que no puedo transigir ni una pizca es en condenarme.

—Querido, no debe usted perder la cabeza por esta circunstancia —replicó el desconocido—. Todo lo que debe tener muy presente es que ha de usar el poder del diablo con moderación, y después vender la botella a otra persona, del mismo modo que yo a usted, y terminar cómodamente su vida.

—Está bien, pero observo dos cosas —argumentó Keawe—: Todo el tiempo usted ha estado suspirando como una doncella enamorada; esta es una, y la otra es que vende la botella muy barata.

—Ya le he explicado por qué suspiro —contestó el vendedor—. La causa es por el temor de que mi salud se quebrante; y como acaba usted de decir, morir e ir al infierno es una calamidad para todo ser humano. Respecto a por qué vendo la botella tan barata, tengo que explicarle que existe cierta particularidad con relación a este punto. Hace mucho tiempo, cuando el diablo la trajo a la Tierra, la botella era carísima, y fue vendida en primer término al Preste Juan¹ en muchos millones de dólares; pero quedó establecido que no se podrían efectuar nuevas ventas, a menos que cada una fuese con pérdida respecto a su precedente. Si usted

¹Preste Juan. Título legendario del emperador de los abisinios, en la Edad Media, del que se creía que poseía un inmenso reino en algún lugar indeterminado de Asia o África.

vende la botella al mismo precio que abonó por ella, esta retorna a usted de nuevo como una paloma mensajera. Por consiguiente, el precio ha ido disminuyendo durante estos siglos y la botella resulta ahora notablemente barata. Yo se la compré a uno de mis mejores vecinos de esta colina y solo pagué por ella noventa dólares. Yo podría venderla hasta por ochenta y nueve dólares con noventa y nueve centavos, pero ni una moneda más, o la botella volvería a mí. Ahora bien, en todo esto hay dos inconvenientes: primero, cuando usted ofrece una botella tan singular por ochenta y tantos dólares, la gente supone que usted se burla; segundo..., pero no hay que apresurarse acerca de esto: no hay que hablar de ello. Lo importante es que usted ha de recordar lo que pagó por ella.

—¿Cómo podré saber que todo esto es verdad? —preguntó Keawe.

—Algo podrá usted averiguar y comprobarlo enseguida —replicó el desconocido—. Deme sus cincuenta dólares, tome la botella y desee usted que sus cincuenta dólares vuelvan a su bolsillo. Si esto no acontece, yo empeño mi palabra de honor y declaro que, lamentándolo mucho, nuestro convenio quedará roto y le devolveré su dinero.

—¿No me engaña usted? —preguntó Keawe.

El vendedor lanzó un gran juramento, y al oírlo, Keawe transigió:

—Bueno, me arriesgaré también, pues no puede perjudicarme —y le pagó los cincuenta dólares al hombre y este le entregó la botella.

—Diablo de la botella, yo deseo que mis cincuenta dólares retornen a mí —y no acababa de pronunciar estas palabras cuando su bolsillo se hallaba tan repleto como antes—. No hay duda de que es una botella maravillosa —afirmó Keawe.

—Y ahora, buenos días, mi simpático compañero, ¡y que el diablo lo acompañe en vez de a mí! —le dijo el misterioso vendedor.

—¡Aguarde! —exclamó Keawe—. No deseo proseguir esta broma. Tenga de nuevo su botella.

—Amigo, usted la ha comprado por menos dinero del que pagué por ella —replicó el desconocido frotándose las manos—; por lo tanto, la botella ahora es suya; y por mi parte solo me interesa verlo marcharse —y dicho esto, y seguido por un sirviente chino, condujo a Keawe fuera de la casa.

Cuando Keawe estuvo en la calle con la botella debajo del brazo, empezó a pensar: «Si fuese verdad todo lo relativo a esta botella, yo habría hecho un mal negocio —juzgó—. Pero tal vez ese hombre solo me ha engañado». Lo primero que hizo fue recontar su dinero; la cantidad era exacta: cuarenta y nueve dólares norteamericanos y uno en moneda chilena. «Parece que es verdad —afirmó Keawe—. Ahora probaré otra cosa».

Las calles, en aquella parte de la ciudad, estaban tan despejadas como la cubierta de un barco, y aunque ya era mediodía, no se veían peatones. Entonces Keawe dejó la botella en la cuneta y se marchó. Por dos veces miró hacia atrás y allí estaba la botella lechosa, redonda y panzuda, donde la había dejado. Por tercera vez volvió a mirar y dobló una esquina,

pero no bien acababa de hacer esto, cuando sintió que algo se le clavaba en el codo, y he aquí que era el cuello largo de la botella que, como era panzuda, hacía bulto en el bolsillo de su impermeable.

«Parece que no hay duda» —se dijo Keawe.

Lo que hizo después fue comprar un sacacorchos en un bazar y, apartándose hacia unos sembrados, intentó allí sacar el corcho; pero cuantas veces probó a sacarlo, otras tantas saltaba el sacacorchos y el corcho quedaba tan entero como antes.

—Este corcho es singular —dijo Keawe, y enseguida comenzó a temblar y a sudar, porque estaba atemorizado.

Yendo de regreso camino del puerto, vio una tienda donde un hombre vendía cascos y cachiporras de la isla, antiguas divinidades paganas, monedas viejas, cuadros de China y Japón, y toda suerte de cosas raras que la gente de mar trae en sus cofres marinos. Al ver aquello, Keawe tuvo una idea. Se acercaría a ese hombre y le ofrecería la botella por cien dólares. El dueño de la tienda sonrió y le ofreció cinco dólares; pero, por supuesto, se trataba de una botella rara; nunca había visto un vidrio semejante en objetos manufacturados de esa sustancia, ni tan preciosos colores refulgiendo bajo el blanco lechoso, y menos tan extraña sombra revoloteando en el centro. Después de mucho regatear respecto a la bondad de la botella, el tendero entregó a Keawe sesenta dólares de plata y la colocó en un anaquel situado entre dos ventanas.

«Bien —se dijo—, he vendido por sesenta dólares lo que compré por cincuenta, o para hablar con más

propiedad, por un poco menos, porque uno de mis dólares me lo dieron en moneda chilena. Ahora sabré la verdad acerca de la otra condición».

Se fue a su camarote, y cuando abrió su cofre, ¡oh sorpresa!, allí estaba la botella, que había llegado más rápido que él. Se hallaba en aquel momento en el camarote un compañero de Keawe apellidado Lopaca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lopaca—. ¿Qué mira tan asombrado en su cofre?

Ambos estaban solos en el castillo de popa y Keawe le confió su secreto.

—He aquí un negocio bien extraño —afirmó Lopaca—. Temo que sufrirá molestias por esta botella; pero hay un punto que está muy claro, y es que usted está seguro de las dificultades que ha de acarrearle; pero convendría que también lo estuviera de los beneficios. Decídase de una vez: ¿qué pretende de esa botella? Dé sus órdenes, y si sus deseos se cumplen, yo mismo le compraré la botella; porque tengo la idea de hacerme con una goleta propia para negociar entre las islas.

—Mi ilusión no es esa, sino poseer una hermosa casa y jardín en la costa de Kona, donde nació, en la que el sol penetre hasta la puerta, las flores abunden en el jardín, los vidrios refuljan en las ventanas, los cuadros adornen las paredes y se vean sobre todas las mesas pequeños adornos de porcelana y finos tapetes; todo igual a lo que vi en la casa donde solo estuve un día. La quiero con un piso más, y con balcones, tal como la del palacio del rey; y deseo vivir allá sin preocupaciones y divertirme con mis amigos y parientes.

—Está bien —dijo Lopaca—, nos llevaremos la botella de vuelta con nosotros a Hawai, y si todo se cumple como usted supone, le compraré la botella como le prometí, y entonces pediré una goleta.

Lo convinieron así, y no pasó mucho tiempo sin que el vapor llevase, de retorno hacia Honolulu,¹ a Keawe, a Lopaca y a la botella. Apenas habían desembarcado, encontraron en el muelle a un amigo, quien lo primero que hizo fue dar el pésame a Keawe.

—No sé por qué me da el pésame —respondió Keawe.

—¿Es posible que no haya oído todavía que su anciano tío, aquel buen viejo, ha fallecido, y su primo, aquel hermoso muchacho, ha muerto ahogado?

Keawe se afligió mucho, y empezó a llorar y a lamentarse tanto que se olvidó de la botella. Pero Lopaca pensaba por cuenta propia, y cuando el pesar de Keawe amainó, le dijo:

—Estaba pensando que quizás tenía su tío algunas tierras en Hawai, en el distrito de Kau...

—No precisamente en Kau —contestó Keawe—, sino hacia las sierras, un poco más hacia el sur de Hookena.

—¿Esas tierras pasarán ahora a ser tuyas? —preguntó Lopaca.

—Sí —respondió Keawe, y de nuevo se lamentó por la pérdida de sus parientes.

—Este no es momento para lamentaciones —replió Lopaca—. Se me ocurre una idea. ¿Habrás ocasionado la botella todas estas desgracias? Porque este es el lugar propio para su casa.

¹Honolulu. Capital de Hawai.

—Si esto fuera así —gritó Keawe—, sería un modo horrible de complacerme. Pero esto es posible, porque precisamente esa es la región donde imaginé mi casa ideal.

—La casa, sin embargo, no está todavía construida —dijo Lopaca.

—No, no parece que sea así —contestó Keawe—, porque aunque mi tío poseía algunas plantaciones de café, de ava¹ y de plátanos, eso no me proporcionaría grandes riquezas; y el resto de su posesión es tierra de lava negra.

—Vamos al abogado —dijo Lopaca—; todavía tengo una idea en mi mente.

Cuando llegaron a la oficina del abogado se enteraron de que el tío de Keawe había reunido tal fortuna en sus últimos días que era multimillonario.

—¡Ya tiene usted el dinero para la casa! —gritó Lopaca.

—Si usted desea construir una casa nueva, he aquí la dirección, en esta tarjeta, de un arquitecto recién llegado, pero de quien ya se habla mucho.

—¡Tanto mejor! —exclamó Lopaca—. Parece que todos nuestros planes se realizan a pedir de boca; sigamos obedeciendo las órdenes.

Fueron a ver al arquitecto y este les mostró proyectos de casas que tenía sobre su escritorio.

—Usted desea algo no común —dijo el arquitecto—. ¿Le gusta este proyecto? —y extendió a Keawe un plano.

Al posar Keawe su mirada en el plano, no pudo reprimir un grito, pues lo que allí aparecía dibujado era

¹Ava ava. Raíz con la cual se hace una bebida.

exactamente la casa que había visto en su imaginación. «Me gusta esta casa —pensó—, aunque no me agrada la forma en que ha llegado a mí; sin embargo, no me produce una impresión desfavorable y pienso aprovechar tanto lo bueno como lo malo».

Keawe manifestó al arquitecto todo lo que deseaba y cómo le gustaría tener la casa amueblada, adornadas las paredes con cuadros, y con chucherías las mesas; y preguntó al arquitecto cuánto le costaría la obra con todos sus detalles.

El arquitecto hizo muchas preguntas y tomando la pluma calculó lo que costaría. Cuando concluyó sus operaciones, señaló la misma cantidad que Keawe acababa de heredar.

Lopaca y Keawe se miraron y asintieron con la cabeza.

«Es evidente que he de poseer esta casa lo quiera o no —pensó Keawe—. Proviene del diablo y temo que nada bueno saldrá de esto; pero sí estoy seguro que no desearé nada más mientras la botella esté en mi poder. Con la casa ya estoy comprometido, y he de aceptar no solo lo provechoso, sino también los inconvenientes de este asunto».

En efecto, determinó con el arquitecto las cláusulas del contrato y firmaron un documento; después Keawe y Lopaca se embarcaron otra vez hacia Australia, porque habían convenido entre ellos que no debían intervenir en absoluto ni en la construcción ni en el adorno de la casa, sino dejarlo todo al gusto del arquitecto y del diablo de la botella.

El viaje de vuelta fue una buena travesía. Pero Keawe debió estar todo el tiempo sobre aviso, porque se había jurado que no desearía nada nuevo ni aceptaría más favores del diablo. Volvieron cuando había transcurrido el tiempo concedido al arquitecto. Este les dijo que la casa estaba ya lista, y entonces Keawe y Lopaca tomaron pasaje en el vapor *Hall* y se dirigieron, vía Kona, a ver la finca y comprobar si todo había sido efectuado conforme a las ideas que tenía Keawe en su mente.

La casa se hallaba en la ladera de la montaña y se veía desde los barcos. Por encima, el bosque se elevaba hacia las nubes preñadas de lluvia; hacia abajo, la negra lava se extendía hasta los arrecifes donde estaban enterrados los antiguos reyes. Un jardín florecía alrededor de la casa, esmaltado con diferentes matices de flores. A un lado se veía un huerto de fruta bombas y al otro, uno de árboles del pan, y precisamente frente al mar había sido erigido un mástil de un barco para que ondease en él la bandera. Por lo que se refiere a la casa, era de tres pisos y cada uno tenía grandes habitaciones con amplios balcones. Los vidrios de las ventanas eran tan transparentes como el agua y tan brillantes como el día. Las habitaciones estaban adornadas con toda clase de muebles. De los muros pendían los cuadros con marcos dorados: cuadros de barcos y de hombres luchando, de las más hermosas mujeres y de paisajes singulares. En ninguna parte del mundo hay cuadros de color tan nítido como los que Keawe encontró en su casa.

Por lo que toca a los adornos, eran en extremo delicados: relojes de carillón y cajas de música, hombrecitos moviendo la cabeza, libros llenos de dibujos, escudos de valía de todas las partes del mundo y los más divertidos rompecabezas para distraer el ocio de un hombre solitario. Y como a nadie le hubiera gustado tener una casa tan espaciosa solo para pasear por ella y contemplarla, había unos balcones tan amplios que podían dar cabida a gusto a una ciudad entera. Por eso, Keawe no sabía cuál habitación preferir: si la terraza trasera, por donde penetraba la brisa de la montaña y que daba sobre los huertos y las flores, o el portal, desde donde se podía respirar aire del mar, contemplar la ladera de la montaña y vislumbrar el barco *Hall* en su viaje semanal entre Hookena y las colinas de Pele, o las goletas que navegaban por la costa en busca de madera, ava ava y plátanos.

Keawe y Lopaca, una vez visto todo, se sentaron en el portal.

—Muy bien. ¿Está todo como usted lo había pensado? —preguntó Lopaca.

—Las palabras no pueden expresar lo que siento —contestó Keawe—. Todo está mejor de lo que yo soñaba, y me siento trastornado de satisfacción.

—Solo debemos considerar una cosa —dijo Lopaca—, y es que todo esto puede ser natural, y que el diablo de la botella no tenga nada que ver. Ahora, si yo comprara la botella y después de todo no lograra la goleta que deseo, me habría arriesgado inútilmente. Sé que le di mi palabra de comprarla, pero también pienso que no se negará a concederme alguna prueba más.

—He jurado que no aceptaré más favores del diablo —dijo Keawe—; ya he pedido demasiado.

—No exijo que le pida un nuevo favor —replicó Lopaca—, solo deseo ver al diablo en persona. Con eso no se pierde nada ni hay nada de qué avergonzarse y, sin embargo, si yo lo viese una sola vez, estaría seguro del asunto. Acceda a mis deseos y permítame ver al diablo; después de haberlo visto, le compraré la botella. He aquí el dinero preparado.

—Una sola cosa me asusta —dijo Keawe—. Acaso el diablo parezca tan horrible que si posa usted la mirada en él puede ser que no desee la botella.

—Soy un hombre de palabra —dijo Lopaca—, y aquí está el dinero.

—Muy bien —replicó Keawe—. Yo también tengo curiosidad por verlo. Así que venga, señor diablo, y permítanos verlo.

Casi no había acabado de decir esto cuando el diablo los miró desde la botella una y otra vez, tan rápido como una lagartija; esta aparición paralizó a Keawe y a Lopaca. Ya había anochecido cuando pudieron recobrar el dominio de su mente y la facultad de hablar, y entonces Lopaca tendió el dinero hacia Keawe y tomó la botella.

—Soy un hombre de palabra —dijo—, pues si no lo fuera no tocaría esta botella ni con el pie. Está bien; lograré una goleta y dinero para mi bolsillo; después me libraré de este diablo tan pronto como pueda. Porque, a decir verdad, su imagen me ha descorazonado.

—Lopaca —dijo Keawe—, no quiero que piense mal de mí; sé que es de noche y los caminos malos, y el

paso por el cementerio es tenebroso a esta hora, pero confieso que desde que he visto el diminuto rostro del diablo no podré comer ni dormir ni rezar hasta que se aleje de mí. Le daré una linterna y una canasta para colocar la botella y cualquier cuadro o cosa de valor de mi casa que más le agrade; pero váyase enseguida y duerma en Hookena, con Nahinu.

—Keawe —dijo Lopaca—, muchos hombres tomarían esto a mal; sobre todo cuando yo me estoy portando tan amistosamente con usted al mantener mi palabra y comprar la botella. Por todo esto: por ser de noche y por la oscuridad, el paso por las tumbas ha de ser diez veces más peligroso para un hombre con semejante pecado sobre su conciencia, y con tal botella debajo del brazo. Sin embargo, por mi parte me encuentro en extremo atemorizado y no tengo corazón para maldecirlo. Me voy, y ruego a Dios que pueda usted ser feliz en su casa; yo, afortunado con mi goleta, y ambos lleguemos al cielo, a pesar del diablo y de su botella.

Entonces, Lopaca se fue hacia la montaña, mientras Keawe, de pie en el balcón del frente, escuchaba el trotar del caballo y observaba cómo la linterna relucía por el sendero y por entre los riscos de las cuevas donde yacían los antiguos reyes. Durante todo este tiempo temblaba y se apretaba las manos, rezando por su amigo, a la vez que daba gracias a Dios por haber escapado de aquel peligro.

Pero el día siguiente amaneció tan radiante y su nueva casa aparecía tan deliciosa para ser habitada, que se disiparon sus temores. Los días se sucedían y

Keawe vivía en la casa en continua alegría. Su sitio preferido era la terraza de la parte posterior, donde comía, pasaba el tiempo y leía las novedades de los diarios de Honolulu. Cuando llegaba alguien se le permitía ver la casa, los cuadros y las habitaciones. La fama se propagó por todas partes, y fue llamada Ka-Hale Nui —la Casa Grande— en toda la región de Kona; también, la Casa Resplandeciente, pues Keawe pagaba a un chino para que durante todo el día limpiase con paños y cepillos. Los cristales, los dorados, las delicadas chucherías y los cuadros resplandecían como una clara mañana. Keawe no podía pasar por aquellas habitaciones sin cantar, pues su corazón rebosaba de alegría; y cuando los barcos surcaban el mar, él enarbolaba su enseña y sus colores en el mástil.

Pasó algún tiempo hasta que Keawe decidió ir a Kailua para visitar a sus amigos. Estos lo agasajaron muy bien; pero al día siguiente se retiró muy temprano, y al galope de su caballo tomó el camino de su casa, pues se impacientaba por verla y estar otra vez en ella; además, esa noche era la fecha en que los muertos salían de sus tumbas y vagaban por los alrededores de Kona; y como había estado en relaciones con el diablo, puso buen cuidado en no encontrarse con los difuntos. Un poco más hacia adelante, más allá de Honaunau, Keawe notó la presencia de una mujer que se bañaba en la orilla del mar; al parecer se trataba de una muchacha bien desarrollada, aunque al principio él no le prestó mucha atención. Sin embargo, más tarde Keawe vio cómo se agitaba la blanca camisa de la muchacha

y luego su rojo *holoku*¹ al vestirse, y cuando él llegó frente a la joven ya esta había acabado de arreglarse y se encontraba de pie a un lado del camino. El baño de mar la había refrescado y sus ojos, que eran hermosísimos, brillaban. Al verla así, Keawe tiró de las riendas y detuvo su caballo.

—Creí que conocía a todas las personas de esta región —dijo—. ¿Cómo es posible que no la conozca?

—Soy Kokua, la hija de Kiano —respondió la muchacha—, y acabo de regresar de Oahu. Pero, ¿quien es usted?

—Después le diré quién soy, no ahora —respondió Keawe apeándose—. Porque en este momento se me ocurre una idea, y si usted supiera quién soy, pues seguramente habrá oído hablar de mí, puede ser que no me diera una respuesta sincera. Pero, ante todo, dígame: ¿está casada?

Al oír esta pregunta, Kokua se echó a reír.

—Hace usted muchas preguntas —afirmó, preguntando también a su vez—: Y usted, ¿es casado?

—Le aseguro que no, Kokua —replicó Keawe—, y nunca hasta este momento pensé en casarme. Pero le voy a decir toda la verdad. Al encontrarla aquí en este camino y ver sus ojos, que parecen dos estrellas, mi corazón voló hacia usted tan ligero como un pájaro. Ahora bien, si no siente nada por mí, dígame, y volveré a emprender mi marcha; pero si juzga que no soy peor que cualquier otro joven, dígame también,

¹*Holulu*. Vestido de una sola pieza, usado por las nativas de esas islas.

e iré a casa de su padre esta misma noche y mañana le hablaré.

Kokua no respondió palabra alguna, pero miraba hacia el mar y se reía.

—Kokua —dijo Keawe—, si no me dices nada, lo interpretaré como buena respuesta. ¡Vamos a casa de tu padre!

La joven iba delante sin hablar; solo de cuando en cuando miraba hacia atrás y al punto esquivaba su mirada; caminaba mordisqueando las cintas de su sombrero.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Kiano salió al balcón y saludó a Keawe por su nombre. Al oírlo la muchacha, levantó su mirada asombrada pues la fama de la gran residencia había llegado hasta ella; y, por cierto, la casa era una gran tentación. Pasaron toda esa noche juntos y muy alegres; la muchacha se mostró tan arrogante como atrevida en presencia de sus padres, mofándose amigablemente de Keawe, pues poseía una inteligencia muy viva. Al día siguiente, Keawe habló unas palabras con Kiano y después se encontró con la muchacha a solas.

—Kokua —le dijo—, anoche te burlaste de mí durante toda la velada; todavía tienes tiempo de despedirme. Yo no quería decirte quién era porque poseo una casa elegante y temí que tú podrías pensar demasiado en la casa y muy poco en el hombre que te ama. Ahora ya lo sabes todo, y si no quieres verme más, dímelo enseguida.

—No —fue la afirmación de Kokua, y al aceptarlo ya no se reía, ni Keawe le preguntó nada más.

Este fue el noviazgo y galanteo de Keawe; todo sucedió a la velocidad con que la flecha hiende el aire, y aunque la bala de un rifle es aún más veloz, ambas alcanzan el blanco. Todo había sucedido muy rápido y también había llegado muy lejos. La imagen de Keawe se grabó de manera profunda en la mente de Kokua; esta oía sonar su voz con acento inconfundible entre las olas que azotaban la lava, y por este joven a quien había visto solo dos veces hubiera dejado al padre, a la madre y a su isla nativa. Por lo que se refiere a Keawe, volaba a caballo por el sendero de la montaña bajo el risco de las tumbas, y el sonido de las herraduras de su corcel y el canto que el propio jinete, loco de alegría, entonaba para sí, repercutían en las cavernas de los muertos. Keawe, cantando, retornó ese día a la Casa Resplandeciente. Se sentó y comió en la galería amplia y espléndida; y el sirviente chino se extrañaba de la alegría de su amo al oírlo cantar entre bocado y bocado. El sol se hundió en el mar y llegó la noche; Keawe, en lo alto de las montañas, se paseaba por las galerías a la luz de los faroles, cantando sin cesar, tanto, que su canción extrañaba a los marineros de las embarcaciones.

«Me encuentro ahora en este elevado lugar que lo domina todo —pensó—. La vida no puede presentármeme mejor; me hallo en la cumbre de la montaña y todas las rocas que miro a mi alrededor están por debajo de esta. Por primera vez quiero encender la luz en las habitaciones y bañarme en mi elegante bañera con agua fría y caliente, y solo dormir en la alcoba nupcial».

El sirviente chino recibió órdenes de encender las calderas, y mientras estaba ocupado en cumplir estas órdenes en el sótano cerca de la cocina, oía a su amo cantar y regocijarse arriba en las habitaciones, profusamente iluminadas. Cuando el agua estuvo caliente, el chino avisó a su amo. Keawe entró en el cuarto de baño. El chino lo oía seguir cantando, mientras llenaba la bañera de mármol y se desnudaba. De pronto cesó el canto. El chino prestó atención, y al no oír ya cantar, preguntó a su amo si todo estaba bien. Keawe le contestó que sí y que se fuera a dormir. Ya no se oyó cantar más en la Casa Resplandeciente, pero en cambio el chino oyó a su amo ir y venir sin descanso por la galería.

Lo que había pasado era que al desnudarse Keawe notó en su cuerpo una mancha parecida al liquen en una roca; eso fue lo que truncó el canto. Keawe comprendió la significación de esa mancha: sabía que se había contagiado del mal de los chinos: ¡la lepra!

Es muy triste para cualquier persona darse cuenta de que se halla atacada por esa enfermedad. Para cualquiera sería penoso tener que abandonar una mansión tan hermosa y cómoda, y partir lejos de sus amigos a la costa norte de Molokai, hacia aquel destierro que se encuentra entre elevados riscos y rompeolas. Pero, ¿qué significaba todo esto si lo comparamos con el sufrimiento de Keawe, quien habiendo encontrado su amor el día anterior, habiéndolo conquistado precisamente esa misma mañana, veía ahora quebrantarse sus ilusiones y esperanzas como se hace añicos una copa de cristal?

Durante un tiempo, Keawe permaneció sentado en el borde de la bañera; después dio un salto y, gritando, salió corriendo; y corría como un desesperado de acá para allá a todo lo largo de la galería.

«Sin lanzar la menor protesta yo podría abandonar Hawai, y la casa de mis padres —pensaba Keawe—. Con facilidad podría dejar este palacio de muchas ventanas, situado en este elevado lugar en la cumbre de la montaña. Muy resueltamente podría ir a Molokai, a Kalaupapa, en medio de los riscos, para vivir entre los leprosos y morir al fin allí, lejos de mis padres. Pero, ¿qué mal he cometido, qué pecado pesa sobre mi alma para que encontrase ayer tarde a Kokua, fresca y resplandeciente, al salir del mar? ¡Kokua, cuya alma me ha trastornado! ¡Kokua, la luz de mi vida! Ya nunca podré casarme con ella, nunca más podré verla, ni tocarla con mis manos cariñosas. Y por eso me lamento, por ti, ¡oh Kokua!»

Conviene notar qué clase de hombre era Keawe. Sin ninguna dificultad hubiera podido vivir en la Casa Resplandeciente durante muchos años sin que nadie se hubiese enterado de su enfermedad; pero esto era a costa de la pérdida de Kokua, y eso no lo podría sufrir. También podía haberse casado con ella, aun estando enfermo; muchos lo hubiesen hecho, porque tienen el alma negra; pero Keawe amaba a Kokua tiernamente y había determinado no hacerle daño alguno ni exponerla al peligro del contagio.

Pasada la medianoche se acordó de la botella. Keawe se dirigió entonces a la terraza situada en la parte trasera de la casa y se acordó del día en que el diablo

lo miró desde la botella; y al recordar esa mirada le pareció sentir que la sangre se le helaba en las venas.

«Cosa horrible es la botella —pensó—, y horrible es el diablo, y también es horrible el exponerse a las llamas del infierno. Pero, ¿qué otra esperanza me queda de curarme y de casarme con Kokua? ¿Por qué no he de molestar al diablo nuevamente para poder estar con ella, si solo lo he molestado una sola vez para lograr esta casa?»

Después recordó Keawe que al día siguiente regresaba el barco *Hall* a Honolulu. «Allá es donde tengo que dirigirme ante todo para visitar a Lopaca —pensó—, pues la única esperanza que me queda es recuperar la botella de la que me libré con tanta alegría».

Keawe no pudo conciliar el sueño un solo minuto; la comida no le pasaba por la garganta. Sin embargo, remitió una carta a Kiano, y a la hora aproximada de la llegada del vapor bajó a caballo serpenteando el risco de las tumbas. Llovía; el caballo andaba con dificultad; Keawe miraba los negros agujeros de las cuevas y envidiaba a los muertos que dormían allí ya libres de pesares; recordaba cómo había galopado el día anterior y se asombraba de aquel cambio tan repentino. Por fin llegó a Hookena, donde, como de costumbre, se hallaba apiñada toda la población en espera del barco. Muchas personas estaban sentadas a la sombra, en el almacén, bromeando y contando las novedades del día; pero Keawe no sentía deseos de hablar: solo miraba cómo caía la lluvia sobre las casas y cómo las olas se rompían contra las rocas, y entonces se le anudó aún más la garganta.

—Miren a Keawe, el de la Casa Resplandeciente; no parece muy animado —se decían los parroquianos. Esto era cierto, pero no había por qué extrañarse.

Poco después llegó el *Hall*, y Keawe se dirigió a él en un bote ballenero. La popa del barco estaba atestada de *haoles*¹ visitantes del volcán, excursión acostumbrada; en la parte central del barco se apretujaban los canacos,² y en la proa se veían toros salvajes de Hilo y caballos de Kau. Keawe, apartándose de todos, se sentó, y su mirada se dirigió hacia la casa de Kiano. Esta se levantaba allá abajo en la costa, entre las negruzcas rocas y bajo la sombra de palmeras, y allí frente a la puerta un *holoku* rojo, no mayor que una mosca a tal distancia, se movía de un lado para otro, diligente como una hormiga. «¡Ah, reina de mi corazón —gritó Keawe para sí—; voy a arriesgar mi alma para conquistarte!»

No mucho después del crepúsculo, y cuando se encendieron las luces, los *haoles*, como de costumbre, se sentaron para jugar a los naipes y beber whisky. Pero Keawe se paseó por la cubierta toda la noche, y también durante todo el día siguiente, mientras el barco navegaba próximo a las costas de sotavento de Maui y de Molokai; cual animal salvaje en su jaula, Keawe se paseaba sobre cubierta.

Al atardecer, el barco pasó delante de Diamond Head, y llegó al fin al muelle de Honolulu. Keawe desembarcó

¹*Haole*. Nombre dado a los no nativos de Hawai, especialmente a los blancos.

²Canaco. Nombre que se da a los indígenas de varias islas de Oceanía, Tahití y otras.

junto con otras personas, y empezó a preguntar por Lopaca. Le dijeron que su amigo había llegado a ser el patrón de una goleta —la mejor que había en las islas— y había salido hacia Pola-Oola o Kahiki. Así que era inútil buscar a Lopaca. En esto Keawe se acordó de que tenía un amigo allí —se trataba de un abogado de la ciudad, cuyo nombre no viene al caso—, y preguntó su dirección. Le contestaron que el susodicho hombre de leyes se había convertido de improviso en una persona muy rica y que había adquirido una casa nueva y muy elegante en la costa de Waikiki. Al oír esto, una idea asaltó a Keawe. Llamó un coche y se dirigió a casa del abogado.

Esta era enteramente nueva y los árboles del jardín eran todavía muy jóvenes. El abogado, cuando apareció en la puerta, parecía un hombre contento y satisfecho.

—¿En qué puedo servirlo? —preguntó a Keawe.

—Creo que usted es amigo de Lopaca —contestó Keawe—, y él me había comprado cierto objeto curioso que desearía encontrar de nuevo. Por eso pensé que tal vez usted podría indicarme quién es su dueño en la actualidad.

El rostro del abogado se oscureció.

—No he de negarle que sé de qué se trata, señor Keawe —afirmó—, aunque este negocio es bastante feo y no me gusta hablar de él. Puede usted estar seguro de que no sé nada: he perdido su pista; pero se me ocurre que si usted acudiera a cierto lugar, allí podrían indicarle algo.

Y el abogado le dio un nombre, que no hay tampoco por qué mencionar. Durante varios días Keawe

peregrinó por la ciudad de casa en casa, encontrando por todas partes vestidos y carruajes nuevos, mansiones elegantes recién construidas y gente muy contenta, aunque sus rostros se ensombrecían cuando Keawe les mencionaba la botella.

«No hay duda de que estoy sobre la pista —pensó—. Estos vestidos nuevos, así como los carruajes, son regalos del diablo, y estos rostros satisfechos son de aquellas personas que se han aprovechado del hechizo y se libraron de ese maldito objeto. Cuando vea unas mejillas pálidas y oiga suspirar, entonces sabré que estoy cerca de la botella».

Por fin lo enviaron a un *haole* que habitaba en la calle de Britania. Cuando llegó a la casa, cerca de la hora de cenar, notó las características que le eran familiares: la mansión era nueva, el jardín mostraba señales de haber sido plantado hacía poco y la luz eléctrica brillaba en el hueco de las ventanas; mas el joven blanco que apareció ante su vista estaba pálido como un cadáver, ojeroso, y tenía el cabello despeinado y una mirada tan desesperada, que solo era comparable a la del hombre que aguarda la horca.

«Aquí está la botella, no hay duda» —pensó Keawe, y no trató en modo alguno de andar con rodeos.

—Vengo a comprarle la botella —le dijo con brusquedad.

Al oír esto el joven *haole* de la calle de Britania se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared.

—¡La botella! —exclamó anhelante—. ¡Comprar la botella!

Después el joven, agotado al parecer, asió a Keawe del brazo, lo condujo a un salón y llenó dos vasos de vino.

—A su salud —exclamó Keawe, el cual en otros tiempos había tratado mucho con blancos—. Sí —agregó—, vengo a comprarle la botella. ¿Qué precio tiene en la actualidad?

Al oír esto, el joven dejó caer su vaso y miró a Keawe como a un aparecido.

—¿El precio? —repitió—. ¡El precio! ¿No sabe usted el precio?

—Eso le pregunto —insistió Keawe—. Pero, ¿por qué está usted tan afectado? ¿Ocurre algo con el precio?

—Ha bajado mucho su valor desde que usted la vendió, señor Keawe —contestó el joven titubeando.

—Bien, bien, tendré que pagar menos por ella —dijo Keawe—. ¿Cuánto le ha costado a usted?

El joven estaba tan blanco como una hoja de papel.

—Dos centavos —contestó al fin.

—¿Qué? —gritó Keawe—. ¿Dos centavos? Es decir, que solo puede usted venderla a una persona. Y el que la compre...

Las palabras se ahogaron en los labios de Keawe; el que la comprase no podría venderla ya de nuevo, y el diablo de la botella se quedaría con él hasta su muerte y después se lo llevaría al infierno.

El joven de la calle de Britania cayó de rodillas a los pies de Keawe, gritando:

—¡Por Dios, cómprela! Puede usted si quiere quedarse con toda mi fortuna. Estaba loco cuando la compré a ese precio. Robé en la casa en que trabajaba. Me hallaba perdido sin remedio: ¡mi fin era la cárcel!

—¡Pobre hombre! —dijo Keawe—. Usted arriesgó su alma en un caso tan desesperado, y solo para evitar el justo castigo de su propia deshonra; ¿y cree usted

que yo puedo vacilar cuando para mí se trata del amor? Deme la botella y el cambio, pues estoy seguro de que ya lo tiene preparado. Aquí tiene una moneda de cinco centavos.

Era como Keawe lo suponía: el joven ya tenía el cambio preparado en un cajón del escritorio; la botella mudó de dueño, y apenas Keawe la tuvo en sus manos, formuló su deseo de hallarse completamente sano. Y así fue: cuando llegó a su alcoba y se desnudó delante del espejo, su cuerpo apareció tan limpio como el de un niño. Pero algo extraño sucedió. No bien se hubo visto libre de su enfermedad, por verdadero milagro, sus ideas cambiaron: ya no le importaba la lepra y muy poco Kokua; un solo pensamiento lo atenazaba: el de estar ligado para siempre al diablo y haber perdido la esperanza de evitar el ser pasto de las llamas en el infierno. En su imaginación, todo el tiempo veía arder las llamas, y su alma se estremecía, invadida por espesas tinieblas en medio de la luz.

Cuando Keawe se repuso un poco, se dio cuenta de que era de noche, es decir, la hora en que la orquesta tocaba en el hotel. Allí se dirigió, porque temía quedarse solo y allí, entre rostros alegres, iba de un lado para otro y escuchaba música, aunque también durante todo el tiempo oía en su alma el chisporrotear de las llamas y veía el fuego rojo ardiendo en el pozo sin fondo del abismo. De pronto la orquesta tocó *Hiki-ao-ao*, la canción que había cantado junto a Kokua, y al oírla recobró su valor.

«Ya está hecho —pensó—, y de nuevo tendré que aceptar lo bueno junto con lo malo».

Volvió a Hawai en el primer barco, y tan pronto como le fue posible, una vez arreglado todo, se casó con Kokua y la llevó a las montañas, a su Casa Resplandeciente.

Mientras Keawe y Kokua permanecían juntos, el corazón del esposo estaba apaciguado; mas tan pronto se quedaba solo, se apoderaba de él un terror inmenso, y oía el chisporrotear de las llamas y veía el fuego rojo arder en un pozo sin fondo.

La muchacha, por supuesto, se le entregó por completo, y el corazón de Kokua se sobresaltaba cuando veía a Keawe y cuando este apretaba con su mano la de ella. Kokua estaba tan bien formada y era tan bella en todo su ser, desde el cabello a los diminutos pies, que nadie podía verla sin sentir alegría. Su carácter era agradable. Para todos tenía alguna frase buena y adecuada. Siempre estaba cantando e iba de un lado a otro recorriendo la Casa Resplandeciente gorjeando como un pajarito: ¡era lo más resplandeciente que había en la casa! Y Keawe la contemplaba y escuchaba con delicia, pero luego iba a esconderse en algún rincón llorando y lamentándose al recordar el precio que había pagado por esa felicidad, y tener que secar sus ojos después y lavar su rostro para ir a reunirse con su mujer en las amplias galerías, deleitarse con sus cantos y, estando su espíritu decaído y enfermo, contestar forzosamente a sus sonrisas.

Mas llegó un día en que los pies de la muchacha ya no se movían con tanta ligereza, ni se le oía cantar con tanta frecuencia. Ya no era únicamente Keawe quien estaba solo, ni quien se escondía para llorar,

sino que ambos se separaban uno del otro y se sentaban en distintos balcones. Keawe estaba tan sumergido en su desesperación, que apenas observó este cambio en su mujer; es más: estaba muy contento por tener más tiempo para estar a solas y cavilar sobre su destino, y no estar obligado a sonreír siempre y a la fuerza, teniendo el corazón destrozado. Pero un día que paseaba, desanimado, por delante de la casa, Keawe oyó los sollozos de una niña y vio a Kokua tendida en el pavimento del balcón cubriéndose el rostro con las manos y llorando como una desesperada.

—Haces bien en llorar en esta casa, Kokua —dijo Keawe—. Y sin embargo daría mi vida porque tú, al menos, te sintieras feliz.

—¡Feliz! —gritó Kokua—. Keawe, cuando vivías solo en tu Casa Resplandeciente todos en la isla afirmaban que eras un hombre feliz; la risa y el canto no se separaban de tu boca, y tu rostro era tan claro como el amanecer. Pero desde que te casaste con la pobre Kokua —y solo Dios sabe qué clase de mal hay en mí—, desde ese día no has sonreído más. ¡Oh! —exclamó con desesperación—, ¿qué pasa conmigo? Creía que era hermosa y sabía que te amaba. ¿Qué sucede, sin embargo, puesto que oscurezco la vida a mi esposo?

—¡Pobre Kokua! —dijo Keawe sentándose a su lado y tratando de asir su mano; pero ella la apartó—. ¡Pobre Kokua! —repitió—. ¡Pobre niña, hermosa mía! Siempre he pensado que podía ahorrarte este dolor. Está bien, todo lo sabrás. Y entonces por lo menos tendrás lástima del pobre Keawe; entonces comprenderás cuánto te

quería antes, pues por poseerte arrostró hasta el infierno, y cuánto te quiere todavía, siendo un pobre condenado, ya que todavía puede alegrarse y sonreír cuando te mira —y Keawe le contó todo desde el principio.

—¿Has hecho esto por mí? —exclamó Kokua—. ¡Ah!, ¿por qué me preocupo entonces? —y lo abrazó llorando de emoción.

—¡Ay, niña! —le dijo Keawe—, y sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, no puedo menos que acongojarme muchísimo.

—No me digas eso —replicó su esposa—. Ningún hombre puede ir al infierno solo por amar a Kokua. Te aseguro, Keawe, que con mis propias manos he de salvarte o pereceré junto a ti. ¡Cómo! Tú me amaste hasta sacrificar tu alma por mí, ¿y piensas que yo no moriré por salvarte?

—¡Ah, queridísima Kokua! Puedes morir cien veces, pero, ¿con qué fin? Cuando yo sea condenado, entonces tendrás que dejarme —afirmó Keawe.

—Eres bastante ignorante —contestó Kokua—. Yo fui educada en una escuela de Honolulu; no soy, por lo tanto, una muchacha vulgar. Y afirmo que te salvaré. ¿Qué importa que te haya costado un centavo? No todo el mundo es americano. En Inglaterra existe una moneda llamada *farthing*, representa un cuarto de penique, y cuyo valor es de medio centavo norteamericano. ¡Ah, que desgracia! —exclamó la joven—. Esto poco puede ayudarnos, pues hay que encontrar al comprador, y no hallaremos a nadie tan valiente como mi Keawe. Pero, ahora que me acuerdo, en Francia circula una pequeña moneda llamada céntimo y

de las que dan cinco, poco más o menos, por un centavo. Nada mejor podemos hacer, Keawe, que ir a las islas francesas; vámonos a Tahití en el primer barco. Allí tendremos cuatro céntimos, tres, dos y uno; podremos vender la botella por cuatro céntimos, y el comprador podrá también venderla. ¡Ven, Keawe mío! Bésame, y no te preocupes más. Kokua te defenderá.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Keawe—. No puedo creer que Dios quiera castigarme por amarte, tan buena como eres. Sea como tú quieres; llévame a donde desees: mi vida y mi salvación las pongo en tus manos.

Al día siguiente muy temprano, Kokua empezó sus preparativos. Buscó el cofre que Keawe llevaba siempre cuando había sido marinero y primero guardó en él la botella; luego colocó sus más lujosos vestidos y las más valiosas joyas y adornos, así como las mejores chucherías de la casa. «Porque —decía— la gente tiene que pensar que somos ricos: si no, ¿quién creará en la historia de la botella?» Mientras preparaba el equipaje, Kokua estaba alegre como un pajarito, y solo cuando miraba a Keawe se le llenaban los ojos de lágrimas y corría entonces a abrazarlo. En cuanto a Keawe sentía su alma un tanto aliviada al haber compartido su secreto; y al vislumbrar alguna esperanza, parecía ya otro hombre; sus pies se movían más ligeros y respiraba de nuevo más aliviado. Sin embargo, el terror no lo abandonaba por completo; y de cuando en cuando, así como el viento apaga la vela, la esperanza moría en su alma y veía cómo se agitaban las llamas y cómo él mismo ardía ya en las lenguas de fuego del infierno.

En el país se decía que el matrimonio iba en viaje de placer a los Estados Unidos, noticia que pareció un tanto extraña, y, sin embargo, no tan extraña si alguien hubiera podido adivinar la causa. Se fueron a Honolulu en el barco *Hall*, y de allí, en el vapor *Umattilla*, a San Francisco, con una multitud de *haoles*. Ya en San Francisco, tomaron pasajes en el bergantín-correo *El Pájaro Tropical* para Papeete, principal ciudad francesa en las islas del sur. Llegaron un día claro azotado por fuertes vientos alisios y vieron cómo se rompían las olas en los riscos de la costa. Allí estaba Motuiti con sus palmeras; más cerca, unas goletas navegaban próximas a la playa, y allá al fondo se divisaban las blancas casas de la ciudad entre los árboles verdes, coronado todo por las montañas y las nubes de Tahití, la isla sabia.

Keawe y Kokua decidieron que lo más prudente sería alquilar una casa, y así lo hicieron. Encontraron una frente al consulado británico, lugar donde podían ostentar mejor su riqueza y hacerse conocer por sus carruajes y caballos. Todo esto lo podían lograr mientras la botella estuviese en su poder, y por eso Kokua, que era más osada que Keawe, siempre que necesitaba veinte o cien dólares, molestaba al diablo. Muy pronto la ciudad advirtió su presencia, y la pareja se convirtió en el tema obligado de las conversaciones que giraban en torno a los carruajes, caballos y ricos vestidos de los extranjeros de Hawái, especialmente el espléndido collar de Kokua.

Lo primero que hicieron fue familiarizarse con el idioma tahitiano, el cual, por cierto, es muy parecido al hawaiano, a excepción de algunos sonidos y palabras.

Tan pronto como adquirieron facilidad para expresarse, empezaron a activar la venta de la botella. Se debe tener en cuenta que no era cosa fácil tratar este negocio. Antes bien, era cuestión ardua persuadir a la gente de que no se estaban burlando de ella al ofrecerle la fuente de la felicidad por cuatro céntimos. Todos desconfiaban y se reían, o juzgaban que el cariz siniestro del asunto anulaba los beneficios, y todos se alejaban de Keawe y de Kokua como de personas poseídas por el diablo. Así que lejos de ganar terreno, lo iban perdiendo; hasta los chicos en la calle al divisarlos salían corriendo y gritando, cosa intolerable para Kokua; los católicos se persignaban cuando pasaban por su lado, y todos, en general, empezaron, como obrando de mutuo acuerdo, a esquivarlos.

Estaban deprimidos. Llegada la noche, se sentaban en aquella casa nueva, después de un día abrumador, y no cambiaban una palabra. A veces el silencio era interrumpido por Kokua, quien prorrumpía de repente en sollozos. A veces oraban juntos, a veces sacaban la botella del armario y permanecían toda la noche observando cómo la sombra revoloteaba en su interior. Esas noches estaban demasiado asustados para poder descansar. Transcurría mucho tiempo hasta que el sueño se apoderaba de ambos, y si alguno caía rendido por él, pronto se despertaba y encontraba a su compañero llorando quedamente en algún rincón oscuro, o a veces advertía que el otro había huido de la casa y de la cercanía de la botella para descansar en el jardín bajo los arbustos, o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Así sucedió una noche cuando Kokua se despertó. Keawe se había ido; su mujer tanteó el lugar donde dormía, pero estaba frío; entonces sintió miedo y se sentó en la cama. A la luz tenue de la luna que se filtraba por las ventanas, podía distinguir la botella sobre el pavimento. Afuera soplaba un viento fuerte; los grandes árboles de la avenida crujían y las hojas secas se arremolinaban ruidosamente en el balcón. A pesar de estos sonidos, Kokua percibió otro distinto y extraño: era difícil poder decir si provenía de un hombre o de un animal: era triste como la muerte y desgarraba el corazón al oírlo. Se levantó en silencio, abrió la puerta y miró hacia el huerto alumbrado por la luna. Allá, bajo los plátanos, estaba tendido Keawe, boca abajo, quejándose.

La primera idea de Kokua fue correr hacia él para consolarlo, pero muy pronto se detuvo obediente a una segunda inspiración. Keawe se había portado siempre ante ella como un hombre valiente, y no convenía que ahora, al descubrirlo así, lo avergonzase. Pensado esto, retornó a la casa.

«¡Cielos! —pensó Kokua—, ¡qué despreocupada he sido, qué débil! Él, y no yo, es quien se encuentra en peligro inminente, él es, y no yo, quien ha echado esa maldición sobre su alma; es por mí, por el amor que me tiene, y que tan poco merezco, por quien contempla tan de cerca las llamas del infierno y, ¡ay!, hasta percibe el humo de las mismas, tendido ahora en el jardín a la intemperie y a la luz de la luna. Soy tan pobre de espíritu, tan apocada, que nunca hasta este momento he comprendido mi deber ni tuve idea del

mismo. Pero ahora, por lo menos, sacaré fuerzas de flaqueza; ahora me despediré de las blancas escalinatas que ascienden al cielo y de mis amigos que me esperan allá. Amor por amor, y que el mío sea igual al de Keawe. Alma por alma, y que la mía sea la que perezca».

Kokua era una mujer diligente y, por eso, a los pocos minutos estaba ya vestida; tomó el cambio, es decir, los preciosos céntimos que cada uno conservaba; porque como estas monedas eran tan poco usadas, se habían provisto de las mismas en una oficina del gobierno. Cuando ya se encontró fuera de la casa, en la avenida, el viento arrastró densas nubes que cubrieron la luna. La ciudad dormía, y Kokua no sabía a dónde dirigirse, cuando, en esto, oyó toser a alguien entre las sombras de los árboles.

—Anciano —dijo Kokua—, ¿qué hace usted aquí afuera en esta noche tan fría?

El viejo apenas podía articular palabra por la tos, mas ella comprendió que se trataba de un pobre, y extranjero en la isla.

—¿Quiere usted hacerme un favor? —le preguntó Kokua—. Como extranjeros que somos y como anciano a una joven, ¿quiere usted ayudar a una hawaiana?

—¡Ah! —exclamó el anciano—. ¡Así que usted es la bruja de las Ocho Islas y trata ahora de enredar mi vieja alma! Porque he oído hablar de usted y sabré enfrentarme a su maldad —añadió el anciano.

—Síntese acá y permítame que le cuente lo que sucede —dijo Kokua. Y le narró la historia de Keawe desde el principio hasta el final.

—¿Y ahora? —preguntó ella—. Yo soy su mujer, a quien él procuró bienestar vendiendo su alma. ¿Y qué debo hacer? Si me dirijo a él para comprarle la botella, rehusará; pero si va usted, se la venderá con gusto. Lo esperaré aquí: usted la comprará por cuatro céntimos y yo después a usted por tres. ¡Qué Dios proporcione fuerzas a esta pobre muchacha!

—Si usted quisiera engañarme —dijo el viejo—, creo que Dios la castigaría.

—¡Y tanto que lo haría! —exclamó Kokua—. Esté usted seguro de ello. Además, yo no podría ser tan falsa. Dios no lo soportaría.

—Deme los cuatro céntimos y espere acá —accedió al fin el anciano.

Al encontrarse Kokua sola en la calle, desfalleció su espíritu. El viento rugía entre los árboles y le parecía que era el crepitar de las llamas del infierno; las sombras se proyectaban vacilantes a la luz del farol, y le parecía que eran las manos de seres sanguinarios que se extendían para atraparla. Si hubiese tenido energía suficiente para correr, habría huido; si hubiese tenido aliento, habría gritado con todas sus fuerzas; pero la verdad es que no podía hacer nada; se hallaba allí sola, de pie en la calzada, como una niña asustada.

Después divisó al viejo que volvía con la botella en la mano.

—He cumplido su encargo —le dijo—. Dejé a su esposo llorando como un niño. Hoy ya podrá dormir tranquilo —y diciendo esto, sacó la botella.

—Antes que usted me la dé —le dijo Kokua jadeante—, pida como favor la curación de su tos.

—Soy ya un viejo —replicó el otro— y estoy demasiado cerca de la sepultura para aceptar algún favor del diablo. Pero, ¿qué significa esto? ¿Por qué no toma usted la botella? ¿Vacila usted?

—No vacilo —exclamó Kokua—, solo me encuentro débil; concédame un momento. Es mi mano la que se resiste. Mis músculos se contraen hacia atrás y se resisten a tocar eso tan maldito. ¡Un momento! ¡Solo un momento!

El anciano miró a Kokua diciendo:

—¡Pobre niña! Usted tiene miedo. Su alma vacila. Está bien. Déjeme la botella. Soy viejo y nunca podré ser ya feliz en este mundo, y en lo que se refiere al otro...

—¡Démela! —exclamó Kokua jadeante—. Aquí está su dinero. ¿Piensa usted que soy tan vil? Deme la botella.

—Que Dios la bendiga, niña —accedió el viejo.

Kokua escondió la botella debajo de su *holoku*, se despidió del anciano y se dirigió por la avenida sin saber a dónde iba. Porque todos los caminos eran iguales para ella: todos conducían al infierno. A veces andaba despacio, otras veces corría; a veces daba alaridos en la oscuridad de la noche y otras veces caía exhausta al lado de la cuneta y lloraba. Todo lo que había oído hablar del infierno se le presentó de nuevo en su imaginación; veía arder las llamas, olía el humo y sentía la carne quemada sobre las brasas.

Ya cercana la aurora, retornó a su casa. El viejo había dicho la verdad: Keawe dormía como un niño tranquilo. Kokua se detuvo y contempló su rostro.

«Ahora, esposo mío —se dijo—, puedes dormir; cuando despiertes volverás a cantar y a reír; pero para la pobre Kokua, ¡ay de mí!, para la pobre Kokua ya no habrá más sueño, ni más cantos, ni más delicias ni alegrías en la tierra ni en el cielo».

Dicho esto, se acostó en la cama al lado de su esposo, y su agotamiento era tan grande, que un sueño profundo se apoderó de ella de inmediato.

Por la mañana, muy tarde ya, su marido se despertó y le dio la buena noticia. Tan contento estaba, que no prestó atención a la tristeza de su esposa, aunque esta casi no podía disimularla. Las palabras se le anudaban en la garganta a Kokua, pero esto no tenía importancia, porque Keawe llevaba la conversación. Tampoco ella comía nada, pero ¿quién podía notarlo, si Keawe vaciaba los platos? Kokua lo miraba y lo oía como a un ser extraño que se ve entre sueños. A veces aquella se olvidaba de lo dicho o no lo entendía y se llevaba la mano a la frente; el saber que ella misma estaba condenada y oír charlar alegremente a su esposo le parecía algo en extremo monstruoso.

Durante toda la comida Keawe no dejó de engullir, de conversar y de planear el momento de su regreso; y le agradecía por haberlo salvado y la mimaba llamándola su fiel compañera. Keawe también se reía del anciano que debía de ser un loco por haber comprado semejante botella.

—Parecía un viejo respetable —afirmó Keawe—, pero nadie puede juzgar por las apariencias. Pues, ¿para qué necesitaba el viejo la botella?

—Esposo mío —dijo Kokua con humildad—, su propósito puede haber sido bueno.

Keawe se rió, aunque sin poder ocultar su irritación.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Era un bribón, te digo, y demasiado viejo, pues era muy difícil vender la botella por cuatro céntimos. Será casi imposible revenderla por tres. La suma es muy pequeña y el asunto empieza a oler a quemado. ¡Brrr! —barbotó Keawe estremeciéndose—. Es cierto que yo la compré por un centavo, aunque no sospechaba que hubiera monedas de menor valor. Mis angustias me enloquecían. Nunca se dará otro caso igual. Y el que posea ahora la botella se la llevará a la tumba.

—¡Oh, esposo mío! —gritó Kokua—. ¿No es horrible salvarse uno a costa de la condena de otro? Me parece que yo no podría reírme. Estaría anonadada y llena de melancolía. Oraría por el que tuviera la botella.

Entonces Keawe, aunque sentía que era verdad lo que ella decía, se enfadó aún más:

—¡Cállate! —gritó—. Si te gusta, puedes seguir melancólica, pero ese proceder no es el propio de una buena esposa. Si pensases en mí, te sentirías avergonzada —dichas estas palabras salió, y Kokua se quedó sola.

¿Qué posibilidad tenía de poder vender la botella en dos céntimos? Ninguna; así lo comprendía. Y aunque hubiese habido alguna, su esposo tenía prisa por salir de esas tierras para volver al país donde no había monedas menores de un centavo. ¡Y he aquí que al día siguiente de su sacrificio, su esposo se alejaba de ella censurándola!

Kokua no quería intentar aprovechar el tiempo que aún le quedaba, sino que permanecía en la casa contemplando la botella con un miedo inenarrable. Luego la volvía a esconder, con verdadera repugnancia.

Varias veces Keawe le ofreció llevarla a pasear.

—Esposo mío, estoy enferma —se excusaba—, estoy agotada. Discúlpame, no puedo divertirme.

Al oír esto, Keawe se irritaba más con ella, pues pensaba que su esposa daba vueltas en su cabeza al asunto del anciano, y también se enojaba consigo porque comprendía que ella tenía razón y se avergonzaba de mostrarse tan alegre.

—Esta es tu fidelidad y tu amor —gritó él—. Tu esposo acaba de salvarse de la perdición eterna, y tú no puedes estar alegre. Kokua, tu corazón no es leal —y dicho esto, se fue, furioso de nuevo.

Anduvo vagando por la ciudad todo el día. Encontró a varios amigos y tomó algunas copas con ellos; después alquilaron un coche y se fueron al campo, donde siguieron bebiendo. A pesar de todo, Keawe se sentía decaído porque se divertía mientras su esposa estaba triste, y también porque en el fondo de su corazón comprendía que ella tenía razón; y esta seguridad lo hacía beber todavía más.

Allí mismo en la taberna se encontraba un viejo blanco al que llamaban Haole que se puso a beber con él; seguramente era un contraamaestre de un ballenero, un desertor, un minero o un huido de presidio. Demostraba ser poco inteligente y sus maneras y expresiones eran groseras; le gustaba beber y ver cómo se emborrachaban los otros, y ahora chocaba siempre su copa

con la de Keawe. Al cabo de poco tiempo ninguno tenía ya dinero.

—¡Eh! Usted es rico; siempre nos lo ha dicho. Parece que tiene usted una botella o alguna otra tontería.

—Sí —contestó Keawe—, soy rico. Iré a casa y traeré el dinero que guarda mi esposa, pues es ella la administradora.

—Procede usted mal, marinero —le dijo el supuesto contraamaestre—; no confíe nunca a nadie la bolsa con su dinero; todas las mujeres son falsas como el agua. Debería usted vigilarla.

Estas palabras se grabaron en la mente de Keawe, porque estaba atontado de tanto como había bebido.

«No me extrañaría que ella también fuese falsa —pensó—. Porque, ¿qué otro motivo tendría para estar tan abatida al verme liberado? Pero le demostraré que no soy un hombre a quien se puede engañar. La sorprenderé».

Por consiguiente, todos volvieron a la ciudad y Keawe rogó al contraamaestre que lo aguardase en la esquina, y siguió adelante por la avenida, ya solo, hasta llegar a la puerta de su hogar. Ya había anochecido; en el interior de la casa se veía luz, pero no se oía ningún ruido. Keawe dio un rodeo por detrás de la casa, abrió con precaución la puerta trasera y miró hacia el interior.

Allí estaba Kokua sentada sobre el piso, con una lámpara a su lado. Ante su esposa se encontraba la botella de color lechoso, redonda y panzuda con su largo cuello. Al mirarla, Kokua se retorció desesperadamente

las manos. Durante mucho tiempo Keawe permaneció inmóvil en el umbral de la puerta. Al principio no comprendió el significado de aquello; mas después el terror se apoderó de él, pues creyó que la compra se había efectuado de mala fe y que la botella había retornado de nuevo a él como ocurrió en San Francisco. Al pensar esto, sintió que sus piernas no lo sostenían y que los vapores del vino se esfumaban de su mente como la niebla despeja el río al amanecer. También le cruzó por la mente otra idea; pero una idea tan extraña, que se le colorearon las mejillas.

«Tengo que estar seguro de lo que pienso» —se dijo.

Cerró de nuevo la puerta, dio la vuelta a la casa y luego entró haciendo ruido como si acabase de llegar. Al abrir la puerta de la habitación no vio ya ninguna botella y Kokua estaba sentada en una silla mirándolo como si acabara de despertarse.

—Me he divertido durante todo el día bebiendo con unos buenos compañeros y ahora vengo a buscar dinero para continuar bebiendo y seguir de fiesta con ellos.

Su rostro y su voz eran tan severos como los de un juez, pero Kokua estaba muy afligida para notarlo.

—Haces bien en gastar tu dinero, esposo mío —dijo con voz temblorosa.

—¡Oh, hago bien todas las cosas! —exclamó Keawe, dirigiéndose al cofre, del que sacó varias monedas. Mientras efectuaba esta operación, miró hacia el rincón donde antes guardaban la botella, pero no estaba allí. Al notarlo, el cofre se le cayó de las manos y le pareció que la casa se le venía encima, asfixiándolo

como una espiral de humo; pues comprendía que ahora estaba perdido y no había salvación. «Es lo que temía —pensó—; ha sido mi mujer quien la compró».

Luego, repuesto ya algo, aunque un sudor copioso y tan frío como el agua de pozo le caía por el rostro, se volvió a su esposa y le dijo:

—Kokua, ya estás enterada de lo que me pasa. Ahora regreso a divertirme con mis alegres compañeros —y al decir esto sonrió—. Buscaré más alegrías en el vino, si tú me lo permites.

Ella se abrazó a sus rodillas y las besó entre las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Oh! —gritó la esposa—. ¡No te pido más que una palabra amable!

—No pensemos nunca mal uno del otro —dijo Keawe, y salió de la casa.

Keawe solo había tomado unos céntimos del cambio que habían guardado a la llegada. Estaba seguro de que no seguiría bebiendo. Su esposa había preferido perder su alma por él; ahora debía él dar la suya por la de su compañera. No pensaba en otra cosa.

En la esquina lo esperaba el contraamaestre.

—Mi esposa tiene la botella —dijo Keawe—, y si usted no me ayuda a recobrarla, no tendré más dinero, ni habrá más vino por esta noche.

—Supongo que no hablará en serio respecto a esa botella... —repuso el contraamaestre.

—Sin embargo, es así —replicó Keawe—. ¿Tengo yo la apariencia de bromear?

—Es cierto —dijo el contraamaestre—. Usted está tan serio como un fantasma.

—Muy bien —convino Keawe—. Aquí tiene usted dos céntimos. Vaya a mi casa y ofrezca a mi mujer dos céntimos por la botella, y, si no me equivoco, se la entregará enseguida. Tráigala y yo se la compraré por un céntimo. Porque eso es lo determinado acerca de la botella: que siempre hay que venderla por una suma menor de la que se compra. En modo alguno, sin embargo, diga a mi esposa que va de mi parte.

—Marinero, yo me pregunto si usted se burla de mí —dijo el contraмаestre.

—Aunque así fuese, esto no lo perjudicaría.

—Es cierto, marinero —confirmó el contraмаestre.

—Y si usted duda de mí —agregó—, puede hacer un experimento. En cuanto salga de la casa, desee que su bolsillo se llene de dinero o tener una botella de buen ron, o lo que quiera, y verá si es verdad lo que le he dicho respecto al valor de la botella.

—Muy bien, canaco —asintió el contraмаestre—. Haré la prueba, pero si me cree tonto le demostraré, apaleándolo, que yo no lo soy.

El contraмаestre del ballenero se alejó por la avenida y Keawe se quedó esperándolo. Se hallaba cerca del mismo lugar donde su esposa había esperado la noche anterior, pero Keawe estaba más resuelto y no titubeaba en su propósito. Su alma sí estaba amargada por la desesperación. Parecía que pasaba mucho tiempo antes de que oyera una voz que cantara en la avenida oscurecida. Sabía que la voz era del contraмаestre, pero, era extraño cuán aguardentosa se oía ahora.

El contraamaestre, tambaleándose, volvió a la luz del farol. Llevaba la botella del diablo debajo de su chaqueta y otra botella en su mano, que levantaba hacia su boca mientras caminaba y bebía.

—Veo que tiene usted la botella —dijo Keawe.

—¡Manos arriba! —gritó el contraamaestre, dando un salto hacia atrás—. No toque la botella. Si da un paso hacia mí, le romperé la cara. Creyó que yo podía servirle como anzuelo, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Keawe.

—¿Qué quiero decir? —gritó el contraamaestre—. Que la botella es bastante buena, eso es lo que quiero decir. Cómo la conseguí por dos céntimos, no puedo saberlo, pero de lo que sí estoy seguro es de que no la venderé por uno.

—¿Dice usted que no quiere vendérmela? —preguntó Keawe jadeante.

—No, señor —contestó el contraamaestre—, pero le daré un trago de ron si le gusta.

—Quiero advertirle que la persona que se quede con la botella irá al infierno.

—Lo que creo es que cuando muera iré a alguna parte, y también que esta botella es la mejor compañera que por ahora tengo... ¡No, señor! —gritó otra vez—. Esta botella es mía ahora, y si usted quiere, vaya a buscar otra.

—¿Será esto verdad? —gritó Keawe—. Por su propio bien se lo ruego: véndamela.

—No creo en sus cuentos —replicó el contraamaestre—. Usted pensó que yo era un imbécil, pero ahora ya ve que no lo soy. Y con esto termina todo. Si usted

no quiere tomar un trago de ron, lo beberé yo. ¡A su salud, y buenas noches...!

El contraamaestre se alejó por la avenida hacia la ciudad, desapareciendo con él la botella de la historia.

Keawe voló hacia Kokua tan rápido como el viento; su alegría fue inmensa aquella noche, y desde entonces ha reinado la paz en la Casa Resplandeciente.

La Isla de las Voces

Keola estaba casado con Lehua, hija de Kalamake, el sabio de Molokai, y vivía con el padre de su mujer. No había hombre más astuto que su suegro, el profeta; leía los signos estelares, podía adivinar por los cadáveres y por medio de los engendros malignos, y no tenía miedo de ir solo a las cumbres de las montañas, a la región de los duendes, en donde colocaba trampas para atrapar a los espíritus de los antiguos.

Por esta razón no había hombre más consultado en el reino de Hawai. La gente prudente compraba y vendía, se casaba y ajustaba su vida siguiendo sus consejos; por eso también el rey lo llamó dos veces a Kona para buscar los tesoros de Kamehameha. Tampoco ningún hombre era tan temido: algunos de sus enemigos habían muerto consumidos por la enfermedad a causa de sus encantamientos, otros habían desaparecido, tanto su espíritu como sus restos; de tal modo, que en vano buscaba la gente aunque solo fuera un hueso de aquellos cuerpos. Se comentaba que poseía el talento o arte de los antiguos héroes. Algunas personas lo habían visto durante la noche en las montañas

cruzar de un salto de un risco a otro, y habían visto, cual si se tratase de un gigante, sobresalir su cabeza y sus hombros por encima de los árboles más altos del bosque.

Este Kalamake era un hombre de apariencia extraña. Descendía de las mejores familias de Molokai y Maui, y su origen era puro, aunque su aspecto era más de blanco que el de cualquier forastero: su cabello era del color de las hierbas secas y sus ojos rojizos casi no veían. Por esto corría en las islas el siguiente refrán: «Ciego como Kalamake, que puede ver el futuro».

Keola sabía un poco acerca de todos estos hechos de su suegro por lo que se decía, y aun un poco más por lo que sospechaba, pero ignoraba el resto. Mas una cosa molestaba a Keola. Kalamake era un hombre que no ahorraba nada, ni en comer, ni en beber, ni en vestir, y que saldaba sus cuentas con dólares nuevos y relucientes. «Brillantes como los dólares de Kalamake» era otro dicho corriente en las Ocho Islas. Y puesto que no comerciaba ni sembraba, ni cobraba honorarios, sino rara vez, por sus hechicerías, no veía cuál pudiera ser el origen de tanto dinero. Sucedió un día que la mujer de Keola fue de visita a Kaunakakai, hacia la parte de la isla resguardada del viento, en ocasión en que los hombres de aquel lugar se encontraban en el mar pescando. Pero Keola era un haragán y se hallaba tumbado en el balcón observando cómo la marejada batía la costa y cómo los pájaros revoloteaban alrededor del risco. Siempre pensaba en su idea fija: los relucientes dólares. Cuando se iba a acostar, se preguntaba por qué eran tantos, y cuando se levantaba

por la mañana, por qué eran tan nuevos; y estas preguntas nunca dejaban de ocupar su mente. Pero este día singular estaba seguro de que había descubierto algo. Porque al parecer había llegado a conocer el lugar donde Kalamake guardaba su tesoro: en el escritorio cerrado con llave, situado contra la pared de la sala de recibimiento, y debajo precisamente de la lámina de Kamehameha V y de una fotografía de la reina Victoria coronada. La noche anterior halló ocasión de revisar los cajones del escritorio, y he aquí que la bolsa ¡estaba vacía! Y esto ocurrió exactamente el día en que llegaba el barco. Keola podía ver distante el penacho de la chimenea del *Kalaupapa*. El barco había de llegar pronto con las mercancías que mensualmente recibía Kalamake: salmón en lata, ginebra y toda clase de objetos raros y de lujo.

«Si mi suegro puede pagar hoy las mercancías que recibe —pensaba Keola—, tendré la certeza de que es un brujo y que el dinero proviene de la bolsa del diablo».

Mientras pensaba esto Keola, llegó su suegro, y daba la impresión de estar incomodado.

—¿Ese es el vapor? —preguntó Kalamake.

—Sí —respondió Keola—, solo tiene que hacer escala en Pelekunu, y enseguida estará aquí.

—Entonces no tengo otro recurso que confiarme a ti —dijo Kalamake—. Entra conmigo.

Entraron ambos en la sala, que era una habitación muy elegante, empapelada y adornada con oleografías¹ y amueblada con una mecedora, una mesa y un sofá

¹Oleografía. Cromo que imita la pintura al óleo.

al estilo europeo. Además, se veía una estantería con libros, y en el centro de la sala una mesa con una Biblia familiar. Contra la pared estaba el escritorio cerrado con llave. Así que cualquiera podía deducir que esta casa pertenecía a una persona de buena posición.

Kalamake mandó a Keola cerrar las persianas, mientras él cerraba con llave todas las puertas y abría la tapa del escritorio. De este extrajo un par de collares cuajados de amuletos y conchitas de animales y un ramito de hierbas secas y hojas también secas de árboles, y una rama verde de palmera.

—Lo que voy a hacer es más que un milagro. Los antiguos eran sabios, hacían maravillas, y esto también, entre otras cosas; pero lo hacían de noche, en la oscuridad, a la luz de las estrellas propicias y en el desierto. Es lo mismo que yo quiero hacer aquí, en mi propia casa y a plena luz del día.

Dicho esto, colocó la Biblia debajo del almohadón del sofá, de forma que quedó cubierta del todo; extrajo del escritorio una alfombrita de noche tejida muy finamente y amontonó las hierbas y hojas encima de la arena que tenía una cacerola, y luego él y Keola se pusieron los collares y se colocaron de pie en las esquinas opuestas de la alfombrita.

—No hay que asustarse —dijo el brujo.

Al decir esto, encendió las hierbas y empezó a masticar palabras y a agitar la rama de palmera. Al principio la luz fue escasa, porque las persianas estaban cerradas, pero pronto las hierbas se prendieron con fuerza y sus llamas azotaron el rostro de Keola; de este

modo la habitación resplandeció a la luz brillante del fuego. Después el humo rosado mareó a Keola, tanto, que sus ojos se nublaron y las palabras ininteligibles de Kalamake sonaban extrañamente en sus oídos. De repente la alfombrita, sobre cuyas esquinas estaban de pie, fue arrebatada con una sacudida más rápida, al parecer, que un relámpago. En el mismo instante la habitación se esfumó, así como la casa. Keola sintió que le faltaba la respiración. Sus ojos veían infinitas luces y se encontró transportado a una playa donde un fuerte sol brillaba y donde la marejada rugía furiosamente; Keola y el brujo se hallaban sobre la misma alfombra, mudos, jadeantes y restregándose los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó Keola, reponiéndose él primero a causa de su juventud. La angustia experimentada había sido semejante a la muerte.

—No tiene importancia —murmuró jadeante Kalamake—, ahora ya pasó.

—En nombre de los cielos, ¿dónde estamos? —preguntó Keola.

—Eso no te importa —replicó el hechicero—. Al estar aquí tenemos en nuestras manos la solución y debemos actuar. Mientras yo me repongo algo, vete a la entrada del bosque y tráeme las hojas de tal y tal árbol y tal hierba que verás crece allí en abundancia; tres puñados de cada una; y date prisa. Hemos de volver a casa antes de que llegue el vapor. Parecería extraño que hubiésemos desaparecido.

Luego Kalamake se sentó sobre la arena y respiró con dificultad.

Keola anduvo por la playa, cubierta de arena resplandeciente y de corales, así como de rarísimas conchitas de animales, pensando: «¿Cómo no conozco esta playa? Volveré por acá otra vez y recogeré estas conchas».

Frente a él había una línea de palmeras que se alzaban hacia el cielo; pero no como las palmeras de las Ocho Islas, sino erectas, lozanas y hermosas, mostrando los ramos secos, en forma de abanico, amarillos cual oro, entre el verde de los árboles frescos. Entonces Keola pensó: «Es extraño. Yo nunca había visto este bosquecito. Volveré nuevamente a este lugar para reposar en él, en los días de calor» —y siguió cavilando—: «¡Qué calor tan de repente!» —pues en Hawai era ya invierno y los días eran frescos. Y también pensó—: «¿Dónde se hallan las grises montañas y el elevado risco con los bosques en sus laderas, y los pájaros revoloteando?» Y cuanto más cavilaba menos podía comprender a qué parte de las islas había sido transportado. A la entrada del bosquecito, donde se une con la playa, crecía la hierba, pero los árboles estaban más adentro. Cuando Keola se dirigía hacia los árboles, advirtió la presencia de una joven cuyo único vestido era un cinturón de hojas.

«Esta gente no es muy exigente en cuanto al vestir —pensó— en esta parte del país». Entonces Keola se detuvo, suponiendo que ella notaría la presencia de una persona extraña y escaparía. Pero al ver que la joven seguía impertérrita, se detuvo y canturreó en voz alta. A estas voces ella se sobresaltó. Su rostro empalideció, miró acá y allá y su boca se contrajo a causa del terror

de su espíritu. Pero lo extraño era que su mirada no se detenía sobre Keola.

—Buenos días —dijo Keola—, no tiene por qué asustarse; no voy a comérmela.

Apenas había empezado a hablar Keola, cuando la joven huyó hacia los arbustos.

«¡Qué manera de ser tan extraña!» —pensó Keola, y sin saber lo que hacía, corrió tras ella.

Mientras la joven corría no cesaba de gritar en un idioma desconocido en Hawái, pero algunas de cuyas palabras tenían idéntico significado, por lo que Keola supo que la desconocida advertía a los demás. Luego Keola vio a mucha gente correr: hombres, mujeres y niños, unos detrás de otros, gritando como despavoridos por un incendio. Y al ver esto sintió temor, y por eso regresó hacia Kalamake, llevando las hojas que le pidiera y a quien contó lo que había visto.

—No debes prestar atención —manifestó Kalamake—; todo esto es como un sueño y sombras. Todo desaparecerá y se olvidará.

—Parece que nadie me vio —aseguró Keola.

—Y es cierto —afirmó el hechicero—. Nosotros caminamos por aquí a pleno sol, invisibles, debido a estos amuletos. Pero ellos nos oyen, y por eso es mejor hablar en voz baja como lo hago yo.

Dicho esto hizo un círculo con piedras alrededor de la alfombrita y en el centro colocó las hojas.

—Tu tarea consistirá en mantener las hojas encendidas y alimentar lentamente el fuego. Mientras estas arden, lo que durará poco, yo tengo que hacer algo; y todo antes de que el fuego se apague. El mismo poder

que nos trajo volverá a nosotros. Ten preparado el fósforo y llámame a tiempo; si no, el fuego se apagará y yo me quedaré acá...

Tan pronto como las hojas prendieron, el hechicero saltó del círculo como un ciervo y empezó a correr a lo largo de la playa como un sabueso que acaba de ser bañado. Mientras corría se detenía un momento para recoger rápidamente las conchitas de la playa; y a Keola le parecía que brillaban cuando el brujo las asía. Las hojas ardían con una llama clara que las consumía con rapidez. Ya no le quedaba a Keola más que un puñado. El hechicero se encontraba lejos corriendo y deteniéndose.

—Venga, venga... las hojas se acaban ya —gritó Keola.

Al oír esto, Kalamake se dio vuelta, y si antes había corrido, ahora volaba. Pero aunque regresaba en volandas, las hojas se consumían más pronto. La llama estaba por expirar cuando él, dando un gran salto, alcanzó la alfombra. El viento que produjo su salto apagó el fuego; y con eso desapareció la playa, el sol y el mar, y los dos se encontraron de nuevo aturdidos y cegados en la semioscuridad de la sala, cuyas persianas estaban cerradas. Sobre la alfombra, entre los dos, se amontonaban brillantes dólares.

Keola corrió hacia las persianas, las abrió, y allá se veía ya el vapor meciéndose sobre las olas, muy cerca.

Esa misma noche, Kalamake llevó aparte a su yerno y le dio cinco dólares.

—Keola, si eres prudente, de lo cual mucho dudo, has de pensar que te quedaste dormido esta tarde en

el balcón y que soñabas durante el sueño. Soy hombre de pocas palabras y para colaboradores prefiero a los desmemoriados.

Nunca jamás volvió a decir una palabra Kalamake ni a hablarse de este asunto. Pero Keola no podía desear de sí lo que había visto, y si antes era perezoso, ahora ya no hacía nada.

«¿Para qué he de trabajar —pensaba— cuando tengo un suegro que convierte en dólares las conchitas del mar?»

Poco después ya había gastado lo que le dio. Acababa de gastarlo todo en elegantes trajes. Y después se afligió.

«Mejor hubiera sido comprar —pensó— una concertina,¹ y así me hubiera distraído durante todo el día» —luego sintió irritación contra Kalamake—. «Este hombre tiene un alma negra; puede, cuando quiere, recoger los dólares que desea en la playa y, en cambio, me deja ansiar una concertina. Pero que tenga cuidado: ya no soy un niño; soy más astuto que él y poseo su secreto».

Habló de este asunto a su mujer Lehua y se quejó a ella de la forma en que su padre lo trataba.

—Yo en tu lugar dejaría a mi padre tranquilo —dijo Lehua—. Es un hombre peligroso para quien intenta interponerse en su camino.

—¡No me importa nada! —gritó Keola castañeteando los dedos—. Lo tengo asido por las orejas. Puedo

¹Concertina. Acordeón de figura hexagonal u octagonal; de fuelle muy largo y teclados cantantes en ambas caras o cubiertas.

obligarlo a hacer lo que yo desee —y contó a Lehua lo que había visto.

Pero ella movió la cabeza en señal de duda.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo la mujer—, pero tan pronto estorbes a mi padre, es seguro que nada se sabrá de ti. Piensa en Fulano y en Mengano; recuerda a Hua, un noble del Parlamento que iba a Honolulu todos los años: ni un hueso ni un solo cabello se halló. Recuerda a Kamau: se consumió hasta quedar como un alfiler, a tal extremo que su mujer podía levantarlo en una mano. Keola, eres un niño en las manos de mi padre; te tomará con su índice y pulgar, y te comerá como a un camarón.

Entonces Keola quedó completamente asustado a causa de Kalamake, pero era demasiado vanidoso y las palabras de su mujer lo irritaron.

—Muy bien —dijo—, si es esto lo que piensas de mí, te demostraré cuán equivocada estás.

Después se dirigió a la sala donde se hallaba sentado su suegro.

—Kalamake —dijo—, quiero una concertina.

—¿La quieres de verdad? —preguntó Kalamake.

—Sí —respondió su yerno—. Y también quiero decirle sinceramente que pienso tenerla. Un hombre que recoge dólares en la playa puede proporcionarme una concertina.

—No tenía idea de que tuvieras tanto valor —observó el hechicero—. Pensé que eras un tímido inútil, y no puedo expresar cuán complacido estoy al ver que me he equivocado. Ahora empiezo a creer que he encontrado un ayudante y un sucesor en mi difícil negocio.

¿Una concertina? Tendrás la mejor de Honolulu. Y esta noche, tan pronto como oscurezca, tú y yo iremos a buscar el dinero.

—¿Volveremos a la playa? —preguntó Keola.

—No, no —respondió Kalamake—. Has de empezar a aprender más acerca de mis secretos. La última vez te enseñé cómo recoger las conchitas de la playa; esta vez te enseñaré cómo atrapar peces. ¿Eres bastante fuerte para gobernar el bote de Pili?

—Creo que sí —contestó Keola—. Pero, ¿por qué no vamos en el de usted, ya que está en el agua?

—Tengo una razón que comprenderás completamente antes de que amanezca —respondió Kalamake—. El bote de Pili conviene más para lo que deseo. Así que si te gusta, nos encontraremos allí tan pronto como oscurezca; y mientras tanto no diremos nada a nadie, pues no hay motivo para mezclar a la familia en nuestros asuntos.

La voz de Kalamake era más meliflua que la miel, por lo que Keola apenas podía contener su satisfacción.

«Podía haber logrado mi concertina hace varias semanas —pensó—, pues lo único que se necesita en el mundo es un poco de coraje».

Mas después de haber sorprendido a Lehua llorando, estuvo tentado de decirle que todo estaba bien.

«Pero no —pensó—; esperaré hasta enseñarle la concertina; veremos qué dirá esta chiquilla entonces. Tal vez comprenderá que su esposo es un hombre de cierta inteligencia».

Tan pronto como oscureció, el suegro y el yerno echaron al agua el bote de Pili y desplegaron las velas.

El mar estaba picado y soplaba un fuerte viento de la parte de sotavento; mas el bote era ligero, liviano, no hacía agua y se deslizaba sobre las olas. El brujo tenía una linterna que encendió y que sujetaba con los dedos, apretando la anilla. Ambos se sentaron hacia la popa y fumaron cigarrillos, que nunca faltaban a Kalamake, hablando como amigos de magia y de las grandes sumas de dinero que podían lograr ejerciéndola, y lo que comprarían ahora y después. Kalamake hablaba como un padre.

Entonces Kalamake miró a su alrededor y también hacia arriba, a las estrellas, y hacia atrás, para ver la isla, casi sumergida ya en el mar, pareciendo reflexionar acerca de su posición en el océano.

—Mira —dijo—, allá está Milokai, muy lejos, detrás de nosotros, y Maui solo parece una nube; ahora bien, por la posición de las estrellas, sé que estoy donde quería estar. Esta parte del mar se llama el mar de los Muertos, lugar extraordinariamente profundo, cuyo fondo está sembrado de huesos humanos; en las concavidades de esta parte del océano moran dioses y duendes. La corriente se dirige hacia el norte, con ímpetu mayor de lo que puede nadar un tiburón, de forma que cualquier persona que fuera arrojada al mar en esta parte sería llevada por la corriente como por un caballo salvaje hacia mares más lejanos: acabaría por morir ahogada al extenuarse, y sus huesos se esparcirían por el fondo y los dioses devorarían su espíritu.

Keola, al oír estas palabras, se asustó y miró atónito a Kalamake a la luz de las estrellas y de la linterna, y lo vio cambiado.

—¿Qué le pasa? —gritó Keola con voz penetrante.

—A mí no me pasa nada —respondió el brujo—, pero aquí hay uno que está próximo a morir.

No bien acababa de decir estas palabras cuando movió la mano que sostenía la linterna, y al ir a sacar los dedos, he aquí que estos, al rozar la anilla, la quebraron, pues la mano del brujo había triplicado su tamaño.

Keola, viendo esto, gritó y se cubrió el rostro con las manos.

Pero Kalamake levantó la linterna y le dijo:

—Mira mejor mi cara.

Su cabeza había llegado a ser tan grande como un barril; y seguía creciendo, como una nube se expande por encima de una montaña. Keola, sentado frente a él, gritaba, mientras el bote se deslizaba vertiginosamente sobre el mar tormentoso.

—¿Y ahora qué piensas —dijo el brujo— acerca de la concertina? ¿Estás seguro de que no preferirías mejor una flauta? ¿No? Eso está bien; porque no me gustaría que mi familia cambiara tan pronto de propósito. Pero empiezo a pensar que mejor sería que yo saliera de este miserable bote, porque mi cuerpo crece desmesuradamente, y si no ponemos más cuidado, el bote dará la vuelta.

Al decir esto, sacó las piernas fuera del bote, y su cuerpo siguió creciendo hasta treinta o cuarenta veces el tamaño natural, de forma que de pie en la profundidad del mar, sus hombros y cabeza sobresalían como una elevada isla, quebrándose las olas contra su pecho como se quiebran y rompen contra un risco.

El bote seguía hacia el norte, pero el brujo extendió su mano, asió la borda con sus dedos pulgar e índice, y la rompió como si fuera un bizcocho, lo cual hizo que Keola cayese al mar. El hechicero trituró la embarcación entre sus manos y arrojó las astillas a varias millas de distancia en la oscuridad de la noche.

—Discúlpame que lleve la linterna, pero tengo que vadear largo trecho. La tierra está lejos y el fondo del mar no está nivelado; también siento los huesos bajo mis pies.

Kalamake le dio la espalda y se alejó caminando a grandes zancadas. Cada vez que Keola se hundía en el seno del mar, dejaba de verlo, pero cuando era ascendido sobre la cresta del oleaje, lo volvía a ver alejándose a tientas, llevando por encima de su cabeza la linterna y quebrándose las espumosas y blancas olas contra su pecho mientras caminaba.

Desde que el mundo es mundo, cuando las islas fueron sembradas en el mar, nunca se vio a un hombre tan atemorizado como Keola. Claro está que sabía nadar, pero como nadan los cachorros arrojados para que se ahoguen, y además no sabía a dónde dirigirse. Solo podía pensar, en aquellos momentos, en el enorme tamaño del brujo, cuya cara era mayor que una montaña, cuyos hombros aparecían tan anchos como una isla y contra los cuales se batían en vano las olas. Al recordar la concertina se apoderó de él gran vergüenza, y al recordar también los huesos de los muertos que yacían en esa parte el mar, se estremeció.

De pronto notó la presencia de algo oscuro y que se movía entre él y las estrellas; también una luz más

abajo, así como un resplandor sobre el mar cubierto de sombras. Oyó hablar, y entonces gritó a pleno pulmón, contestándole una voz. En un abrir y cerrar de ojos la popa de la nave —pues era un barco— pendía sobre su cabeza, balanceándose sobre una ola para después descender de nuevo. Keola, al hundirse un poco la popa, asíó con violencia las cadenas del ancla, y aunque por un instante fue enterrado en el rugiente mar, al punto se sintió ascendido a bordo por los marineros.

En la nave le proporcionaron ginebra y bizcochos, le preguntaron cómo había llegado hasta donde lo encontraron y si la luz que ellos habían visto era el faro Lae o Kalaau. Pero Keola sabía que los blancos son como los niños y solo creen sus propias historias; así que les contó lo que le pareció. En lo que se refiere a la luz —que era la linterna de Kalamake—, juró que no había visto ninguna.

El barco era una goleta que se dirigía a Honolulu para comerciar después en las islas bajas. Por suerte para Keola habían perdido un hombre de la tripulación del bauprés durante una tormenta. No se acostumbra hacer muchas preguntas a un naufrago. Keola, por otra parte, no sentía grandes deseos de quedarse en las Ocho Islas. Las noticias corren como el viento, y a todos los hombres les gusta relatar novedades; así, si Keola se hubiese escondido al norte de Hawai o en la parte sur de Kau, el brujo no hubiera tardado un mes en saberlo, y él perecería. En vista de eso, obró como hombre prudente y se enganchó como marinero en lugar del ahogado.

Además, el barco era un lugar agradable. La comida era en extremo rica y abundante, compuesta de bizcochos y carne salada todos los días, y sopa de arvejas y budines de harina y grasa dos veces por semana; gracias a tan sustanciosa alimentación Keola engordó. El capitán también era un buen hombre y la tripulación no era peor que otras tripulaciones blancas. La dificultad estribaba en el piloto, pues se trataba de la persona más difícil de complacer que jamás encontró Keola. Todos los días pegaba e injuriaba a Keola, tanto por lo que hacía como por lo que dejaba de hacer. Los golpes que le atizaba eran muy dolorosos, pues pegaba fuerte; y las palabras que empleaba eran de muy mal gusto, sobre todo porque Keola descendía de buena familia y estaba acostumbrado a ser respetado. Lo peor de todo era que cuando Keola encontraba una oportunidad para dormir, el piloto lo despertaba con el chicote.¹ Keola no tardó en ver que nunca se acostumbraría a esta vida y decidió escapar.

Llevaba un mes de navegación desde que habían salido de Honolulu, cuando divisaron tierra. Era una hermosa noche estrellada, con el cielo despejado y el mar tranquilo. Soplabla una brisa uniforme. Allá emergía una isla: una hilera de palmeras se veía a ras del mar. El capitán y el piloto miraban la isla con sus catalejos nocturnos, pronunciaron su nombre y hablaron acerca de ella al lado del timón que manejaba Keola. Al parecer, era una isla a la que nunca se acercaban comerciantes. Según el capitán, era una región donde

¹Chicote. Extremo, remate o punta de cuerda, o pedazo pequeño separado de ella.

no habitaba ningún hombre; pero el piloto pensaba de diferente manera.

—No daría un centavo por las informaciones de los almanaques comerciales —dijo el piloto—. He pasado por aquí una noche en la goleta *Eugenia*; era precisamente una noche como esta. Los isleños estaban pescando con antorchas y la playa estaba alumbrada como una ciudad.

—Está bien —dijo el capitán—. La isla es muy abrupta: eso es lo principal; y allá no hay peligros de bajíos ni bancos de arena, según la carta de navegación; así que podemos aproximarnos al sotavento de la misma. ¡Mantenga la embarcación cerca de la isla! —gritó a Keola, quien escuchaba tan atentamente, que se olvidó de timonear.

El piloto lo injurió por eso y juró que este canaco era un inútil en el mundo; por eso el día en que pudiera correr tras él con una cabilla,¹ sería un mal día para Keola.

Después el capitán y el piloto se fueron a acostar, y Keola se quedó solo.

«Esta isla me convendría mucho —pensó—, pues en el caso de que los comerciantes no quieran nunca acercarse a ella, tampoco el piloto irá por ahí. Y por lo que se refiere a Kalamake, no es posible que este pueda llegar tan lejos».

Una vez que hubo pensado esto, aproximó la goleta lo más que pudo a la isla. Tenía que hacerlo despacio,

¹Cabilla. Barra redonda de hierro, de seis a ocho centímetros de grueso, con la cual se clavan las curvas y otros maderos que entran en la construcción de los buques.

porque lo malo de los blancos, y sobre todo del piloto, era que no se podía estar seguro de ellos; y así, aunque parezcan dormidos profundamente, o pretendiendo aparentarlo, si solo se agita una vela, saltarían y caerían sobre uno con un chicote. Por esto Keola aproximó el barco a la costa poco a poco manteniéndolo en la misma línea. Al fin la nave quedó muy cerca de tierra y se oyó con estrépito el ruido del mar azotando los costados del barco. Al oír esto, el piloto se sentó de repente sobre su litera descubierta.

—¿Qué está usted haciendo? —rugió—. ¡Va a encallar el barco!

El piloto dio un salto hacia Keola, y este lo hizo por encima de la borda, arrojándose al mar, en el cual se reflejaban las estrellas.

Cuando apareció de nuevo en la superficie del agua, la goleta había recobrado su curso normal, y el mismo piloto era el que timoneaba, maldiciendo e injuriando a Keola, quien hasta llegó a oírlo.

El mar estaba tranquilo y protegido por la costa de la isla; además hacía calor. Keola no tenía miedo de los tiburones, pues llevaba consigo el cuchillo de marinero. Un poco más hacia adelante había un claro en la arboleda; se veía una abertura a flor de tierra, como la boca de un puerto, y a ella lo llevó la marea, que continuaba creciendo. Por un momento se creyó ya dentro, pero otra ola lo volvió a sacar de allí; después fue arrastrado por un agua límpida y poco profunda en la que se reflejaban miles de estrellas, y cuando llegó a tierra la vio circundada de palmeras.

Al advertir esto se extrañó, pues nunca había oído hablar de esta isla.

El tiempo que Keola pasó en la isla podemos dividirlo en dos períodos: el primero abarca su permanencia solitaria, y el segundo, el tiempo en que encontró y habitó con la tribu.

Al principio buscó por todas partes seres vivientes, pero no halló a nadie; solo vio algunas casas en una especie de aldea y restos de haber habido fuego en los hogares. Pero las cenizas de los hogares estaban ya frías y las lluvias las habían arrastrado hacia fuera. Los vientos también habían hecho algo por su parte: algunas chozas aparecían tumbadas. Aquí fue donde él se instaló. Encendió fuego; fabricó un anzuelo para pescar; cocinaba sus peces; y trepaba a los árboles para buscar cocos verdes cuyo jugo bebía, pues en la isla no encontró agua. Los días se le hacían eternos y las noches lo horrorizaban. De una cáscara de coco construyó una lámpara que llenó con aceite de nueces maduras y cuya mecha hizo de fibra. Cuando llegaba la noche, encendía su lámpara, se encerraba en la choza y se acostaba temblando hasta que amanecía. Muchas veces pensaba que hubiese estado mejor en el fondo del mar, donde sus huesos estarían en compañía de otros muchos.

Durante todo este tiempo permaneció en el interior de la isla, porque las chozas se encontraban a orillas de la laguna, y era allí donde las palmeras crecían más y donde el agua abundaba en peces estupendos. Solo una vez fue a la costa y solo una vez miró la playa, pero regresó atemorizado. Porque la vista de la playa de arena reluciente, con conchitas esparcidas y su sol radiante, le produjo agudo dolor.

«No puede ser —pensó—, y sin embargo, es muy parecida. ¿Y cómo puedo saberlo? Aunque estos blancos pretenden conocer adónde van, sin embargo, navegan al azar como nosotros, así que, después de todo, pudiera ser que hayamos navegado formando un círculo y puedo estar muy cerca de Molokai, al punto que esta sea precisamente la misma playa donde mi suegro recoge su dinero».

Después de eso, fue más prudente y permaneció en el interior de la isla.

Alrededor de un mes más tarde, llegaron un día a ella seis grandes botes atestados de personas. Se trataba de una raza fina de indígenas cuyo lenguaje, aunque sonaba muy diferente, tenía, sin embargo, algunas palabras de significado idéntico al de las suyas, así que no era difícil entenderse. Además, los hombres eran muy corteses y las mujeres muy complacientes; saludaron a Keola dándole la bienvenida, le proporcionaron alimentos, una casa y le dieron una mujer, y lo que más lo sorprendió era que no lo mandaron a trabajar con la gente joven.

Desde este momento la vida de Keola puede dividirse en tres fases: la primera, aquella en la que estuvo tristísimo; la segunda, en la que estuvo bastante alegre, y la tercera, en la que se convirtió en el hombre más miedoso del mundo.

La causa de su primera tristeza fue la mujer que le dieron por compañera. Keola dudaba acerca de la isla y también del habla de sus habitantes, cuyo lenguaje había oído algo al llegar a aquel lugar transportado por el brujo en la alfombrita. Pero acerca de su mujer

no había error posible, porque era la misma muchacha que corrió huyendo de él en el bosque. Así que, a pesar de haber navegado tanto, bien podía, al parecer, haberse quedado muy cerca de Molokai. Había abandonado su casa, su mujer y sus amigos para escapar de su enemigo, y el lugar donde había llegado era casualmente aquel en que el brujo acudía a proveerse de dinero, y donde se paseaba invisible. Durante este período se mantuvo cerca de la laguna y no se atrevió a alejarse de la choza.

El motivo de su alegría, segundo período de esta parte de su vida, era lo que había oído de su mujer y del jefe de la tribu isleña. Keola no hablaba con casi nadie, nunca estaba muy seguro de sus nuevos amigos, porque juzgaba que eran demasiado corteses para poder confiar en ellos, y desde que había conocido mejor a su suegro, se había tornado más cauteloso. Por eso no habló nada de sí: solo manifestó su nombre y su origen y que venía de las Ocho Islas, que eran estupendas. Refirió también algo acerca del palacio del rey en Honolulu, de quien era su mejor amigo, y de los misioneros. Pero tuvo la habilidad de preguntar mucho, y por eso se enteró de un sinnúmero de cosas. La tierra donde ahora se encontraba se llamaba la Isla de las Voces; era propiedad de la tribu, pero esta tenía sus casas en otra isla, a tres horas de navegación a vela hacia el sur. En aquel lugar vivían permanentemente, favorecidos por el terreno fértil y su abundante producción de huevos, aves y cerdos, artículos que trocaban por ron y tabaco los barcos que allí acudían. A aquella isla se dirigió la goleta después de haberse arrojado

Keola de la misma al mar; allí era también donde había muerto el piloto, a causa de una locura propia de los blancos. Ocurrió que, cuando llegó la goleta a aquella isla, había comenzado el período de peste del pescado, que quedaba todo envenenado, y así, quienquiera que comiese de él, se hinchaba y moría. Todo esto se lo dijeron al piloto; este vio cómo se preparaban los botes en los que la tribu se embarcaría para la Isla de las Voces, pues durante la peste siempre se iban de aquella isla; pero el piloto era un alocado blanco, que no creía más que en lo que él mismo decía. Así, pues, cogió uno de los peces envenenados, lo cocinó y se lo comió. Poco después se le hinchó todo el cuerpo y murió; noticia que causó satisfacción a Keola.

Por lo que se refiere a la Isla de las Voces, la mayor parte del año quedaba desierta; solo de cuando en cuando desembarcaba la tripulación de un bote en busca de la almendra de coco. Pero durante el período de peste, cuando los peces estaban infectados, toda la tribu vivía en esta isla. Esta debía ese nombre a una virtud milagrosa, porque acaecía que toda la costa de la isla estaba habitada por diablos invisibles, a los que día y noche se les podía oír hablar entre sí en un idioma extraño. Día y noche se encendían y extinguían pequeñas fogatas en la playa, y nadie podía comprender cuál era el motivo. Keola les preguntó si esto sucedía en la otra isla, donde la tribu vivía permanentemente, y le respondieron que no, ni tampoco en ninguna de las cien islas que se encontraban a la redonda, pues esto era peculiar de la Isla de las Voces. Le refirieron

también que esos fuegos y extrañas voces solo se veían y se oían en las inmediaciones de la costa, por lo que cualquiera podía vivir dos mil años —si le fuera dado vivir tanto— cerca de la laguna sin ser molestado en absoluto, aunque tampoco en las mismas inmediaciones de la costa se sufriría daño alguno si no se molestaba a los diablos. Solo una vez un jefe había arrojado un palo hacia el lugar de donde venía la voz que oyera, y aquella misma noche se cayó de lo alto de un cocotero y se mató.

Keola pasó un buen rato abstraído en profundas meditaciones. Comprendió que estaría mejor cuando la tribu retornara a la isla principal, y hasta bastante bien donde ahora se hallaba si no se alejaba de la laguna; aunque ya bullía en su mente una idea para variar a su favor el curso de los acontecimientos, si le fuera posible. Así que contó al jefe principal que en cierta ocasión él había estado en una isla apestada de la misma manera, y que la población había encontrado el medio de quedar inmunizada de la epidemia.

—Crecía en los bosques de aquella isla cierto árbol —relataba Keola—, y acontecía que los diablos acudían allá para llevarse las hojas. Por esto la población talaba todos los árboles allí donde creciesen, de forma que los diablos no fuesen más.

Le preguntaron qué clase de vegetal era aquel, y él les enseñó el árbol cuyas hojas tomaba Kalamake para quemarlas en la alfombrita. Aunque el relato les pareció inverosímil, la idea les gustó. Todas las noches debatían este asunto los ancianos en sus consejos, pero el jefe principal, aunque era un hombre valiente,

estaba asustado por este asunto y les recordaba diariamente lo que le había sucedido a aquel jefe que arrojó un tronco contra la voz que oyera: que se mató; y este recuerdo los detenía en su realización.

A pesar de que Keola no pudo conseguir que destruyeran los árboles, se sentía contento y comenzaba a interesarse por lo que lo rodeaba y a encontrar placer en aquella existencia. Entre otras cosas, se mostró más amable hacia su mujer, por lo cual esta le correspondió con más amor. Una vez, Keola llegó a la choza y encontró a su mujer arrodillada y lamentándose amargamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Keola.

Ella le manifestó que no era nada.

Aquella misma noche su mujer lo despertó, y aunque la luz de la lámpara era muy débil, Keola pudo advertir que su esposa estaba muy afligida.

—Keola —dijo ella—, acerca tu oído a mi boca para que pueda susurrarte algo, pues nadie debe oírnos. Dos días antes de que empiecen a preparar los botes, vete a la costa y escóndete entre los arbustos. Elegiremos un lugar de antemano, y allí ocultaremos alimentos. Todas las noches yo pasaré cerca cantando; así que cuando no me oigas cantar, comprenderás que nos hemos ido todos de la isla y podrás salir tranquilo.

Keola se quedó sin aliento.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¡No puedo vivir entre los diablos, y no quiero que me abandonen en la isla! Me muero de deseos por irme de aquí.

—Tú nunca saldrás de aquí con vida —le dijo la muchacha—, porque, para decirte la verdad, mi gente

es caníbal, pero lo mantienen en secreto. La razón de querer matarte aquí es porque a nuestra isla llegan los barcos, y Donat-Kimaran viene y habla con los franceses; además, allí vive un comerciante blanco y un catequista¹ en la casa que tiene un gran balcón desde el que puede verse todo. ¡Oh, aquel lugar es verdaderamente admirable! El comerciante tiene barricas llenas de harina; y en cierta ocasión atracó un buque de guerra francés y repartió entre todos vino y bizcochos. ¡Ah, pobre Keola!, me gustaría poder llevarte, pues el amor que te tengo es muy grande, y aquel lugar es el más hermoso entre todas las islas del mar, a excepción de Papeete.

Llegamos, pues, al período en que Keola vivió lleno de temor. Había oído relatos sobre los caníbales de las islas del sur, y esto siempre lo había horrorizado. Y ahora esta desgracia llamaba a su puerta. Además había oído referir a los viajeros que cuando los caníbales se proponen comerse a un hombre, lo cuidan y miman, tal como lo hace una madre con su hijito querido. Y Keola comprendió que este era su caso, y que tal era la causa de haberlo alimentado, proporcionado casa y mujer, eximiéndolo de todo trabajo, y por qué los ancianos y los jefes discutían con él como con una persona importante. Pensando sobre su destino, se le erizaban los cabellos. Al día siguiente los nativos se mostraron muy corteses con él, como de costumbre. Conversaron, hicieron hermosas poesías y bromearon durante las comidas, de tal manera, que hasta hubieran hecho reír a un misionero.

¹Catequista. Persona que enseña cosas relativas a la religión.

Muy poco le importaban a Keola esas finas atenciones de la tribu; él solo veía los blancos dientes que brillaban en sus bocas, mientras sentía un nudo en la garganta. Cuando acabaron de comer, Keola se dirigió a los arbustos para esconderse y se hizo el muerto. Al día siguiente repitió su ficción y entonces su mujer lo siguió.

—Keola —le dijo—, te diré claramente que si no comes y te escondes, te matarán y te asarán mañana. Algunos ancianos murmuran que estás enfermo y que adelgazarás.

Al oír esto Keola dio un salto y se irritó.

—Muy poco me importa la forma en que debo morir. Me hallo entre la espada y la pared: entre el diablo y el mar. Ya que tengo que morir, deseo sea de forma rápida, y si han de comerme, lo mejor será que me coman los duendes y no los hombres. ¡Adiós! —dijo, y dejándola allí de pie, caminó hacia la costa.

Esta se hallaba desierta bajo el sol abrasador; no había signo alguno de vida: solamente en la arena se veían pisadas, así como encenderse y extinguirse diminutos fuegos, y, por todas partes, se oían las voces invisibles que hablaban. Aquí se escuchaban todos los idiomas del mundo: francés, holandés, ruso, tamil y chino. Y Keola oía las voces de todos los idiomas de los países iniciados en el arte de la magia. La playa, pues, estaba atestada de gente invisible. Mientras caminaba, observó que las conchitas de moluscos desaparecían de su vista, aunque no podía ver quién las arrebatava. No dudó que hasta el diablo se asustaría de permanecer solo en compañía semejante, pero

Keola ya había superado el miedo y acariciaba la idea de la muerte. Cuando se encendían los fuegos, Keola se abalanzaba a ellos como un toro. Las voces inmateriales clamaban por todas partes; las manos invisibles echaban arena sobre las llamas, y estas desaparecían de la playa antes de que él pudiera alcanzarlas.

«Es evidente que Kalamake no está aquí en este momento, pues de lo contrario ya habría perecido yo» —pensó.

Embargado por este pensamiento, y como estaba cansado de tanto caminar, se sentó a la entrada del bosque y apoyó su mentón en la mano. La actividad inexplicable continuaba: las voces resonaban en la playa, las llamas se encendían y apagaban, y las conchitas desaparecían y se renovaban continuamente ante su vista.

«Seguramente —pensó—, era un día de descanso cuando vine por primera vez, pues no se notaba ninguna actividad».

Entonces su cabeza se sintió aturdida por la cantidad de millones y millones de dólares que personas invisibles recogían y se llevaban por los aires volando a mayor altura que las águilas.

«¡Y pensar que me habían engañado con cuentos fabulosos sobre la acuñación de la moneda —exclamó—, y que la moneda se hacía allá, cuando es evidente que toda la moneda nueva del mundo se recoge en esta playa! ¡Pero de aquí en adelante sé la verdad!»

Sin que se diese cuenta de cómo y cuándo, el sueño se apoderó al fin de él, y Keola se olvidó de la isla y de todos sus pesares.

Al día siguiente, antes de que saliera el sol, lo despertó un gran bullicio. Se despertó asustado, porque pensaba que la tribu lo había descubierto, pero no era así; en la playa solo se oían las voces incorpóreas que se llamaban entre sí, pareciéndole que todas ellas pasaban por su lado, subiendo hacia el interior de la isla.

«¿Qué ocurre ahora?» —pensó Keola. Era evidente que sucedía algo extraordinario, porque no se veían llamas ni desaparecían las conchitas de la playa, pero las voces inmateriales clamaban en la playa alejándose hacia el bosque. Otras y otras voces se sucedían y, por su entonación, parecía que los brujos estaban irritados.

«Pero no están enojados conmigo, porque pasan muy cerca de mí» —pensó Keola.

Así como los sabuesos corren unos tras otros, o los caballos en una carrera desenfadada, o los habitantes de una ciudad corren hacia un incendio, uniéndose todo el gentío detrás, así le sucedió ahora a Keola, que sin saber qué hacía ni por qué, sin embargo corría tras las voces.

Al llegar a un recodo que conducía al extremo del bosque, recordó que era el sitio donde crecían los árboles del brujo. Desde este lugar se oía un tumulto innarrable de voces humanas, y al oírlas, las voces inmateriales que precedían a Keola se dirigieron a ese sitio. Al acercarse más, las voces se confundieron con el golpe de muchas hachas. Keola, al oír esto, pensó inmediatamente que el jefe principal había al fin consentido en cortar los árboles, y que este ruido significaba el comienzo de la tala. Esta noticia voló como el

viento entre los hechiceros por la isla y estos trataban ahora de defender sus árboles. La atracción por lo desconocido lo impulsó hacia adelante. Corrió tras las voces, cruzó la playa, llegó a la entrada del bosque y allí se detuvo asombrado. Unos árboles habían sido ya abatidos y otros estaban recibiendo hachazos: allí se encontraba toda la tribu. Los hombres se hallaban unos al lado de otros, apretujados; otros yacían por el suelo y la sangre corría entre sus pies. Los rostros de todos ellos tenían una expresión de miedo, y sus voces se elevaban al cielo agudas como el grito de la comadreja.

Lo mismo que un niño que empuña una espada de madera y da mandobles al viento, así los caníbales, blandiendo sus hachas equivocadamente y gritando, pretendían luchar contra un ser imaginario: de cuando en cuando vio Keola en el aire un hacha moverse sin mano que la sostuviera, y caer de tiempo en tiempo a tierra un cuerpo partido en dos, u otro machucado, alejándose aullando el alma del muerto.

Durante unos momentos, Keola contempló este espectáculo, como en sueños, y luego se apoderó de él un profundo temor comparable a la muerte; de forma que no pudo mirar por más tiempo esta escena. En ese instante el jefe principal de la tribu lo vio, y señalándolo lo llamó por su nombre. Al oírlo, toda la tribu miró a Keola, con ojos brillantes y castañeteándole los dientes.

«He estado demasiado aquí» —pensó Keola, y corrió hacia la playa sin saber adónde.

—Keola —lo llamó una voz cercana sin que se viera a persona alguna.

—Lehua, ¿eres tú? —gritó él jadeante y miró en vano buscándola; mas no había nadie visible.

—Te vi pasar antes, pero no me hubieses oído. ¡Pronto!, consigue hojas y hierbas y vamos a libertarnos.

—¿Estás aquí con la alfombrita? —le preguntó su esposo.

—Sí, aquí a tu lado —le respondió ella. Y él sintió sus brazos que lo estrechaban—. ¡Pronto! ¡Las hojas y las hierbas antes de que mi padre vuelva!

Keola, pues, voló, porque de ello dependía su vida, y buscó las hojas pedidas. Leahua lo guió al volver, colocó sus pies sobre la alfombra y encendió el fuego. Mientras este ardía, el estruendo de la batalla se oía desde el bosque: los brujos y los caníbales luchaban con desnudo. «Los invisibles» luchaban como toros en una montaña, y los de la tribu correspondían acerbamente, enloquecidos por el terror de sus espíritus. Mientras ardía la hoguera, Keola permanecía en pie, oyendo todo, y notando cómo las manos invisibles de Leahua alimentaban el fuego con las hojas, que al caer levantaban la llama y esta quemaba las manos de Keola. Leahua se daba prisa y soplabla el fuego. Se consumió la última hoja, se apagó la llama y sucedió el choque: Keola y Leahua se encontraron en la habitación de su casa.

Cuando Keola llegó a ver a su mujer, sintió gran contento al encontrarse en su casa de Molokai y sentarse a comer un tazón de *poi*,¹ pues ni en el barco del que se arrojó ni en la Isla de las Voces había comido *poi*.

¹*Poi*. Comida hawaiana y samoana hecha con la raíz del taro, a la cual se le adiciona agua y se amasa hasta convertirla en una harina; se deja fermentar antes de ser consumida.

Keola no cabía en sí de alegría por haber escapado ileso de las manos de los caníbales. Pero algo no estaba muy claro, y el matrimonio habló de eso toda la noche, quedando ambos muy tristes. Kalamake se había quedado abandonado en la isla. Si, ¡Dios sea alabado!, él permanecía siempre allá, todo marcharía bien; pero si lograba escapar y regresar a Molokai, ese día sería funesto para su hija y su yerno. Estos hablaron de la facultad de Kalamake de convertirse en gigante y de la posibilidad de que vadease el mar. Pero Keola sabía ya dónde se encontraba esa isla; es decir, en el bajo y peligroso archipiélago. Buscaron, pues, el atlas y miraron la distancia en el mapa y dedujeron que era un trayecto muy largo para un anciano. Sin embargo, no se podía estar muy seguro de un brujo como él, y determinaron, al fin, pedir consejo a un misionero blanco.

Por eso la primera vez que llegó a la isla un misionero, Keola le contó toda la historia. El misionero lo trató con dureza porque Keola había tomado otra esposa en la Isla de las Voces; pero de todo lo demás aseguró que no entendía nada.

—En todo caso —le dijo—, si usted piensa que el dinero de su suegro es de mala procedencia, mi consejo es que entregue algo para los leprosos y algo a la Junta de Misioneros. Por lo que se refiere a todas esas cosas extraordinarias, mejor será que las conserve en secreto.

Mas el misionero denunció a la policía de Honolulu que, según su leal saber y entender, Kalamake y Keola

habían estado acuñando moneda falsa, por lo cual no estaría de más vigilarlos.

Keola y Lehua siguieron el consejo del misionero y dieron mucho dinero a los leprosos y a la Junta de Misioneros. Y sin duda ese consejo fue bueno, porque desde aquel día hasta hoy, nada se ha vuelto a oír de Kalamake. Ahora bien, si cayó en la batalla por defender los árboles o si todavía arrastra sus pies por la Isla de las Voces, ¿quién podrá decirlo?

La costa de Falesá

Capítulo Primero

Una boda en los mares del sur

Era la hora del crepúsculo cuando vi por primera vez aquella isla. La luna estaba poniéndose en el occidente, pero aún aparecía clara y brillante. Por el oriente, en medio de la aurora que teñía de rosa el horizonte, el lucero del alba centelleaba como un diamante. El viento de tierra adentro nos dio en la cara y nos trajo agrestes perfumes de limas silvestres y vainilla; también de otros frutos, pero los ya dichos eran los más pronunciados, y su penetrante aroma me hizo estornudar. Debería aclarar que yo había estado radicado en una isla llana en las proximidades del ecuador durante muchos años, y donde vivía solitario la mayor parte del tiempo, sin otra compañía que los indígenas. Esta, pues, era una nueva experiencia para mí: hasta la lengua me sería extraña; y la vista de estos bosques y montañas, con su agreste perfume, hacía que la sangre latiese en mis venas con nuevo vigor.

El capitán apagó la lámpara sobre la bitácora.¹

—Mire hacia allá —me dijo— por donde se alza esa nubecita de humo, señor Wiltshire, detrás del arrecife. Esto es Falesá, la última aldea del este, el lugar donde se encuentra su puesto. Nadie ha construido su vivienda a barlovento..., no sé por qué razón. Tome mi anteojo y podrá distinguir las casas.

Miré por el anteojo, y las riberas se acercaron de forma que pude distinguir la selva enmarañada y la marejada de la playa; también, asomando entre los árboles, los oscuros tejados y los más oscuros interiores de las viviendas.

—¿Alcanza usted a distinguir algo blanco hacia el este? —preguntó el capitán—. Esa es su casa. Es un edificio de coral dotado de una amplia terraza y construido en el punto más alto de la isla; es el mejor puesto del Pacífico sur. Cuando el viejo Adams lo vio, al llegar aquí por primera vez, me dio un cálido apretón de manos. «Me ha tocado un buen lugar», me dijo. «Así es», le contesté, «y ya era hora». ¡Pobre Johnny! Una sola vez lo volví a ver después de aquel día, y entonces ya no era el mismo..., no se llevaba bien con los indígenas, o con los blancos, o algo así, no recuerdo con exactitud. Cuando volvimos por aquí al viaje siguiente, ya había muerto y estaba sepultado. Pregunté dónde estaba enterrado, busqué su tumba y le coloqué el siguiente epitafio: «John Adams, fallecido en 1868. Que su vida les sirva

¹Bitácora. Especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón donde se pone la aguja de marear o brújula. En otro caso, libro donde el capitán escribe todos los incidentes de la travesía.

de ejemplo». Yo lo eché mucho de menos. Siempre lo juzgué un buen hombre.

—¿De qué falleció? —inquirí.

—De una extraña enfermedad —contestó el capitán—. Parece que lo atacó de repente. Se dice que se levantó a medianoche y trató de abrir una caja de aguardiente. No lo consiguió, le flaquearon las fuerzas. Luego debió de haber subido a la terraza, y empezado a divagar inclinado sobre la baranda. Cuando lo encontraron, al día siguiente, estaba completamente demente. Repetía sin cesar que alguien había aguado su copra.¹ ¡Pobre John!

—¿Se piensa que fue el ambiente? —pregunté.

—¡Bah!, se pensó que fue el ambiente, las preocupaciones o alguna otra cosa —me contestó—. Por mi parte, siempre oí decir que el lugar era saludable. Su antecesor, Vigours, se encontraba perfectamente allí. Renunció por la competencia..., según dijo; temía al negro Jack, a Case y a Whistling Jimmy, quien aún vivía en aquel tiempo, y se ahogó poco después en estado de ebriedad. En cuanto al viejo capitán Randall, está radicado aquí desde 1844 o 1845. Nunca noté que se encontrase mal o que hubiese cambiado mucho. Parece que alcanzará la edad de Matusalén. No, creo que el lugar es saludable.

—Un bote viene hacia aquí —dije—. Parece un ballenero de unos dieciséis pies; en las escotas² de popa hay dos hombres blancos.

¹Copra. Médula del coco de la palma.

²Escota. Cabo que sirve para cazar las velas.

—¡Ese es el bote en el que se ahogó Whistling Jimmy! —exclamó el capitán—. Deme el antejo. Sí, ese es Case, no hay duda, y el negro. Tienen fama de malandrines de la peor especie, pero usted sabe que en la costa se habla mucho. A mi juicio, Whistling Jimmy fue el peor de todos, y ya pasó a mejor vida. ¿Cuánto quiere apostar a que vienen en busca de aguardiente? Le juego, cinco a dos, a que se llevarán seis cajas.

Cuando los dos comerciantes subieron a bordo, su apariencia me agradó al instante, mejor dicho, la apariencia de ambos y la conversación de uno. Tenía ansias de estar entre compañeros blancos después de haber pasado cuatro años en los trópicos, que fueron para mí años de encierro. Mi principal actividad consistía en bajar al Parlamento para tratar de que me fueran levantadas las prohibiciones que periódicamente me imponían; a veces me embriagaba con ginebra para olvidarme de todo, y luego me arrepentía, pasaba largas noches sentado en mi casa, con la lámpara por única compañía, y otras veces erraba por la playa, calificándome a mí mismo como el más necio de los mortales por haber ido allí. No había ningún otro blanco en mi isla, y cuando iba a la próxima, eran en su mayoría rudos parroquianos los que formaban la sociedad. El ver ahora a esos dos hombres que venían a bordo me causaba un gran placer. Uno de ellos era negro, no había duda, pero ambos vestían elegantes trajes rayados y sombreros de paja, y Case se hubiera lucido hasta en una ciudad. Era menudo, de piel cetrina y tenía una nariz aguileña, pálidos ojos y una barba recortada con tijeras. Nadie conocía su país de

origen; solo se sabía que era de habla inglesa, pero era evidente que descendía de buena familia y que había recibido una educación excelente. Tenía talento además: era un acordeonista de primera calidad; y si se le daba un pedazo de cuerda, un corcho o una baraja, era capaz de competir con cualquier profesional en la ejecución de trucos. Cuando quería, sabía conversar en el atildado lenguaje de los salones, lo que no le impedía blasfemar como un carretero cuando se lo proponía. Siempre hacía lo que juzgaba más adecuado a las circunstancias, y lo hacía con tanta naturalidad, que parecía innato en él. Tenía el coraje de un león y la astucia de una rata, y si no se encuentra ahora en el infierno, será porque no existe semejante lugar. Una sola buena cualidad le conocí: el aprecio que sentía por su esposa y el cariño que le profesaba. Esta era una samoana que se teñía de rojo el cabello, al estilo de su país, y cuando él murió —asunto del que he de hablar después—, se comprobó algo extraño: había hecho testamento, como un cristiano, y la viuda heredó todos sus bienes: todos los de él, dicen, y todos lo de Jack, y la mayor parte de los de Billy Randall, pues era Case el que llevaba los libros. Así, pues, ella se embarcó en el *Manu'a* de regreso a su patria, donde lleva la gran vida.

Pero nada de esto sabía yo aquella mañana. Case me trataba como caballero y como amigo, me dio la bienvenida a Falesá y se puso a mi disposición para cualquier servicio que pudiera necesitar, lo que me era de suma utilidad, dada mi ignorancia del idioma y de las costumbres nativas. Pasamos la mayor parte

del día en el camarote, brindando por nuestra amistad, y nunca conocí a un hombre que tuviera una conversación más brillante e ingeniosa. En todas las islas no había un comerciante tan inteligente y hábil como él. Pensé que Falesá parecía ser el lugar preciso que me convenía, y cuanto más bebía, más animoso me sentía. Mi antecesor había abandonado precipitadamente el lugar con un pasaje que había conseguido, por casualidad, en un barco de carga procedente del oeste. Al llegar, el capitán encontró el puesto cerrado, las llaves en casa del pastor indígena y una carta del prófugo, en la que manifestaba que temía por su vida. Desde entonces la empresa no tuvo representación en la isla y, en consecuencia, no había tampoco quien se hiciera cargo del negocio.

El viento, por otra parte, era favorable, por lo que el capitán esperaba llegar a la próxima isla al amanecer, aprovechando la marea, y ya estaban descargándose con diligencia mis mercaderías. No era necesario que me preocupase por ello, me dijo Case: nadie tocaría mis cosas, todos eran honrados en Falesá, cuando no se trataba de pollos, de algún cuchillo raro o de algún extraordinario atado de tabaco; y por lo tanto, lo mejor que podía hacer era quedarme sentado tranquilamente a bordo hasta que el barco partiese, ir luego a su casa, saludar al anciano capitán Randall, el patriarca de aquella costa, beber una copa con él, y, después, a la noche, irme a mi casa a dormir. Así, pues, era ya pleno mediodía y el barco estaba por largar amarras, cuando pisé por primera vez la playa de Falesá.

Había bebido unas copas a bordo; me encontraba en el estado que convenía, y sentía agitarse el suelo bajo mis pies, como la cubierta de un barco. Veía el mundo de color de rosa; mis pies hollaban el camino al compás de una música imaginada; Falesá podría haber sido el paraíso, si existiera ese lugar, ¡y sería una pena que no fuera así! Era agradable pisar la hierba, contemplar en lo alto las verdes montañas, ver a los hombres llevando verdes guirnaldas y a las mujeres con sus llamativos vestidos, rojos y azules. Proseguimos nuestro camino, unas veces bajo el sol abrasador, otras a la fresca sombra, y ambas cosas nos gustaban. A nuestro paso los niños del pueblo corrieron tras nosotros, con las cabezas afeitadas y los cuerpecitos oscuros, lanzando una especie de gritos de bienvenida, que se asemejaban al piar de las aves de corral.

—A propósito —dijo Case—, es necesario que le consigamos una mujer.

—Así es —contesté—; me había olvidado.

Había una buena cantidad de niñas a nuestro alrededor, y yo me enderecé y las examiné como un bajá. Estaban todas vestidas con sus mejores galas por la llegada del barco, aunque las mujeres de Falesá son hermosas de por sí. El único defecto que puede imputárseles es que son un poco anchas de caderas, y en eso estaba pensando cuando Case me tocó.

—Estupendo espectáculo, ¿no? —dijo.

Vi a una joven que venía sola del lado del mar. Había estado de pesca; no llevaba sino una camisa, completamente empapada. Era joven y muy esbelta, lo que era raro en una isleña; de rostro alargado, frente

despejada y con una extraña mirada tímida y velada, entre felina e infantil.

—¿Quién es esa? —pregunté—. Creo que me servirá.

—Es Uma —explicó Case, llamándola y dirigiéndole la palabra en lengua nativa. No supe lo que decía, pero en medio de la conversación ella me dirigió una rápida mirada tímida, como un niño que esquiva un golpe, y, bajando la vista, sonrió. Su boca era grande y sus labios y su mentón parecían tallados en piedra; la sonrisa que había asomado por un momento desapareció casi al instante. Luego permaneció con la cabeza inclinada y escuchó a Case hasta el final. Le contestó con esa bonita voz polinesia; mirándolo de frente, esperó su respuesta y partió con una reverencia. Solo obtuve parte de su saludo, pero ninguna otra mirada suya, ni tampoco el asomo de una sonrisa.

—Creo que todo marcha bien —dijo Case—. Supongo que podrá conseguirla. Arreglaré todo lo demás con su madre —y despreciativamente agregó—: Por un puñado de tabaco puede elegir a cualquiera de las presentes.

Creo que fue el recuerdo de aquella sonrisa lo que me hizo replicar acerbamente:

—Esa muchacha no parece ser como las otras —exclamé.

—Y no lo es, que yo sepa —admitió Case—. Creo que es una buena chica. Se mantiene apartada de las demás, no vaga por aquí con la pandilla; en fin, es diferente de las otras. ¡Oh, no!, no me interprete mal —añadió—. Uma es una chica juiciosa —pensé que hablaba con tono vehemente, y eso me sorprendió y

me agradó—. Para decir verdad —prosiguió—, no estaría tan seguro de conseguírsela si usted no le agrada-se. Todo lo que necesita hacer es mantenerse apartado y dejarme tratar con la madre a mi manera. Luego traeré a la chica a casa del capitán para celebrar el matrimonio.

La promesa de matrimonio me preocupó un poco y así se lo manifesté.

—¡Oh!, ese matrimonio no significa nada —me tranquilizó—. El negro Jack es el capellán.

Mientras tanto, habíamos llegado a la vista de la casa que habitaban esos tres hombres blancos, pues un negro es considerado un hombre blanco, y también lo es un chino. Extraña idea, sin duda, pero común en esas islas. Era un edificio entarimado con una mísera galería. El local del negocio estaba instalado al frente y no contenía sino un mostrador, balanzas y el más pobre surtido de mercaderías que es dado imaginar: uno o dos cajones de carne en conserva, un barril de pan duro y algunas piezas de tela de algodón, que no podían ser comparadas con las que traía yo. Los únicos artículos que estaban bien representados eran los de contrabando: armas y licores. «Si estos son mis únicos competidores —pensé—, me irá perfecto en Falesá». En efecto, solamente en dos partidas podían ganarme por la mano, y era en armas y en bebidas.

En el cuarto de la trastienda estaba el anciano capitán Randall, acurrucado en el suelo a la manera nativa, y desnudo hasta la cintura; era obeso, pálido y completamente canoso, y tenía los ojos enrojecidos por la bebida. Su cuerpo estaba cubierto de vello gris

y lleno de moscas; una, en aquel momento, se posaba en el ángulo de su ojo..., pero él ni pareció notarlo, y los mosquitos zumbaban a su alrededor como abejas. Cualquier persona con la más elemental noción de higiene hubiera expulsado en el acto a aquel individuo para hacerlo sepultar, y verlo y pensar que tenía setenta años y recordar que una vez tuvo el mando de una nave y había bajado a tierra con su elegante uniforme, llevando la conversación en bares y consulados y frecuentando los clubes, me hizo daño y disipó mi embriaguez.

Trató de incorporarse al entrar yo, pero fue un intento desesperado; se contentó con tenderme la mano y murmurar unas palabras de saludo.

—Papá ha pescado una buena turca esta mañana —observó Case—. Tenemos una epidemia aquí y el capitán Randall bebe aguardiente como medida profiláctica..., ¿no es así, Papá?

—Nunca bebí tanto en mi vida —exclamó el capitán, indignado—. Bebo aguardiente por razones de salud, señor como se llame... Es una medida de precaución.

—Eso está muy bien, Papá —dijo Case—. Pero tendrás que moverte un poco. Hay que celebrar un casamiento..., el señor Wiltshire va a contraer matrimonio.

El anciano preguntó con quién.

—Con Uma —explicó Case.

—¡Uma! —exclamó el capitán—. ¿Para qué quiere a Uma? ¿No ha venido aquí por razones de salud? ¿Para que diablos quiere a Uma?

—No te sulfures, Papá —lo apaciguó Case—. No eres tú el que se casa con ella. Supongo que tampoco serás

su padrino ni su madrina. Y creo que el señor Wiltshire se casa con ella porque tal es su gusto.

Con esto se disculpó, diciendo que debía disponer lo necesario para el casamiento, y me dejó a solas con el pobre infeliz, el cual era su socio y, para decir la verdad, su víctima. El comercio y el puesto pertenecían ambos a Randall; Case y el negro eran unos parásitos; zumbaban a su alrededor y se alimentaban a su costa, y él no hacía más por defenderse de ellos que de las moscas. No tengo, ciertamente, nada malo que decir de Billy Randall, a no ser que su vista me causaba náuseas y que el tiempo que tuve que pasar en su compañía me pareció una pesadilla.

El calor que reinaba en la habitación era sofocante, y esta estaba llena de moscas, pues la casa era sucia, baja y estrecha, y se encontraba situada en un mal lugar en las afueras del pueblo, donde comenzaba el monte, sirviendo además de depósito de mercaderías. Las camas de los tres hombres estaban en el suelo, como también una cantidad de sartenes y platos. No había ningún mueble en pie, pues Randall, cuando se ponía violento, los hacía pedazos. Allí permanecí sentado, ingiriendo el almuerzo que nos sirvió la esposa de Case, y allí estuve todo el día escuchando a aquel pobre harapo humano, que me contaba tartamudeando viejos chistes verdes y largos relatos antiguos, siempre pronta su risa jadeante, al punto de que no notó mi depresión. En el ínterin bebía aguardiente. A veces se quedaba dormido, pero se despertaba casi enseguida gimoteando y estremeciéndose; y una y otra vez me preguntaba por qué deseaba casarme con Uma.

«Amigo —me repetía a mí mismo durante todo el día—, no debes nunca llegar a ser un viejo como este».

Serían alrededor de las cuatro de la tarde cuando la puerta trasera fue empujada lentamente hasta abrirse, y una extraña vieja indígena se arrastró hacia el interior, casi sobre el vientre. Estaba envuelta en tela negra hasta los talones y su cabello era gris; tenía el rostro tatuado, lo que no era costumbre en esa isla, y sus ojos grandes y brillantes tenían una mirada demente. Fijó estos en mí con una expresión enajenada que me hizo comprender que estaba representando una farsa. No pronunció una sola palabra clara, pero chasqueó con la lengua, movió los labios murmurando y tarareó en voz alta como un niño ante su pastel de Navidad. Vino hacia mí, y no bien estuvo a mi lado, agarró mi mano y maulló y ronroneó sobre ella como una gata gigante, para entonar enseguida una especie de canto.

—¿Quién diablos es esta mujer? —exclamé, pues lo que estaba sucediendo me alarmaba.

—Es Fa'avao —dijo Randall, y vi que la mujer se había arrastrado por el suelo hasta el rincón más apartado de la habitación.

—¿Le tiene usted miedo? —inquirí.

—¿Yo, miedo? —gritó el capitán Randall—. Amigo mío, ¡la desafío! No le permito que ponga los pies en esta casa; solo que hoy es diferente: creo que viene por el casamiento. Es la madre de Uma.

—Bueno, supongamos que lo sea, ¿qué se propone con todo esto? —pregunté más irritado o quizás más asustado de lo que quería demostrar, y el capitán me

explicó que estaba haciendo esas cosas raras en mi alabanza, porque me casaba con Uma—. Muy bien, anciana señora —le dije con una forzada sonrisa—, haré lo que pueda por complacerla. Pero cuando haya terminado con mi mano, tenga la bondad de hacérmelo saber.

Procedió como si me hubiera comprendido: el canto se elevó, convirtiéndose en grito, y cesó; la mujer salió de la casa arrastrándose, en la misma forma que había entrado, y debió de internarse enseguida en el monte, pues cuando la seguí hasta la puerta, ya había desaparecido.

—Extraños modales —observé.

—Es gente extraña —dijo el capitán, y, con gran sorpresa por mi parte, hizo la señal de la cruz sobre su pecho desnudo.

—¡Hola! —exclamé—. ¿Es usted papista?¹

Randall desechó la idea con desprecio

—Rígido baptiselita² —dijo—. Pero, querido amigo, los papistas también tienen buenas cosas; y esa es una de ella. Siga mi consejo, y cuando tenga que cruzar su linaje con el de Uma Fa'avao o Vigours, o alguna de esa gente, inspírese en lo que hacen los predicadores e imite mi ejemplo. ¿Sabe? —me explicó, repitiendo la señal y

¹Papista. Nombre que herejes —cristianos que se oponen a lo que establece la Iglesia— y cismáticos —los que se apartan de una autoridad reconocida— dan al católico romano porque obedece al Papa y así lo confiesa.

²Baptiselita. Seguidor del bautismo, doctrina religiosa protestante cuya idea esencial es que el bautismo solo debe ser administrado a los adultos.

guiñándome el ojo—. No, señor —exclamó de repente—, aquí no hay papistas —y durante largo rato me entretuvo con sus opiniones religiosas.

Debo de haber estado enamorado de Uma desde un principio, pues de lo contrario hubiese huido de aquella casa para respirar aire puro y refrescarme en el límpido mar o en algún río adecuado; aunque es cierto que estaba comprometido con Case; y, por otra parte, nunca podría haber levantado cabeza en esa isla si hubiese huido de la muchacha en mi noche de bodas.

El sol se había puesto, el cielo parecía estar en llamas y la lámpara ya estaba encendida hacía tiempo cuando Case volvió con Uma y el negro. La novia estaba primorosamente ataviada y perfumada; su falda era de fina *tapa*,¹ y parecía más suntuosa entre los pliegues que cualquier seda; su busto, que era del color de miel oscura, estaba desnudo, con excepción de media docena de collares, hechos de semillas y flores; y detrás de sus orejas y en sus cabellos tenía las escarlatas flores del hibisco.² Demostró el comportamiento más adecuado a una novia, permaneciendo seria y tranquila; y pensé que era una vergüenza estar con ella en esa casa inmunda, delante de ese negro que sonreía burlonamente; pensé que era un vergüenza, digo, porque el embaucador tenía puesto un gran cuello de papel y el libro en el que fingía leer era un

¹Tapa. Vestimenta propia de las hawaianas hecha de la corteza de árboles.

²Hibisco. Planta muy apreciada por su valor ornamental y por sus grandes flores, generalmente rojas. Se cultiva en los países cálidos.

ordinario volumen de novela, y las palabras de su servicio no son aptas para ser transcritas. Mi conciencia me remordió cuando unimos nuestras manos; cuando ella recibió su certificado, estuve tentado de rescindir el contrato y confesar que aquello era una farsa. Fue Case quien lo redactó, con firmas y todo, en una hoja arrancada del libro mayor. Aquí está el documento: «Conste por la presente que Uma, hija de Fa'avao de Falesá, isla de tal, está ilegalmente casada con el señor John Wiltshire, por una semana, quedando el señor Wiltshire en libertad de mandarla al demonio cuando le plazca. Extraído del registro por William T. Randall, contraamaestre. John Blackamoar, capellán para los hulks».

Un lindo papel para poner en manos de una chica y verla guardárselo como si fuese oro. Un hombre puede fácilmente sentirse ruin por mucho menos. Pero era costumbre en estos parajes, y, como me dije, no era culpa de nosotros los hombre blancos, sino de los misioneros. Si hubieran dejado a los nativos como eran, con sus usos, no hubiera habido necesidad de ese engaño y hubiera podido tomar todas las esposas que deseaba y dejarlas cuando se me antojase con la conciencia limpia.

Cuanto más avergonzado me sentía, tanta más prisa tenía por irme; y coincidiendo de esta manera nuestros deseos, observé cierto cambio en los mercaderes. Case había estado ansioso por retenerme; ahora, como si hubiese logrado su propósito, parecía ansioso por desembarazarse de mí. Uma, dijo, podía enseñarme el camino a mi casa, y los tres se despidieron de nosotros en el interior de la casa de Randall.

La noche estaba próxima; en el aire flotaba un aroma de flores y plantas, de mar y del árbol del pan en sazón. Desde el arrecife se oía el bramido del mar; y a cierta distancia, entre los bosques y las viviendas, el clamor de las dulces voces de niños y adultos. Me hizo mucho bien poder respirar aire fresco; así como haber dejado al capitán y ver en su lugar la niña a mi lado. Sentí con toda el alma como si esa chica fuese de mi país natal en el viejo continente, y olvidándome de mí mismo por un instante, la cogí de la mano para caminar con ella. Sus dedos se entrelazaron con los míos, la oí respirar profunda y agitadamente, y, de súbito, ella tomó mi mano y la apretó contra su rostro.

—Usted, bueno —exclamó y corrió adelante; se detuvo, se volvió hacia mí y sonrió, y corrió otra vez delante de mí, guiándome a la entrada del monte, por un solitario sendero, a mi propia casa.

La verdad es que Case había hecho el cortejo de la muchacha para mí en la forma debida: le dijo que yo estaba loco por ella, sin preocuparse por las consecuencias, y la pobre chica, sabiendo lo que yo aún ignoraba, lo creyó, palabra por palabra, sintiéndose llena de vanidad y gratitud. Ahora, de todo esto yo no tenía la menor idea: era de lo más refractario a toda relación necia con mujeres indígenas, por haber visto a muchos blancos llevar siempre la peor parte en el contrato, arruinados por los parientes de sus esposas, y me dije que debía poner de inmediato las cosas en claro y a ella en su lugar. Pero me pareció tan delicada y bonita cuando corrió delante, esperándome luego, y su proceder fue tan semejante al de una niña

o al de un perro cariñoso, que lo mejor que podía hacer era seguirla adondequiera que fuese, escuchando el pisar de sus pies desnudos y observando en la penumbra el resplandor de su cuerpo. Y otro pensamiento pasó por mi mente. Ahora que estábamos solos, jugaba conmigo como una gatica, pero mientras habíamos permanecido en la casa, se había portado como podría haberlo hecho una condesa, orgullosa y humilde al mismo tiempo. Y en cuando a su vestimenta —por más que era reducida y completamente indígena—, con su fina *tapa* y su delicado perfume, con sus flores rojas y semillas que brillaban como alhajas, solo que eran más grandes que estas, se me ocurrió que era en verdad una especie de condesa ataviada para un concierto de gala y no una compañera para un pobre comerciante como yo.

Uma fue la primera en llegar al edificio, y mientras me encontraba aún fuera, vi chispear un fósforo y la luz de la lámpara iluminar las ventanas. El puesto era un lugar magnífico: un edificio de coral con una amplia galería, y una habitación principal espaciosa y alta. Mis baúles y cajas habían sido apilados allí, encontrándose todo en desorden, y en medio de esa confusión, al lado de la mesa, estaba Uma esperándome. Su sombra se alzó tras ella, proyectándose gigantesca en el techo de hierro. Uma se destacaba brillante en contraste con ella, resplandeciéndole la piel bajo la luz de la lámpara. Me detuve en la puerta, y ella me miró en silencio, con una mirada ansiosa e intimidada a la vez, y luego se señaló.

—Yo..., tu mujercita —dijo.

Nunca me había impresionado de esta manera antes; pero el deseo de poseerla se apoderó de mí y me sacudió en lo más profundo de mis entrañas, como el viento en la orza de una vela.

No habría podido hablar, aunque hubiera querido, y de haber podido, no lo hubiera hecho. Me avergonzaba de estar tan conmovido por una indígena, me avergonzaba también por la boda y el certificado que ella había guardado como un tesoro entre los pliegues de su vestimenta, y me aparté haciendo creer que revolví entre mis cajas. Lo primero con que tropecé fue una caja de ginebra, la única que había traído conmigo; y en parte en bien de la chica y en parte por el horror que me causaba el recuerdo del viejo Randall, tomé una brusca decisión. Abrí la caja. Destapé las botellas, una por una, con un sacacorchos de bolsillo, y ordené a Uma que echase el líquido en la galería.

Regresó después de vaciar la última botella y me miró perpleja.

—No bueno —dije yo, más dueño de mí ahora—; hombre que bebe, no bueno.

Ella convino en esto, pero arguyó con lógica:

—¿Por qué lo trajiste, entonces? —me preguntó—. Supongo que si tú no querer beber, tú no traer, creo yo.

—Eso está bien —expliqué—. Una vez también a mí me gustaba beber mucho, pero ahora ya no quiero. ¿No comprendes? Yo no sabía que iba a tener una pequeña esposa. Supón yo tomar ginebra, mi pequeña esposa tener miedo.

Hablarle cariñosamente era más de lo que me sentía capaz; me había jurado que nunca demostraría

debilidad frente a una nativa y no me quedaba otro recurso que cortar por lo sano.

Ella permaneció allí y, muy seria, bajó la vista hacia mí, que estaba sentado al lado de la caja abierta.

—Yo creo tú ser buen hombre —dijo. Y de súbito se dejó caer al suelo, frente a mí, exclamando—: ¡Yo pertenecer a ti como una pequeña marrana!

Capítulo II

La maldición

Salí a la galería momentos antes de apuntar el alba. Mi casa era la última del lado del este; había detrás un promontorio de peñascos y bosque que ocultaba la salida del sol. Hacia el oeste, un frío río se deslizaba en rápido curso, y más allá asomaba, como una gran mancha verde, el pueblo con sus viviendas entre cocoteros y árboles del pan. Algunas persianas estaban cerradas y otras abiertas; vi mosquiteros todavía tendidos, y, sentadas debajo, sombras de personas que acababan de despertar; otras rondaban en silencio por el pueblo, envueltas en sus multicolores ropas de dormir, como los beduinos en las estampas de la Biblia. Reinaba un silencio mortal, solemne y frío, y la luz del amanecer se reflejaba sobre la laguna como el resplandor de un fuego.

Pero lo que a mí me preocupaba estaba más cercano. Algunas docenas de jóvenes y niños formaron un círculo en derredor de mi casa; divididos por el río, algunos estaban en la orilla próxima, otros en la opuesta,

y uno en una roca en el medio; todos permanecían sentados en silencio, envueltos en sus sábanas, con la vista fija en mí y en mi casa, como perros guardianes. Mientras salía, pensé que era muy extraña su actitud. Cuando me hube bañado y los encontré a todos allí a mi regreso, más otros dos o tres que se les habían unido, me pareció más raro aún. ¿Qué podrían mirar de este modo en mi casa?, me preguntaba al entrar.

Mas el recuerdo de los mirones quedó en mi mente, y al momento volví a salir. El sol estaba alto ahora, pero aún se hallaba tras el promontorio del bosque. En esto había pasado un cuarto de hora. El grupo había ido en aumento y la orilla opuesta estaba materialmente cuajada de gente: unos treinta adultos y doble cantidad de niños quizás; algunos de pie, otros acurrucados en el suelo, y todos observando mi casa. He visto una casa en un pueblo de los mares del sur rodeada de tal manera, pero entonces un comerciante estaba pegando a su esposa en el interior, y esta gritaba. Aquí no había nada. La cocina estaba prendida y el humo se elevaba apacible; todo estaba en orden, a la manera de Bristol. Es cierto que había llegado un forastero, pero ellos tuvieron oportunidad de verlo el día anterior y lo habían recibido con la mayor calma. ¿Qué les molestaba ahora? Apoyé mis brazos en la baranda y los miré a mi vez. ¿Qué diablos les pasaría? Una y otra vez pude ver que los chicos conversaban, pero hablaban en voz tan baja que ni siquiera el murmullo llegaba a mí. El resto parecía un grupo de

imágenes petrificadas; me miraban fijamente, mudos y tristes, con sus ojos brillantes; tuve la impresión de que el espectáculo no habría sido muy diferente si me hubiese encontrado en la plataforma del patíbulo y esa buena gente hubiese venido a verme ahorcar.

Sentí que me estaba intimidando y comencé a temer que se me notase, lo cual era necesario evitar a cualquier precio. Me levanté, aparenté desperezarme y bajando la escalera me encaminé hacia el río. Se oyó un breve murmullo, que fue pasando de uno a otro de los curiosos, semejante al que se percibe en los teatros cuando se levanta el telón, y algunos de los más cercanos retrocedieron un paso. Vi que una chica apoyaba una mano en un muchacho, haciendo con la otra un gesto hacia arriba; al mismo tiempo dijo algo en lengua nativa con voz agitada. Tres muchachitos estaban sentados a la orilla del sendero y yo debía pasar a tres pies de ellos. Envueltos en sábanas, con las cabezas completamente afeitadas, a excepción de una trencita en la coronilla, y sus rostros extraños, parecían figuras de las que se colocan en la repisa de una chimenea. Estuvieron sentados un rato allí en el suelo, solemnes como jueces. Yo pasé caminando a toda marcha como si tuviese mucha prisa, y me pareció advertir muecas de llanto contenido en los tres rostros. Entonces el que estaba más lejos de mí se levantó de un salto y corrió hacia su madre. Los otros dos, intentando seguirlo, fueron a parar juntos al suelo, gritando a más no poder; sus sábanas se enredaron, quedando desnudos como Adán, y enseguida huyeron con toda la

rapidez que les permitían sus piernas, chillando como si los desollasen. Los nativos, que nunca dejan pasar un chiste sin festejar, ni siquiera en un entierro, lanzaron una carcajada, breve como ladrido de perro.

Se dice que el estar solo intimida al hombre, pero no es así. Lo que intimida en la oscuridad o en el monte es la inseguridad, ya que a su lado puede estar oculto un ejército. Lo que más lo atemoriza es hallarse en medio de una multitud, ignorando lo que esta se propone. Cuando la risa se hubo apagado, también yo me detuve. Los muchachos no habían dado aún término a su repliegue y se hallaban en plena huida cuando yo volví sobre mis pasos; había salido a toda marcha como un loco, y como un loco regresé. Mi aspecto debió de haber sido de lo más gracioso, y lo que me abatía tontamente era que esta vez nadie se rió; solo una anciana lanzó una especie de gemido piadoso, semejante al que se oye a los disidentes¹ cuando pronuncian el sermón en sus iglesias.

—En mi vida he visto canacos tan tontos como tus compatriotas —dije a Uma, mirando por la ventana hacia el lugar donde continuaban los mirones.

—Yo no saber nada —manifestó Uma, con aire disgustado.

Esta fue toda la conversación que sostuvimos sobre el asunto, pues yo estaba fuera de mí y Uma pareció tomarlo como si se tratara de algo completamente normal, al punto que su calma me avergonzaba.

¹Disidentes. Se llaman así a las personas que se separan de la común doctrina, creencia o conducta.

Durante todo el día, más o menos, los muy necios seguían asediando mi casa por el poniente¹ y frente al río, a la espera del espectáculo, cualquiera que fuese, y que yo suponía debía consistir en que descendería fuego del cielo para consumirme con huesos, equipajes y todo. Pero al anochecer, como verdaderos isleños, se habían cansado de esa ocupación y se alejaron, para ir a bailar en el gran salón del pueblo, donde los oí cantar y golpear las manos hasta eso de la diez de la noche. Al día siguiente parecían haberse olvidado de que yo existía. Si del cielo hubiera caído un rayo, o la tierra se hubiera abierto a mis pies, tragándome, nadie hubiese estado presente para ver el espectáculo o aprovechar la lección, como quiera considerárselo. Pero comprobé que tampoco se habían olvidado y que su atención seguía alerta a la espera de los acontecimientos que se produjeran en mi existencia.

Estaba muy ocupado esos días acomodando mis mercaderías y haciendo el inventario de las que Vigours había dejado, trabajo que me causaba mis buenos quebraderos de cabeza y me impedía pensar en otras cosas. Ben había hecho el inventario durante el viaje anterior, y yo sabía que podía confiar en él; pero era evidente que en el ínterin alguien había aprovechado la ocasión. Me encontré con faltas que constituían fácilmente el importe de seis meses de jornal y de ganancias, y era como para mesarse los cabellos por haber sido tan asno, perdiendo el tiempo con Case en lugar de preocuparme por mis asuntos y hacer el inventario.

¹Poniente. Occidente, señalando hacia ese punto cardinal.

En todo caso, nada se gana llorando por cosas pasadas. Lo hecho, hecho estaba. No me quedaba sino juntar lo que había quedado, ordenar las nuevas mercaderías —de mi propia elección—, exterminar las ratas y cucarachas e instalar aquel negocio al estilo de Sydney. Logré darle una magnífica apariencia, y cuando a la tercera mañana encendí mi pipa y me paré en la puerta, mirando al interior y luego hacia fuera, desde donde vi agitarse en lontananza los cocoteros en el monte, más las toneladas apiladas de copra, y, dispersos por el verde villorrio, los elegantes isleños, calculé los metros de tela que necesitarían para sus trajes, presintiendo que este era el lugar indicado para hacer fortuna, que me permitiría regresar a mi país para instalar allí una taberna.

Heme aquí sentado en la galería, rodeado del paisaje más bello que uno pueda imaginarse, bajo un sol espléndido y dueño de un prometedor comercio recién instalado, cosas todas que tonifican la sangre de una persona tanto como un baño de mar. Todo lo demás había desaparecido de mi mente, y comencé a soñar con Inglaterra, que es, después de todo, un rincón sucio, frío y cenagoso, cuya luz diurna no es siquiera suficiente para leer, y con la visión de mi futura clientela en el cruce de dos caminos anchos como avenidas, bajo el símbolo de un árbol verde.

Todo esto lo pensé durante la mañana, pero el día pasaba y nadie venía a mi negocio, lo que me pareció extraño, dada mi experiencia con indígenas de otras islas. La gente se reía un poco de nuestra firma comercial y de sus sucursales bien instaladas, en particular

de esta en Falesá. Toda la copra del distrito, les oí decir, no alcanzaría para amortizar en cincuenta años el capital invertido, lo que a mi juicio era exagerado. Pero a medida que el día pasaba, sin que se presentara ocupación alguna, decayó mi ánimo, y alrededor de las tres de la tarde salí a dar un paseo para distraerme. Por el verde sendero vi venir a un hombre blanco que vestía sotana, y al punto reconocí por esta y por su rostro que era sacerdote. Parecía ser un alma bondadosa, era canoso y estaba tan sucio que podía habersele empleado como carbón para escribir sobre un papel.

—Buenos días, señor —le dije.

Me contestó con vehemencia en lengua nativa.

—¿No habla usted inglés? —pregunté.

—Francés —me respondió.

—Bien —dije—, lo siento, pero no hay nada que hacer.

Trató de hablarme en francés y luego de nuevo en la lengua nativa, pareciéndole que esta sería la mejor forma de hacerse entender. Advertí que no se proponía solo pasar el tiempo conmigo, sino que tenía algo que comunicarme, por lo que lo escuché con la mayor atención. Oí cómo mencionaba los nombres de Adams, de Case y de Randall —de Randall con mayor frecuencia— y la palabra «veneno» o algo así, y también a menudo una palabra indígena. Regresé a mi casa repitiéndomela.

—¿Qué significa *fussy-ocky*? —pregunté a Uma, pues esa era la manera más directa de llegar a saberlo.

—Matar —contestó ella.

—¡Diablos! —exclamé—. ¿Has oído decir alguna vez que Case envenenó a Johnny Adams?

—Todo hombre saber eso —dijo Uma desdeñosamente—. Le dio polvo blanco..., polvo malo. Todavía tener frasco. Si te ofrece ginebra, no tomar tú.

Había oído muchas historias parecidas en otras islas, basadas todas en el polvo blanco, y no les daba por ello mayor importancia. Con todo, me dirigí a la vivienda de Randall para ver si podía sacar algo en limpio, y encontré a Case en el umbral de la puerta, limpiando un fusil.

—¿Hay buena caza por aquí? —inquirí.

—Así es —contestó—; el matorral está lleno de toda clase de aves. Desearía que la copra fuese tan abundante —agregó, y yo pensé astutamente: «A mí no me engañas».

Mientras tanto, veía al negro Jack en el comercio, atendiendo a un cliente.

—Sin embargo, parece que el negocio marcha —observé.

—Esta es la primera venta que hemos hecho en tres semanas —dijo Case.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿Tres semanas? Vaya, vaya...

—Si no me cree —gritó un poco acalorado—, puede ir a ver el depósito de copra. Está medio vacío en la actualidad.

—Eso no me atañe en manera alguna —dije—. Pero es posible que ayer estuviera vacío del todo.

—Así es —asintió con una breve carcajada.

—A propósito —continué—, ¿qué clase de persona es ese sacerdote? Parece un hombre bastante amable.

Al oír esto, Case se rió abierta y estruendosamente.

—¡Ah! —exclamó—; ahora veo qué le preocupa. Galuchet¹ ha ido a verlo.

El padre Galoshes se le decía casi siempre, pero Case siempre le daba un tinte francés, otra de las razones por las cuales era considerado superior a los demás.

—En efecto, lo he visto —dije—. Comprobé que no tenía buena opinión del capitán Randall.

—¡Claro que no! —exclamó—. Es debido a los contratiempos relacionados con el fallecimiento del pobre Adams. El último día, cuando estaba moribundo, el joven Buncombe se hallaba a su lado. ¿Se encontró alguna vez con Buncombe?

Le manifesté que no.

—¡Ese Buncombe es un cura! —dijo Case riendo.

»A Buncombe se le había metido en la cabeza que como no había otro clérigo a mano, excepto los pastores canacos, debíamos llamar al padre Galuchet para que asistiese al anciano y le administrase los sacramentos. A mí me era igual, como usted se puede imaginar, pero les indiqué que, a mi juicio, se debía consultar a Adams al respecto. Estaba diciendo vituperios acerca de la copra aguada y deshilvanadas necedades.

»—Escuche —le dije—, usted está muy enfermo. ¿Desearía ver a Galuchet?

»Al instante se sentó, apoyándose en el codo.

»—Busquen al sacerdote —pidió—, busquen al sacerdote... ¡No me dejen morir aquí como un perro!

¹Galuchet. Nombre irónico, pues *galuchet* significa lacayo, criado.

»Su tono era, a la vez, impaciente y fiero, pero suficientemente convincente. No había nada que replicar a esto, y así, mandamos a decir a Galuchet si quería venir. Como usted adivinará, quiso. La sola idea le hizo brincar de contento. Pero no habíamos tenido en cuenta a Papá, que es un baptiselita convencido; no había necesidad de recurrir a papistas. Papá cerró la puerta con llave. Buncombe lo llamó fanático, y creí que le iba a dar un ataque.

»—¡Fanático! —gritó.

»—¿Fanático yo? ¿He de permitir que me lo diga un fatuo como usted?

»Dio un paso hacia Buncombe, debiendo apartarlo yo. Y en medio de todo esto, estaba Adams desvarian-do otra vez, y repitiendo su estribillo de la copra, como un imbécil de nacimiento. La escena era estupenda, y yo me estaba desternillando de la risa cuando, de súbito, Adams se sentó, llevándose las manos al pecho, y entró en agonía».

—John Adams murió penosamente —concluyó Case con repentina dureza.

—¿Y qué pasó con el sacerdote? —pregunté.

—¿El sacerdote? —repitió Case—. ¡Oh, estaba fuera golpeando la puerta, llamando a los nativos para que la derribaran y gritando que quería salvar un alma, y otras cosas por el estilo! El sacerdote estaba agita-dísimo. Pero, ¡qué quiere usted! Johnny había pasado a mejor vida, Johnny ya no figuraba en el mercado, y la administración, muy alborotada, entró en acción. Lo que siguió fue que Randall se enteró de que el sacerdote estaba orando sobre la tumba de Johnny.

Papá, ebrio y armado con un garrote, se dirigió al lugar donde Galuchet estaba arrodillado, rodeado por un grupo de indígenas que lo miraban. Usted no se hubiera imaginado seguramente que Papá atribuyese tanta importancia a algo que no fuera licor, pero él y el sacerdote se insultaron durante dos horas en jerga indígena, y cada vez que Galuchet trataba de arrodillarse, Papá ponía en acción el garrote. Nunca hubo tanta algarabía en Falesá. El asunto terminó en que el capitán Randall quedó fuera de combate a causa de un ataque o de algún golpe, y el sacerdote consiguió, después de todo, salirse con la suya. Era el sacerdote más colérico que he visto en mi vida, y se quejó a los jefes por el ultraje, como él lo llamaba, que le habían inferido. Esto no valió de nada, pues nuestros jefes aquí son protestantes, y, habiendo levantado él, por otra parte, revuelo con el tambor para la escuela matutina, se alegraron de poder echarle una reprimenda. Ahora jura que el viejo Randall envenenó a Adams o algo parecido, y cada vez que ambos se encuentran refunfuñan como perros dogos.

Case relató esta historia de la manera más brutal, como un hombre que disfruta con la chanza; pero ahora que pienso en ello, después de tanto tiempo, me parece una narración espeluznante. Sin embargo, Case no trató nunca de mostrarse enternecedor, sino solo justo y sincero, y, a decir verdad, me confundía completamente.

Regresé a mi casa y pregunté a Uma si era una *popey*, palabra que, según había averiguado, significaba católico en lengua nativa.

—*¡E le ai!* —exclamó. Siempre se servía de la lengua nativa cuando quería significar «no» en forma terminante, y en este caso era así—. *Popey* no buenos —agregó.

Entonces le pregunté acerca de Adams y del sacerdote, relatándome ella misma la historia a su manera. Esto no me hizo adelantar un paso, quedando, por el contrario, inclinado, después de considerar todo lo que había oído, a creer que el motivo de la pendencia fueron los sacramentos, y lo del veneno mera habladería.

El día siguiente fue domingo y no había ocupaciones que atender. Uma me preguntó por la mañana si iría a «rezar»; le contesté que no, como podía imaginarse, y ella permaneció en casa sin añadir una palabra. Ese comportamiento me pareció impropio de un indígena y más aún de una mujer indígena, de una mujer que tenía vestidos nuevos que exhibir; sin embargo, coincidió con mis deseos, y no insistí en ello. Lo extraño del caso es que al rato fui a parar a una iglesia; hecho del que probablemente no me olvidaré nunca. Había salido a dar un paseo y oí elevarse la melodía de un himno. Ya se sabe el efecto que produce. Cuando se oye cantar a la gente, uno se siente atraído, y pronto me encontré junto a la iglesia. Era un edificio bajo, construido de coral, redondeado en ambos extremos con un ballenero y cubierto de gran techumbre del país con ventanas sin celosías y umbrales sin puertas. Metí la cabeza por una de las ventanas, y el espectáculo fue tan nuevo para mí —pues las prácticas eran muy diferentes en las islas que yo conocía—, que permanecí allí mirando con curiosidad. La congregación estaba sentada en el suelo sobre esteras, las mujeres

en un lado, los hombres en el otro, todos acicalados a más no poder: las mujeres con vestidos y sombreros de tienda, los hombres con chaquetas y camisas blancas. El himno había terminado: el pastor, un petimetre canaco, en el púlpito, predicaba con toda el alma, y por la manera de accionar, de modular las inflexiones de su voz, de hacer resaltar los puntos importantes y de, al parecer, argumentar con el público, deduje que era un maestro en su oficio. De repente alzó la vista, sorprendiendo mi mirada, y les doy mi palabra que se tambaleó en el púlpito; los ojos parecieron salirseles de las órbitas, su mano se alzó y me señaló como contra su voluntad, y el sermón expiró en sus labios.

No es muy agradable confesarlo, pero huí de aquel lugar, y si mañana sufriera un choque semejante, volvería a huir. La vista de aquel canaco zalamero, al que mi sola presencia pareció haber abatido como un rayo, me impresionó de tal manera, que creí que el mundo había cesado de girar. Fui a casa y permanecí allí sin decir una palabra. Se pensará que iría a contárselo a Uma, pero eso era contrario a mis principios; se supondrá que vería a Case para consultarlo, pero la verdad es que me avergonzaba de hablar de semejante cosa; creía que todos se reirían en mis narices. Así que me callé, pero pensaba en ello continuamente, y cuanto más pensaba, menos me agradaba el asunto.

El lunes por la noche llegué a la conclusión de que debía de estar anatematizado.¹ «No es posible —me

¹Anatematizado. Condenar a una persona o cosa por mala. En este caso tabú, que es la prohibición de comer o tocar algún objeto, impuesta a sus adeptos por algunas religiones de la Polinesia.

dije— que en una tienda que ha abierto sus puertas hace dos días no haya entrado aún ningún hombre ni mujer para ver las mercancías».

—Uma —dije—, creo que estoy anatematizado.

—Eso creo yo —me respondió.

Por un momento pensé si debía preguntarle más, pero es mala idea hacer ver a los nativos que se les consulta, y así decidí ir a ver a Case. Era de noche, y como de costumbre, estaba solo, fumando, sentado en la escalera.

—¡Case! —exclamé—. Aquí pasa algo raro. Estoy anatematizado.

—¡Oh, pamplinas! —repuso—. No es costumbre en estas islas.

—Puede que sí, puede que no —expresé—. Es costumbre en el lugar donde estuve antes. Tenga la seguridad que sé lo que significa; es un hecho: estoy anatematizado.

—Y —dijo—, ¿por qué lo habían de anatematizar?

—Eso estoy tratando de averiguar —respondí.

—¡Oh!, pero no es posible —exclamó—; no puedo creerlo. Sin embargo, le diré lo que pienso hacer. A fin de tranquilizarlo, saldré a dar una vuelta y, sin duda, lograré averiguárselo. Entre, pues, a charlar con Papá.

—Gracias —dije—, pero prefiero quedarme aquí en la galería. Su casa está tan cerrada...

—Entonces diré a Papá que venga aquí.

—Querido amigo, desearía que no lo hiciese —exclamé—; en verdad no tengo ningún interés en estar con el señor Randall.

Case se rió, buscó una linterna en la tienda y se dirigió al pueblo. Tardó un cuarto de hora más o menos en volver y parecía muy serio cuando regresó.

—Bien —dijo, dejando la linterna sobre los escalones de la galería—. Nunca lo hubiera creído. No sé hasta dónde llegará en lo sucesivo el atrevimiento de esos canacos; parecen haber perdido toda idea del respeto que deben a los blancos. Lo que necesitamos es un guerrero —un alemán, si fuera posible—: ¡estos sí saben cómo tratar a los canacos!

—¿Entonces estoy anatematizado? —pregunté.

—Algo por el estilo —me contestó—. Es lo peor que he oído en mi vida. Pero estoy con usted, Wiltshire, como si fuéramos un solo hombre. Venga mañana alrededor de las nueve e iremos a tratar con los jefes. Me tienen miedo, o al menos solían tenérmelo, pero ahora están tan engreídos, que realmente no sé qué pensar. Compréndame bien, Wiltshire: no considero esta querrela suya —prosiguió, con la mayor resolución—, la considero *nuestra* querrela, la considero la querrela del hombre blanco, y permaneceré a su lado, pase lo que pase, y en prueba de lo dicho ahí tiene mi mano.

—¿Averiguó usted la causa? —inquirí.

—Todavía no —replicó Case—, pero ya nos aseguraremos mañana.

Me sentí del todo satisfecho por su actitud, y más aún al día siguiente, viéndolo tan severo y resuelto cuando nos encontramos para presentarnos ante los jefes. Estos nos esperaban en una de sus casas ovaladas, que nos fue señalada desde larga distancia por la muchedumbre bajo el alero, la cual se componía de un centenar de personas, aproximadamente, entre

hombres, mujeres y niños. Muchos de los hombres iban de camino al trabajo y llevaban verdes guirnaldas, lo que me hizo recordar el Primero de Mayo en mi patria. Esta multitud nos abrió paso y cuchicheó a nuestro alrededor cuando entramos, con súbita animación, aunque un tanto irritada. Cinco jefes se hallaban reunidos allí; cuatro hombres fuertes y majestuosos; el quinto, anciano y de rostro apergaminado. Estaban sentados sobre esteras con sus *kilts*¹ y chalecos blancos; en las manos tenían abanicos, como damas distinguidas, y dos de los más jóvenes llevaban medallas católicas, lo que me dio que pensar. Nuestro lugar había sido dispuesto y colocadas nuestras esteras frente a los grandes, en el lado próximo a la casa. En el medio no había nada; la multitud se cerraba a nuestras espaldas, murmurando, empujándose y tropezando, mientras sus sombras se agitaban frente a nosotros, proyectadas sobre los limpios guijarros en el suelo. La excitación del gentío se me había comunicado un poco, pero la apacible y cortés apariencia de los jefes me tranquilizó, máxime cuando el orador comenzó a pronunciar un largo discurso, agitando a veces las manos contra Case, a veces contra mí, y otras golpeando con sus nudillos sobre la estera. Una cosa era evidente: no se advertía señal de cólera en los jefes.

—¿Qué dijo? —pregunté cuando hubo terminado.

—¡Oh!, solo que se alegran de verlo y que tienen entendido que usted desea formularles alguna queja; dicen que comience ya, que decidirán lo que estimen justo.

¹*Kilt*. Saya que cubre desde la cintura hasta las rodillas.

—¿Tanto tiempo necesitaron para decir eso? —objeté.

—¡Oh!, el resto fueron cortesías; *bonjour* y cosas así —contestó Case—. Usted sabe cómo son los canacos.

—Bueno, de mí no van a oír muchos *bonjour* —advertí—. Dígales quién soy. Soy un blanco, y un súbdito británico, y para nada soy, ni por asomo, un gran jefe en mi patria. He venido aquí para favorecerlos y traerles los beneficios de la civilización, y no bien acabé de instalar mi tienda, me anatematizaron, y nadie se atreve a acercarse a mi comercio. Explíqueles que no me opongo a nada legal y si desean un obsequio, haré lo que convenga. Deles a entender que no censuro a nadie que defienda sus intereses, pues eso es humano, pero si creen que me pueden imponer sus ideas indígenas, están equivocados. Y dígales lisa y llanamente que exijo se me den explicaciones por el tratamiento que se me dispensa, como blanco y como súbdito británico.

Ese fue mi discurso. Sé cómo hay que tratar con los canacos. Si uno demuestra con ellos sentido común y lealtad —tengo que reconocer esto en justicia—, se someten siempre. No tienen, en realidad, gobierno ni leyes que los rijan, y aunque los tuvieran, ¡bonita broma sería si intentaran imponerlos a un hombre blanco! Eso debemos tratar de hacerles comprender. Sería inconcebible que después de venir desde tan lejos no pudiésemos hacer siquiera lo que se nos antoje. Esta sola idea me había exasperado siempre y no escatimé palabras grandilocuentes. Entonces Case tradujo —o mejor dicho, pareció hacerlo— y el primer jefe respondió; luego un segundo, después un tercero,

y todos en la misma forma agradable y cortés, pero solemne al mismo tiempo. En cierta ocasión dirigieron una pregunta a Case, quien la contestó, y todos, los jefes y su gente, comenzaron a reírse estruendosamente, mirando hacia mí. Por último, el anciano arrugado y el jefe joven y corpulento que había hablado al principio sometieron a Case a una especie de interrogatorio. A veces me daba cuenta de que Case estaba tratando de defenderse acorralado por ellos, y el sudor corría por su rostro. Era un espectáculo no muy agradable para mí, y al oír algunas de sus respuestas, la multitud se lamentaba y murmuraba, lo que era aún más desagradable. Es lástima que no conociera la lengua nativa, pues, según creo ahora, estaban preguntando a Case acerca de mi matrimonio, y debió de haber sido una ardua tarea para él rehuir la responsabilidad que le incumbía en ese asunto. Pero dejemos solo a Case; tenía inteligencia suficiente para defenderse contra todo un Parlamento.

—Bueno —pregunté, cuando se hizo una pausa—, ¿eso es todo?

—Venga conmigo —me contestó, frunciendo el ceño—, se lo contaré afuera.

—¿Quiere decir con eso que no me levantarán la prohibición? —grité.

—Es algo extraño —dijo—. Se lo contaré afuera. Es mejor que venga.

—No me iré así como así —grité—, no soy hombre que se acobarda. Usted no me verá capitular ante un grupo de canacos.

—Haría bien en hacerlo.

Me miró, y en su mirada había una advertencia; los cinco jefes también me miraron con bastante afabilidad, pero de una manera un poco irónica, y la gente me observaba asimismo, apretándose y empujándose. Recordé el grupo que había rodeado mi casa, y el sacerdote que saltó en el púlpito al verme, y todo el asunto me pareció tan ridículo que me levanté y seguí a Case.

—Y ahora —inquirí—, ¿qué pasa?

—Lo cierto es que ni yo mismo pude averiguarlo exactamente. Parece que le tienen aversión —dijo Case.

—¡Anatematizar a un hombre porque le tienen aversión! —grité—. En mi vida he oído nada parecido.

—Peor que eso —repuso Case—. Usted no está anatematizado; le dije que eso no era posible. La gente no quiere acercarse a usted, Wiltshire; esa es la causa.

—¿No quieren acercarse a mí? ¿Qué quiere decir con esto? ¿Por qué no quieren acercarse a mí? —grité.

Case vaciló.

—Parece que están asustados —dijo en voz baja.

Me paré en seco.

—¿Asustados? —repetí—. ¿Está usted loco, Case? ¿De qué están asustados?

—Desearía poder descubrirlo —contestó Case moviendo la cabeza—. Parece ser que por alguna de sus necias supersticiones. Eso es lo que no alcanzo a hilar —prosiguió—. Se asemeja esto al asunto Vigours.

—Me agradecería saber a qué se refiere —dije—, y me permito molestarle pidiéndole que me lo explique.

—Está bien. Como usted sabe, Vigours huyó de aquí dejando todo abandonado. Se trataba de alguna superstición; nunca logré averiguar la relación exacta, pero estaba poniéndose feo al final.

—Será así, pero yo he oído una historia diferente sobre este tema —repliqué—, y será mejor que se lo diga. Oí decir que huyó a causa de usted.

—¡Oh!, supongo que se avergonzará de creer que eso fuera verdad —explicó Case—; debe usted haberlo juzgado una tontería. Y es cierto además que lo incité a marcharse. «¿Qué harías tú en mi lugar, querido?», me preguntó. «Írme —le respondí—, y no lo pensaría dos veces». Me sentí el más feliz de los hombres cuando lo vi alejarse. No acostumbro volver la espalda a un hombre que está en un aprieto, pero había tanta excitación en el villorrio, que no podía preverse en qué terminaría. Era una locura por mi parte dejarme ver tanto en compañía de Vigours. Hasta el día de hoy me lo reprochan. ¿No oyó a Maea, el jefe joven, ese gran individuo, mascullar algo sobre «Vika»? Era a él a quien perseguían. No parecen haberlo olvidado, sin embargo.

—Esto está muy bien —dije—, pero no me aclara lo que hay de malo en mí; no me dice de qué están asustados; cuáles son sus ideas.

—Ojalá lo supiera —respondió Case—. No puedo añadir nada a lo dicho.

—Podría usted haberlo preguntado, me parece —observé.

—También lo hice —me contestó—. Pero usted debe haber visto, si no es ciego, que los papeles se invirtieron y quienes preguntaron fueron ellos. Intento todo lo que es razonable en favor de otro blanco, pero cuando veo que yo estoy en situación difícil, entonces pienso primero en salvar mi pellejo. Lo que me pierde a mí es ser demasiado bueno. Y me tomo la libertad de

indicarle que usted demuestra una extraña gratitud hacia un hombre que se ha metido en este enredo por sus asuntos.

—Se me ocurre una cosa —dije—. Usted fue un loco en pasar tanto tiempo con Vigours. Consuélese, pues no ha pasado mucho tiempo conmigo. Noto que nunca ha estado en mi casa. Confiese ahora, ¿ha sabido usted algo antes?

—Es cierto que no he ido —dijo—, pero fue un olvido involuntario, y lo lamento, Wiltshire. Pero en cuanto a ir ahora, le seré franco...

—¿Quiere decir con esto que no vendrá? —pregunté.

—Lo siento muchísimo, amigo, pero eso es lo que quise decir.

—En resumen, ¿está usted asustado? —inquirí.

—En resumen, estoy asustado —repitió.

—¿Y yo sigo anatematizado sin causa? —dije.

—Le digo que no está anatematizado —afirmó—. Los canacos no quieren acercársele, eso es todo. ¿Y quién puede obligarlos? Nosotros los comerciantes tenemos un descaro a toda prueba, debo reconocerlo; obligamos a esos pobres canacos a anular sus leyes, a levantar sus prohibiciones, y eso cuantas veces nos conviene. Pero usted no pretenderá que se dicte una ley que obligue a la gente a comprar en su tienda contra su propia voluntad. No pensaré convencerme de que su osadía llega a tanto, ¿no? Y si así fuere, sería gracioso proponérmelo a mí. Me agrada recalcarlo, Wiltshire, que yo también soy comerciante.

—No me atrevería a hablar con tanto descaro si estuviera en su lugar —observé—; en conclusión, todo se

reduce a esto: ningún isleño va a comerciar conmigo y todos con usted. Usted tendrá toda la copra, y yo puedo irme al diablo y morirme de hambre. No conozco la lengua nativa, y usted, que es el único hombre de habla inglesa aquí digno de tenerse en cuenta, tiene el descaro de insinuarme que mi vida está en peligro, y por toda explicación me dice que no sabe por qué.

—Pero eso es todo lo que puedo contarle —dijo—. No sé más; ojalá lo supiera.

—¡Y usted me da la espalda y me deja abandonado a mi suerte! ¿Es esa la situación? —pregunté.

—Si quiere interpretarlo de esta manera... —repuso—. Yo no lo considero así. Solo dije que me apartaría de usted, pues en caso de no hacerlo, yo mismo corro peligro.

—Bien —exclamé—, ¡es usted un noble ejemplar de hombre blanco!

—¡Oh!, comprendo; usted está enfadado —dijo—. Yo también lo estaría. Le presento mis excusas.

—Está bien —dije—, vaya y presente sus excusas en alguna otra parte. ¡Ese es mi camino, aquel el suyo!

Con esto nos separamos, y me dirigí a mi casa, con un genio de todos los demonios, donde encontré a Uma revolviendo cantidad de mercaderías como una niña.

—Ven aquí —le dije—, ¡y déjate de tonterías! Has desordenado todo como si no tuviera ya bastantes preocupaciones con otras cosas. ¡Y, además, suponía que estarías preparando la cena!

Y entonces creo que conoció cómo se merecía la faceta desapacible de mi lenguaje. Se levantó al instante como un soldado ante su oficial, pues debo

consignar que era muy educada y tenía mucho respeto a los blancos.

—Ahora, escucha —le dije—, tú eres de aquí y debes por lo tanto comprender esto. ¿Por qué me han anatematizado? O, si no lo estoy, ¿por qué está la gente asustada de mí?

Ella permaneció inmóvil y me miró con ojos muy abiertos.

—¿Tú no saber? —exclamó al fin, con la boca abierta.

—No —dije—. ¿Cómo quieres que lo sepa? En mi país no hay semejantes locuras.

—¿*Ese* no contarte? —preguntó de nuevo.

Ese era el nombre con el cual los nativos designaban a Case; podía significar extranjero, o extraordinario, pero lo más probable era que fuese su propio nombre escuchado mal por los indígenas y deletreado a la manera canaca.

—¡Maldito *Ese*! —gritó Uma.

Parecerá gracioso oír de labios de una niña canaca semejante juramento. No había tal cosa. Ella no maldecía, no, ni estaba colérica; no abrigaba ningún sentimiento de ira, y pronunció la palabra simple y seriamente. Permaneció sin inmutarse mientras lo dijo. Ni antes ni después vi un semblante de mujer como el suyo, y su aspecto me hizo enmudecer. Luego hizo una especie de saludo, pero el más orgulloso, y me tendió sus manos abiertas.

—Estoy avergonzada —me dijo—. Yo creer tú saber. *Ese* me dijo tú saber, me dijo a ti no importarte, me dijo tú quererme mucho. Tabú me corresponde a mí —explicó, llevándose la mano al pecho, y señalándose, como

había hecho en nuestra noche de bodas—. Ahora, cuando yo irme, tabú irse también. Entonces tú conseguir mucha copra. Gustarte mucho mejor, creo, *Tofá alii* —concluyó en lengua indígena.

—¡Detente! —exclamé—. No te apresures tanto.

Me miró de soslayo, sonriendo.

—Tú ver, tú conseguir copra —dijo, del mismo modo que se ofrecen confites a un niño.

—Uma —dije—, sé razonable. Yo no sabía, eso es cierto, y Case parece habernos hecho una linda juguetita a ambos. Pero ahora lo sé y no me importa; te quiero muchísimo. No te vayas, no me dejes... Me harías sufrir demasiado.

—¡Tú no quererme —exclamó—, tú decirme malas palabras! —y se dejó caer en un rincón sobre el suelo, echándose a llorar.

No soy ningún sabio, pero tampoco soy novato, y pensé que lo peor había pasado. Sin embargo, allí estaba, dándome la espalda, con el rostro hacia la pared, sollozando convulsivamente como una chiquilla, al punto que todo su cuerpo se agitaba. Es extraño cómo lastima esto a un hombre cuando está enamorado, pues nada se gana atenuando las cosas. Aunque era canaca, yo estaba enamorado de ella, o no faltaba mucho. Traté de tomar su mano, pero ella no quiso saber nada.

—Uma —dije—, no vale la pena seguir así. Quiero que te quedes; lo quiero, mujercita mía, te digo la verdad.

—Tú no decirme verdad —sollozó.

—Está bien —le dije—. Esperaré hasta que te hayas tranquilizado —y me senté en el suelo a su lado,

comenzando a alisar su cabello con mi mano. Al principio se echó a un lado cuando la toqué, después pareció fijarse en mí más y más; luego sus sollozos disminuyeron poco a poco y, al cabo, cesaron, alzando su rostro hacia mí.

—¿Decirme la verdad? ¿Querer que me quede? —preguntó.

—Uma —dije—, prefiero tenerte a ti que a toda la copra de los mares del sur —lo que era mucho decir, y lo extraño era que realmente lo pensaba.

Ella me echó los brazos al cuello, se levantó de un salto y apretó su rostro contra el mío, manera isleña de besar; y al punto estuve empapado con sus lágrimas y le entregué mi corazón enteramente. Nunca tuve nada tan cerca de mí como aquella niña bronceada. Muchas cosas juntas se coordinaron para marearme. Era tan bonita, que daban ganas de morderla; parecía ser mi única amiga en aquel extraño lugar, y me sentía avergonzado por haberle hablado con tanta rudeza, y ella era mujer, mi esposa y una especie de muñeca grande; además me daba lástima sentir la sal de sus lágrimas en mi boca. Y olvidé a Case y a los indígenas; olvidé que no sabía nada de la historia o solo me acordaba para desterrar el recuerdo; olvidé que no conseguiría copra y que no podría ganarme el sustento; olvidé a mis empleadores y el extraño servicio que les estaba haciendo, prefiriendo mi placer a mis obligaciones, y olvidé hasta que Uma no era mi legítima esposa, sino una joven engañada, y en la forma más ruin además. Pero eso es anticiparse demasiado a los futuros acontecimientos. Sobre este asunto volveré después.

Cuando nos acordamos de la cena, era ya tarde. La cocina se había apagado y estaba completamente fría, pero conseguimos encenderla después de algún tiempo y cada uno cocinó un plato, ayudándonos y estorbándonos el uno al otro y entreteniéndonos en ello como niños. Estaba tan ávido de tenerla cerca, que me senté a cenar con mi muchacha en mis rodillas, rodeándola con un brazo y comiendo con el otro. ¡Ay, tenía que sufrir más que esto todavía! Era la peor cocinera que Dios creó; los manjares que preparaba habrían indigestado a un robusto caballo, y, sin embargo, hice honor al arte culinario de Uma, y no recuerdo haber estado nunca más satisfecho.

No traté de engañarme, ni intenté fingirle a ella. Sabía que estaba perdidamente enamorado; Uma podía hacer conmigo lo que quisiera. Y supongo que fue eso lo que la hizo hablar, pues se había asegurado que ahora éramos amigos. Me relató una cantidad de cosas —sentada sobre mis rodillas y comiendo de mi plato, como yo comía del suyo de puro mimo— de ella y de su madre, y de Case, todo lo cual resultaría aburrido y llenaría páginas y páginas si lo transcribiese tal cual lo refirió; pero necesito hacer alusión a ello en inglés, mencionando también algo referente a mi persona que tuvo gran importancia en mi empresa, como pronto se verá.

Parece que había nacido en una de las islas del trópico; pasó solamente dos o tres años en estos lugares, donde había llegado con un hombre blanco que había estado casado con su madre, y murió poco después; residía solo desde hacía un año en Falesá. Con

anterioridad habían viajado con aquel hombre blanco, que era una de esas almas errantes que deambulan por el mundo buscando un trabajo fácil. Esta clase de gente habla de buscar oro donde termina el arco iris; pero si un hombre busca un empleo que le dure hasta la muerte, déjese que parta en busca del trabajo fácil. Siempre tienen también bebida y comida, cerveza y sardinas, pues nunca se oye que esa gente se muera de hambre, y raras veces se les encuentra en su estado normal; en cuanto a los deportes, se les asocia con las riñas de gallos. En todo caso, nuestro hombre, con su mujer e hija a cuestas, recorrió la región, con preferencia las islas apartadas donde no había policía, pensando quizás que allí encontraría el trabajo fácil. Tengo formada mi propia opinión de ese viejo, pero me alegra que haya mantenido a Uma apartada de Apia y de Papeete y de esos lugares rufianescos. Al fin fue a parar a Fale-Alii. En esta isla consiguió alguna ocupación —¡Dios sabe cómo!—, despilfarró todo como de costumbre y murió sin dejar un centavo, a excepción de una parcela de tierra en Falesá, que había conseguido en pago de una deuda, y que fue el motivo por el que madre e hija decidieron instalarse aquí. Parece que Case las animó a ello, ayudándolas a edificar la casa. Estuvo muy amable en aquellos tiempos con ellas y dio a Uma mercaderías, siendo evidente que esta muchacha le había gustado desde un principio. Sin embargo, apenas se habían instalado cuando se presentó un joven nativo pidiéndola en matrimonio. Era un jefecillo que poseía algunas esteras hermosas y sabía antiguas canciones de su familia, y «muy lindo», al decir de Uma;

por lo tanto era un extraordinario partido para una chica pobre y forastera.

Apenas había pronunciado estas primeras palabras cuando empezaron a atormentarme los celos.

—Entonces, ¿quieres decir que te hubieras casado con él? —exclamé.

—*Io* (sí) —respondió ella—. ¡Me gustaba mucho!

—Muy bien —dije—. Suponte que después hubiera venido yo: entonces, ¿qué?

—Me gustas más tú —dijo ella—, pero imagínate yo casarme con *Ioane*, yo una buena esposa. Yo no canaca vulgar. ¡Buena chica! —exclamó.

Eso debía haberme satisfecho, pero puedo asegurar que no me importaba un comino todo esto. Y el final de este relato no me agradaba más que el principio. Pues es muy probable que esta propuesta de matrimonio fuera el comienzo de todo el enredo. Parece que antes de esto, *Uma* y su madre eran consideradas con cierto desdén, claro está, por no ser aborígenes, mas nadie les hizo daño ni cuando apareció *Ioane*; hubo menos intrigas al principio de lo que era dado esperar. Y un día, de repente, unos seis meses antes de mi llegada, *Ioane* se retiró y abandonó esta parte de la isla, y desde aquel día *Uma* y su madre se encontraron solas. Nadie venía a su casa, nadie hablaba con ellas en la calle. Era una excomuniación corriente, semejante a aquellas que existían en la Edad Media; y en cuanto a la causa o al sentido de la misma, no tenía la menor idea. Debía de ser alguna *tala pepelo* (mentira o calumnia), dijo *Uma*; todo lo que sabía era que las muchachas, que habían envidiado su suerte

a causa de Ioane, solían apartarse de ella, y cuando la encontraban sola en el bosque, le gritaban que nunca llegaría a casarse.

—Me decían que ningún hombre se casaría conmigo. Estaría demasiado asustado —explicó.

El único ser humano que se les acercaba después de este abandono era Case. Hasta él se cuidaba de mostrarse y llegaba generalmente de noche; pronto comenzó a dejar traslucir sus propósitos respecto a Uma. Estaba resentido aún por lo que me había contado de Ioane, y cuando oí que Case abrigaba las mismas pretensiones, la interrumpí bruscamente:

—Bien, bien —le dije con ironía—; pensarías, supongo, que Case era «muy lindo» y «gustarte mucho», ¿no?

—Ahora dices tonterías —dijo ella—. Hombre blanco venir aquí, yo casarme con él como canaca; él debía casarse conmigo como blanca. Imagínate él no casarse conmigo, él irse hacia otra mujer. Siempre ser ladrón, manos vacías, corazón vacío... ¡No poder amar! Ahora tú venir a casarte conmigo. Tú ser un gran corazón, tú no avergonzarte de la isleña. Por eso yo amarte tanto. Yo orgullosa.

En mi vida he sentido un malestar tan grande como en ese momento. Dejé el tenedor y aparté a la isleña; no sabía qué hacer con ambos, y me paseé por la casa, yendo y viniendo, seguido por la mirada de Uma, quien estaba inquieta, y no era para menos. Pero «inquieto» no era la palabra que reflejase mi estado de ánimo. Deseaba y temía al mismo tiempo descargar mi conciencia y confesar cuán canalla había sido.

Y justo en este momento se oyó el sonido de una canción que venía del mar; se elevó súbitamente clara y próxima, cuando el bote dobló el cabo, y Uma, corriendo hacia la ventana, exclamó que era Misi en una de sus rondas habituales.

Pensé que era extraño que me alegrase de ver a un misionero, pero extraño o no, era cierto.

—Uma —dije—, quédate en esta habitación y no te muevas de aquí hasta que regrese.

Capítulo III

El misionero

Cuando llegué a la galería, el bote misionero navegaba hacia la desembocadura del río. Era un largo ballenero blanco con un pedazo de toldo pintado en la popa; un pastor indígena estaba acurrucado en la cuña de la popa, timoneando; unos veinticuatro canaletes golpeaban la superficie del agua y se hundían al compás del canto, mientras el misionero, sentado bajo el toldo, con su vestimenta blanca, leía un libro. Era un hermoso espectáculo para ser visto y oído; no hay nada más bello en las islas que un bote misionero con una buena tripulación y un buen acompañamiento musical, y lo contemplé con un dejo de envidia durante unos segundos; luego bajé en dirección al río.

En el lado opuesto, otro hombre se dirigía hacia el mismo lugar y, corriendo, consiguió llegar primero. Era Case; sin duda su propósito era mantenerme apartado del misionero, quien podría servirme de intérprete; pero en mi mente bullían otras cosas. Recordaba cómo

nos había engañado con la boda y la mala jugada que le había hecho antes a Uma y, al verlo, la ira se apoderó de mí.

—¡Salga de mi camino, estafador ruin y ladrón! —le grité.

—¿Qué está diciendo? —preguntó.

Repetí lo dicho y lo acompañé con un buen juramento.

—Y si llego a sorprenderlo en los alrededores de mi casa, le alojo una bala en su cráneo roñoso.

—Usted puede hacer lo que se le antoje en su casa —observó—, adonde, como ya le manifesté, no pienso ir, pero este es un lugar público.

—Es un lugar donde tengo asuntos privados que arreglar —repliqué—. No pienso tolerar que un perro como usted me espíe, y le advierto que es mejor que se retire.

—No me doy por enterado, sin embargo —dijo Case.

—Entonces lo voy a enseñar —respondí.

—Eso lo veremos.

Él, rápido, fue a usar sus manos, pero no tenía ni estatura ni peso suficiente para competir conmigo, pues a mi lado era un individuo endeble; y por otra parte me sentía tomado de una cólera tal que podría haber mordido un cincel. Primero le pegué con un puño, luego con el otro, hasta que oí crujir su cabeza y cayó al suelo.

—¿Le basta con esto? —grité. Pero solo alzó la mirada, pálido y desconcertado, y la sangre fluyó sobre su rostro como el vino sobre un mantel—. ¿Le basta con esto? —repetí—. Conteste y no se quede ahí como un imbécil si no quiere que lo pisotee.

Se sentó al oír esto, sosteniéndose la cabeza —al mirarlo se advertía que estaba mareado—, y la sangre corrió por su traje.

—Me basta por ahora —dijo, y después de incorporarse dando traspiés, se alejó por el camino que había venido.

El bote se había acercado; vi que el misionero dejaba a un lado su libro, sonriéndome.

«Ahora sabe al menos que soy un hombre» —pensé.

En todos los años que había pasado en el Pacífico, era esta la primera vez que cambiaba dos palabras con un misionero, y no hay que decir que nunca les había pedido un favor. No me agradaban; ningún comerciante les tiene simpatía; nos desprecian y ni siquiera tratan de ocultarlo y, por otra parte, defienden a los canacos en lugar de estar con nosotros, sus compañeros de raza. Vestía yo un flamante traje rayado, pues, como es natural, me había ataviado decentemente para presentarme ante los jefes, pero cuando vi bajar al misionero del bote, con su uniforme común, compuesto de traje de cañamazo blanco, casco de corcho, camisa y corbata blancas, y calzado con botas amarillas, tuve deseos de apedrearlo. Cuando estuvo más cerca, mirándome con curiosidad —debido a la riña, supongo—, vi que parecía muy enfermo. Lo cierto era que tenía fiebre y acababa de sufrir un escalofrío en el bote.

—El señor Tarleton, ¿verdad? —dije, pues había logrado averiguar su nombre.

—Y usted, supongo será el nuevo comerciante... —dijo a su vez.

—Primero deseo aclararle que no quiero saber nada de misiones —continué— y considero que usted y sus

compañeros son dañinos, y que llenan la cabeza a los nativos con cuentos de viejas y disparates.

—Es usted libre de exponer sus opiniones —contestó de mal talante—, pero yo no estoy obligado a escucharlas.

—Pero ocurre que usted deberá escucharlas —insistí—. No soy misionero, ni partidario de los misioneros, no soy canaco, ni protector de los canacos; soy tan solo un comerciante; un vulgar y maldito hombre blanco y un súbdito británico, uno de esos individuos con los cuales usted desearía limpiarse las botas. ¡Creo haberme expresado con claridad!

—Sí, hombre, sí —dijo—. Es más claro en sus expresiones que estimable. Cuando se haya desembriagado, lamentará lo dicho.

Trató de pasar, pero lo atajé con la mano. Los canacos estaban empezando a gruñir. Me imagino que no les agradaba mi tono, pues hablé con ese hombre con la misma libertad con que les hablaría a ustedes.

—No puede decir ahora que lo he engañado —dije—, y puedo proseguir. Necesito pedirle un favor; en realidad, dos favores, y si usted se molesta en concedérmelos, tal vez tomaré más en serio lo que ustedes llaman cristiandad.

Guardó silencio por un momento. Luego sonrió.

—Es usted un hombre raro —dijo.

—Soy como Dios me hizo —contesté—. No pretendo ser un caballero —añadí.

—No estoy tan seguro de esto —dijo él—. ¿Y qué puedo hacer para obligarlo, señor...?

—Wiltshire —completé—, aunque generalmente me llaman Welsher, pero Wiltshire es la manera correcta de deletrearlo, si la gente de la costa consiguiera pronunciarlo. Y en cuanto a lo que deseo... Empezaré con lo primero. Soy lo que ustedes llaman un pecador, lo que yo llamo un canalla, y le pido me ayude a desagraviar a la persona que he engañado.

Se volvió, hablando en lengua indígena a la tripulación.

—Ahora estoy a su disposición —me dijo—, pero solo hasta que mi tripulación haya acabado de almorzar. Tengo que viajar todavía un buen trecho por la costa antes de la noche. Me he demorado en Papá-Malulu, donde permanecí hasta esta mañana, y tengo un compromiso en Fale-Alii mañana por la noche.

Lo conduje a mi casa en silencio, sintiéndome muy satisfecho por el giro que había dado a la conversación, pues me agrada el hombre que se hace respetar.

—Siento que haya reñido —me dijo.

—¡Oh!, esto es parte del relato que necesito hacerle —dije—. Es el favor número dos. Después que me haya escuchado, me dirá si lo lamenta o no.

Entramos cruzando la tienda y me sorprendió que Uma hubiese levantado la vajilla del almuerzo. Era tan contrario a sus costumbres, que comprendí que lo había hecho por gratitud, y la apreciaba más por ello. La indígena y el señor Tarleton se llamaban mutuamente por el nombre, y él la trataba con la mayor cortesía. Pero esto no me extrañó mucho; siempre tienen una palabra afable para un canaco; es con nosotros, los blancos, con los que se dan importancia. Además,

en este momento no era Tarleton el que me importaba. Quería lograr mi propósito.

—Uma —dije—, danos tu certificado matrimonial —ella pareció turbada—. Vamos —la animé—, puedes confiar en mí. Entrégamelo.

Lo llevaba encima, como de costumbre; creo que ella pensaba que era un pasaporte para el paraíso, y que si llegaba a morir sin tenerlo a mano, iría al infierno. No alcancé a ver dónde lo había puesto la primera vez, ni pude ver ahora de dónde lo sacó; pareció venir a su mano como por arte de prestidigitación. Pero todas las isleñas son iguales en esto, y supongo que esto se les enseña en su niñez.

—Sucede —dije con el certificado en la mano— que he sido casado con esta chica por el negro Jack. El certificado fue escrito por Case, y es un selecto trozo de literatura, se lo aseguro. Además, he comprobado que corre cierta maldición contra mi esposa en este lugar, y mientras viva conmigo no puedo comerciar. ¿Qué haría cualquiera en mi lugar, si es hombre? —pregunté—. Supongo que lo primero sería esto —y tomé el certificado y, rompiéndolo, arrojé los pedazos al suelo.

—¡*Aué!* (¡ay!) —gritó Uma, y comenzó a golpear sus manos, pero tomé una entre las mías.

—Y lo segundo que haría —continué—, si es lo que usted y yo llamamos un hombre, sería llevar a la chica ante usted o ante algún otro misionero y decirle: «He sido casado ilegalmente con mi esposa, pero la aprecio mucho y ahora deseo casarme con ella de forma legal». Comience, señor Tarleton, y creo que será mejor que lo haga en lengua nativa para complacer

a mi mujer —dije, dándole el nombre exacto que corresponde a una esposa.

Entonces buscamos a dos de la tripulación para que sirvieran de testigos, y la boda se celebró en nuestra propia casa; el párroco rezó un buen rato —debo reconocerlo, pero no tanto como otros— y nos estrechó las manos a ambos.

—Señor Wiltshire —dijo, cuando hubo terminado de escribir y despachado a los testigos—, debo darle las gracias por el placer que me ha causado. Pocas veces he celebrado la ceremonia matrimonial con más gratas emociones.

Eso se llamaba hablar. Además, prosiguió con otras palabras parecidas; mas estaba dispuesto a soportar toda la provisión que tenía, pues me sentía de maravillas. Pero algo había llamado la atención de Uma, en medio de la ceremonia, y al punto interrumpió la conversación.

—¿Cómo lastimar tu mano? —preguntó.

—Pregúntaselo a la cabeza de Case, querida —respondí.

Ella brincó de alegría, lanzando griticos cual gorjeos.

—No ha cristianizado mucho a esta que digamos —observé al señor Tarleton.

—No la consideramos una de las peores —opinó él— cuando estuvo en Fale-Alii, y si Uma se muestra maliciosa en este caso, me inclino a creer que tiene sobrada causa para ello.

—Muy bien —le dije—, ahora llegamos al favor número dos. Le contaré lo que sucede para ver si usted puede orientarnos algo.

—¿Será largo? —preguntó.

—En efecto —exclamé—, es un relato que tiene cola.

—Bueno, le dedicaré todo el tiempo que tengo disponible —dijo consultando su reloj—. Pero debo decirle con franqueza que no he comido desde las cinco de la mañana, y a menos que usted pueda convidarme con algo, no es probable que tome alimento antes de las siete o las ocho de la noche.

—¡Voto a Dios! —exclamé—; le prepararemos un almuerzo.

Me sentí un poco incómodo al darme cuenta de que había jurado, precisamente cuando todo parecía marchar bien, y supongo que el misionero experimentó idéntica sensación, pero aparentó mirar por la ventana y nos agradeció la invitación.

Entonces nos aprestamos a prepararle una especie de almuerzo. Me vi obligado a permitir que mi mujer me echase una mano, para cubrir las apariencias, y por eso le encargué la preparación del té. En mi vida he visto un té semejante al que ella sirvió. Pero eso no fue lo peor, pues, armándose del salero, que ella consideraba un toque europeo más que distinguido, convirtió mi estofado en agua de mar. En suma, al señor Tarleton le dimos un almuerzo endiablado, pero en cambio no le faltó distracción, pues durante todo el tiempo en que cocinábamos y luego cuando él aparentaba comer, le llené la cabeza acerca de Case y de la costa de Falesá, formulándome él preguntas que demostraban que seguía mi relato.

—Temo que se haya creado un enemigo peligroso —dijo al final—. Ese Case es muy inteligente y parece

ser realmente malvado. Debo hacerle saber que he estado vigilando a ese hombre durante un año casi y tengo la peor opinión de él. En la época en que el último representante de su firma huyó tan repentinamente de aquí recibí una carta de Namu, el pastor indígena, rogándome que viniera a Falesá lo más pronto que pudiera, pues su grey estaba «adoptando prácticas católicas». Tenía mucha confianza en Namu, y temo que esto solo demuestra con cuanta facilidad nos pueden engañar. Nadie que lo hubiera oído predicar podía dudar de sus extraordinarias facultades. Todos nuestros isleños adquieren con facilidad alguna elocuencia, y son capaces de explicar e ilustrar con cierta eficacia y fantasía sermones plagiados, pero los sermones de Namu eran propios y no puedo negar que les había hallado gracia. Además manifestaba una viva curiosidad por cosas seculares, no le tenía miedo al trabajo, era un hábil carpintero y se había hecho acreedor al respeto de los pastores vecinos, de tal forma que lo llamamos, entre burlas y veras, el obispo del este. En resumen, me sentía orgulloso de Namu, y por eso tanto más me desconcertó su carta y aproveché la primera ocasión para venir a estos parajes. El día anterior a mi llegada, Vigours había sido embarcado a bordo del *Lion* y Namu no tenía nada que decir; en apariencia, se avergonzaba de su carta y no parecía dispuesto a explicarla. Esto, como es lógico, no pude permitirlo, y acabó confesándome que le había inquietado mucho descubrir que su grey hacía la señal de la cruz, pero desde que supo la explicación, su conciencia estaba tranquila. Pues Vigours tenía el mal

de ojo, algo común en un país de Europa llamado Italia, donde la gente que lo padecía era asesinada a menudo, y parecía que la señal de la cruz era un antídoto contra su poder.

»—Y puedo explicárselo, Misi —dijo Namu—, de este modo: el país en Europa es un país católico y el diablo del mal de ojo debe de ser un diablo católico, o al menos un demonio acostumbrado a las prácticas católicas. Entonces razoné de la siguiente manera: si la señal de la cruz se empleara a la manera católica, sería un pecado, pero si se emplea solo para proteger a los hombres de un demonio, lo que es en sí una cosa inofensiva, también la señal debe serlo, como una botella no es ni buena ni mala, sino inofensiva. Pues la señal no es ni buena ni mala. Pero si la botella estuviera llena de aguardiente, el aguardiente es malo, y si la señal se hace como expresión de idolatría, entonces hay idolatría». Y, como buen pastor indígena, tenía un texto apropiado para expulsar a los demonios.

—¿Y quién le contó eso del mal de ojo? —le pregunté.

—Admitió que fue Case. Mucho me temo que usted me considere pedante, señor Wiltshire, pero debo decirle que estuve disgustado, pues no considero a un comerciante el hombre indicado para aconsejar o tener influencia sobre mis pastores, y además había corrido la voz en el país de que el anciano Adams había sido envenenado, a lo cual no había prestado mayor atención, pero vino a mi mente en aquel momento.

»—¿Y lleva este Case una vida sacrificada? —le pregunté.

»—Confieso que no, pues aunque no bebe, es mujeriego, y además no profesa religión alguna.

»—Entonces —dije—, creo que cuanto menos tenga que ver con él, tanto mejor.

—Pero no es fácil decir la última palabra con un hombre como Namu. Al punto tuvo a mano una explicación.

»—Misi —me dijo—, usted me contó que había muchos hombres que, sin ser pastores, ni siquiera santos, sabían muchas cosas útiles para enseñar, sobre árboles, por ejemplo, animales, la impresión de libros y las piedras que se queman para hacer de ellas cuchillos. Estos hombres les enseñan en sus colegios y ustedes aprenden de ellos; solo hay que cuidarse de no aprender a ser impíos. Misi, Case es mi colegio.

—No supe qué decir. Era evidente que Vigours había sido expulsado de Falesá por las maquinaciones de Case ayudado por mi pastor en algo que tenía todas las apariencias de una conspiración. Recordé que fue Namu quien me había tranquilizado respecto a Adams, atribuyendo el rumor a la mala voluntad del sacerdote. Y comprendí que debía informarme a fondo de una fuente imparcial. Hay aquí un jefe, un viejo bribón llamado Faiaso, que creo habrá visto hoy en el consejo; ha sido durante toda su vida turbulento y cauteloso, un gran instigador de rebeliones y una gran preocupación de la misión y de la isla. En extremo astuto, es amante de la verdad, excepto en política y en sus propios delitos. Fui a su casa, le conté lo que había oído y le rogué me dijera la verdad. No creo haber tenido nunca una entrevista más penosa. Tal vez me comprenda, señor Wiltshire, si le digo que tomo muy en serio esos cuentos de viejas que usted me

reprochaba hace unos momentos; y que estoy tan ansioso de practicar el bien en estas islas como usted de complacer y proteger a su linda esposa. Y también debe recordar que consideraba a Namu un modelo de virtudes y que me sentía orgulloso de él, estimándolo uno de los primeros frutos maduros de la misión. Y ahora era informado de que dependía casi por completo de Case. Al principio no fue por corrupción; comenzó sin duda por temor y respeto infundidos con astucia y pretextos, pero me escandalizó descubrir que más tarde se había unido otra causa: que Namu se proveía en el comercio de Case y que había contraído con este fuertes deudas. Todo lo que el comerciante decía, Namu lo creía temblando. No era el único; mucha gente en el pueblo vivía bajo idéntico yugo, pero el caso de Namu fue el más influyente y por su mediación se causó el daño más grande; con varios partidarios entre los jefes y el pastor bajo su dominio, Case podía considerarse dueño del pueblo. Usted sabe algo de Vigours y de Adams, pero quizás no ha oído hablar nunca del anciano Underhill, el antecesor de Adams. Recuerdo que era un anciano tranquilo e indulgente, y nos enteramos de que había fallecido de modo repentino: los blancos mueren muy repentinamente en Falesá. Lo que acababa de escuchar entonces me hizo helar la sangre en las venas. Parece que fue atacado de una parálisis total, quedando por completo inerte, salvo solo un ojo con vida, que guiñaba continuamente. Corrió la voz de que ese pobre anciano indefenso se había transformado en un demonio, y el miserable de Case excitó el temor de los nativos, que fingía compartir,

y aparentaba no atreverse a entrar solo en la casa. Al final cavaron una fosa en el extremo más apartado del pueblo y sepultaron vivo al anciano. Namu, mi pastor, a cuya educación yo había contribuido, presencié la macabra escena, pronunciando una oración.

»—Me hallaba en una situación difícil. Tal vez hubiera sido mi deber denunciar a Namu para que lo sometieran a un interrogatorio. Acaso ahora pienso así, pero en aquel entonces las cosas eran menos claras. Tenía gran influencia, que podría haber resultado ser mayor que la mía. Los indígenas son propensos a la superstición, y el irritarlos podría haber arraigado y propagado aún más esas inclinaciones peligrosas. Además, era, aparte de esa nueva y detestable influencia, un buen pastor y un hombre hábil y espiritual. ¿Dónde encontraría otro mejor? ¿Dónde encontraría siquiera otro tan bueno como él? En aquel momento, con el fracaso de Namu fresco en mi memoria, el trabajo de toda mi vida me pareció una burla; la esperanza había muerto en mí. Creí mejor reparar los instrumentos que poseía que buscar otros que resultarían, sin duda, peores que estos, y siempre conviene evitar un escándalo si es humanamente posible. En consecuencia, decidí, para bien o para mal, tomar el asunto con calma. Aquella noche me expliqué y razoné con el descarriado pastor, reprochándole su ignorancia e infidelidad, así como su miserable actitud, aclarándole y haciéndole resaltar ante sus ojos que lo que había hecho con su fría complicidad era un asesinato, y al escucharme se excitó como un niño, como lo demostraron sus gestos infantiles, innecesarios e inconvenientes,

y mucho antes de amanecer lo tuve arrodillado y bañado en lágrimas, aparentando estar sinceramente arrepentido. El domingo por la mañana me encargué del sermón y prediqué sobre los primeros reyes, el fuego, el terremoto y la voz que distinguía el verdadero poder espiritual, refiriendo con toda la claridad a que podía atreverme los recientes acontecimientos en Falesá. Fue grande el efecto causado en la multitud, que aumentó aún más cuando Namu habló a su vez, confesando que, habiendo pensado obrar con fe y corrección, estaba ahora convencido de haber pecado. Hasta aquí, por lo tanto, todo marchaba bien, a no mediar una desafortunada circunstancia. Se acercaba la época de nuestro «mayo» en la isla, cuando se reciben las contribuciones de los indígenas para la misión; me vi obligado a efectuar la notificación correspondiente, y esto dio a mi enemigo la oportunidad anhelada, que no tardó en aprovechar.

—Case debió de enterarse de lo sucedido aquella mañana, no bien hubo terminado el sermón, y la misma tarde buscó ocasión de encontrarme en medio del pueblo. Se acercó a mí con tanta intención y animosidad, que sentí perjudicial evitar el encuentro.

»—¡Ah! —dijo en lengua nativa—, aquí está el santo varón. Ha estado predicando contra mi persona, pero eso no estaba en su corazón; ha estado predicando sobre el amor de Dios, pero eso no estaba en su corazón, estaba en su boca. ¿Quieren saber ustedes qué anidaba en su corazón? —gritó—. ¡Yo se lo mostraré! Y, dándome un golpecito en la cabeza, hizo como si sacase de allí una moneda de un dólar y la mostró a la concurrencia.

—Ante la muchedumbre corrió ese rumor con el cual los polinesios acogen un prodigio. Por mi parte, permanecí allí confundido. Se trataba de un truco vulgar que había visto efectuar multitud de veces en mi país; ¿pero cómo iba a convencer de esto a los nativos? En aquel momento deseé haber aprendido prestidigitación en lugar de hebreo para poder vencer a ese individuo con sus propias armas. Pero allí estaba y no podía quedarme callado, y fue una pobre defensa lo que atiné a decir:

»—Haga el favor de no volver a tocarme —expresé.

»—No pienso hacerlo —me respondió—, ni quiero privarlo de su dólar. Aquí está —dijo, arrojándolo a mis pies.

—Me contaron que quedó tres días en el lugar en que había caído.

—Hay que reconocer que fue una hábil jugarreta —dije.

—¡Oh!, es muy inteligente —afirmó el señor Tarleton—, y, como habrá visto por lo que acabo de relatarle, muy peligroso. Fue parte actuante en la horrible muerte del paralítico, se le acusa de haber envenenado a Adams, ahuyentó a Vigours con mentiras que podrían haber desembocado en el asesinato, y no hay duda que ahora ha decidido desembarazarse de usted. El sistema que piensa adoptar para ello no podemos adivinarlo, pero seguro ha de ser algo nuevo. Es hombre pródigo en ideas e inventivas.

—Se impone a sí mismo gran cantidad de molestias —observé—. Y, después de todo, ¿con qué objeto?

—¿Cuántas toneladas de copra cree usted que produce este distrito? —preguntó el misionero.

—Unas sesenta toneladas aproximadamente —respondí.

—¿Y a cuánto asciende la ganancia del comerciante local? —prosiguió preguntando.

—Pongamos unas tres libras —contesté.

—Entonces usted mismo puede calcular por qué lo hace —dijo el señor Tarleton—. Pero lo que importa ahora es derrotarlo. Está a la vista que hizo correr algún rumor contra Uma, con el objeto de aislarla de los demás y poder saciar sus perversos instintos. Al fracasar en esto, y viendo que un nuevo rival aparecía en escena, se valió de ella en otra forma. Lo primero que debemos averiguar ahora es cómo estuvo involucrado Namu en el asunto. Uma, ¿qué hizo Namu cuando la gente comenzó a alejarse de ti y de tu madre?

—Alejarse también —dijo Uma.

—Temo que este sinvergüenza ha vuelto a sus andanzas —dijo el señor Tarleton—. ¿Y qué puedo hacer por usted ahora? Hablaré con Namu para advertirle que es observado, y no creo que se atreva a incurrir en falta después de haber sido prevenido. Si esta precaución llegara a fallar, deberá recurrir a otros medios. Está, en primer lugar, el sacerdote, que quizás le brinde su protección, en salvaguardia de los intereses católicos. Y luego tiene al viejo Faiaso. ¡Ah!, algunos años antes usted no hubiera tenido necesidad de nadie más, pero la influencia de Faiaso ha disminuido considerablemente, y está en manos de Maea, y temo que Maea sea uno de los chacales de Case. En resumidas cuentas, si llegara a suceder lo peor, tendrá que mandar un mensaje a Fale-Alii o ir allí personalmente, y no es

probable que me encuentre en esta parte de la isla hasta dentro de un mes. Veré qué puede hacerse.

Con esto el pastor Tarleton se despidió de nosotros, y media hora más tarde la tripulación cantaba en el bote misionero mientras los canaletes golpeaban la superficie del agua.

Capítulo IV

La obra diabólica

Transcurrió casi un mes sin mayores novedades. La misma noche de nuestra boda vino a visitarnos Galuchet, demostrando la mayor afabilidad, y adoptó la costumbre de venir regularmente al anochecer para fumar su pipa en familia. Podía conversar con Uma, como es natural, y procedió a enseñarme la lengua nativa y el francés a un mismo tiempo. Era un anciano sociable, aunque lo más sucio que uno pueda imaginarse, y tanto me aturdió con todas las lenguas extranjeras que sabía, que creía hallarme en la torre de Babel.¹

Esa fue una de nuestras ocupaciones, que me hizo sentirme menos solitario, pero que no era provechosa en manera alguna, pues si bien el sacerdote venía a charlar con nosotros, ningún miembro de su grey pudo ser inducido a entrar en mi tienda, y de no haber

¹Torre de Babel. En el Antiguo Testamento se habla de una torre que estaba erigiéndose en la llanura de Shinar, en Babilonia; pero como los constructores quisieron, en su soberbia, que esta llegara hasta el cielo, Jehová se enfadó e interrumpió la construcción al confundirles los idiomas.

sido por la otra ocupación que implanté, no hubiéramos tenido una sola libra de copra en la casa. Mi idea fue la siguiente: Fa'avao poseía una veintena de árboles con frutos en sazón. No podíamos conseguir trabajadores, naturalmente, pues todos estábamos bajo la maldición del tabú, y las dos mujeres y yo procedimos a elaborar copra. Con esa copra se le haría a uno la boca agua —y nunca comprendí hasta qué punto me engañaban los indígenas hasta que hube elaborado cuatrocientas libras con mis propias manos— y pesaba tan poco, que yo mismo me sentí tentado de aguarla.

Mientras trabajábamos, un grupo de canacos solía pasarse la mayor parte del día mirándonos trabajar, y una vez hizo su aparición el negro. Se paró al lado de los nativos, riéndose, mofándose y haciéndose el gracioso, hasta que perdí la paciencia.

—Ven aquí, negro —le grité.

—No me dirijo a usted —contestó el negro—. Yo solo hablo con caballeros.

—Eso ya lo sé —dije—, pero sucede que yo me dirijo a usted, señor Negro Jack. Solo deseo saber una cosa: ¿ha visto por casualidad la cabeza marcada de Case hace una semana?

—No, señor —respondió.

—Entonces, está bien —concluí—, pues le mostraré una hermana gemela de la misma, solo que negra, dentro de dos minutos.

Comencé a caminar lentamente hacia él, sin hacer un gesto, mas si alguien se tomó el trabajo de observarme, a buen seguro que pudo advertir una amenaza en mi mirada.

—Usted es un individuo ruin y pendenciero, señor
—exclamó el negro Jack.

—¡Téngalo por seguro!

Entretanto le pareció que me había acercado lo suficiente, y diciéndose «pies, ¿para qué los quiero?», comenzó a huir a toda carrera, tanto, que daba gusto verlo partir como una flecha. No volví a ver a aquel bandido hasta la ocasión que referiré.

Uno de mis entretenimientos preferidos en aquellos días era ir a cazar a los bosques, y tal y como Case me había informado, encontré caza en abundancia. He hablado ya del cabo por donde se extendía el pueblo y de mi casa situada hacia el este. Lo contorneaba un sendero que conducía a la próxima bahía. Un fuerte viento soplabá todos los días en aquel lugar, y como la barrera de arrecifes terminaba allí, se producía una violenta marejada en las playas de la bahía. Un cerro escarpado, próximo a la costa, separaba el valle en dos partes, y durante la marea alta, el mar se rompía contra su frente, impidiendo todo pasaje. Montes selváticos bordeaban el lugar en toda su extensión; la barrera del este era particularmente abrupta y frondosa, formadas sus partes bajas a lo largo del mar por negros peñascos veteados de cinabrio, y sus partes elevadas, importantes, con las cimas de los grandes árboles. Algunos de estos eran de color verde brillante; otros, rojos; la arena de la playa era negra como los zapatos. Muchos pájaros revoloteaban alrededor de la bahía, algunos blancos como la nieve, y los vampiros volaban allí en pleno día, haciendo oír el rechinar de sus dientes.

Durante largo tiempo solo llegué hasta ese lugar en mis cacerías, no yendo más lejos. No había indicios de que hubiera otro sendero más allá, y los cocoteros en el frente, al pie del valle, eran los últimos árboles en este camino; pues todo el «ojo» de la isla, como los indígenas llamaban al lado de barlovento, estaba desierto. Desde Falesá hasta aproximadamente Papá-Malulu no había ni viviendas, ni seres humanos, ni árboles frutales, careciendo casi de arrecifes, y como era, por otra parte, la costa muy agreste, el mar se rompía contra los peñascos, no encontrándose allí un lugar donde desembarcar.

Debería indicar que después de haber comenzado a internarme por los bosques, aunque todavía nadie se acercaba a mi tienda, encontré a personas en aquellos lugares dispuestas a pasar el tiempo conmigo, donde no podían ser vistos por nadie; y como había aprendido algo de la lengua nativa y la mayoría de ellos sabía alguna que otra palabra en inglés, empecé a sostener breves conversaciones, sin ningún propósito determinado, pero que sirvieron, sin embargo, para disminuir la animosidad que me tenían, pues es muy triste el ser considerado como un leproso.

Un día, a fines de mes, sucedió que estaba sentado en esta bahía, al borde del matorral, mirando hacia el este, en compañía de un canaco. Le había dado tabaco para cargar la pipa, y estábamos tratando de entendernos de la mejor forma posible, ya que tenía este, sin duda, más nociones de inglés que ningún otro.

Le pregunté si había algún camino que fuese hacia el este.

—Una vez, un camino —dijo él—. Ahora él muerto.
—¿Nadie va por allí? —pregunté.
—No bueno —contestó él—; muchos demonios moran allí.

—¡Oh! —dije—, ¿cobija muchos demonios el monte?
—Hombre-demonio, mujer-demonio; muchos demonios —dijo mi amigo—. Está allí todo el tiempo. Hombre que va allí, no vuelve.

Pensé que si este indígena estaba tan bien informado sobre demonios y hablaba de ellos con tanta libertad, lo que no era común, sería conveniente que tratase de informarme acerca de mí y de Uma.

—¿Usted creer yo ser demonio? —pregunté.
—No creerlo demonio —dijo lisonjeramente—. Creo todos ser tontos.

—¿Uma, ella demonio? —volví a preguntar.
—No, no; no demonio. Demonio estar en monte —dijo el joven.

Estaba mirando hacia adelante, por encima de la bahía, cuando vi que las lianas del frente del bosque fueron apartadas de repente, y Case, con una escopeta en la mano, salió a la luz solar, dirigiéndose a la oscura playa. Vestía un liviano traje, casi blanco; su escopeta centelleaba y tenía un aspecto distinguido; los cangrejos huían a su alrededor hacia sus agujeros.

—¡Hola, amigo mío! —exclamé dirigiéndome al indígena—. Usted no dice toda la verdad. *Ese* sí va al bosque y *Ese* vuelve.

—*Ese* no es lo mismo; *Ese tiapolo* —dijo mi amigo, y con un «adiós» desapareció entre los árboles.

Observé los movimientos de Case en la playa, donde la marea estaba baja, y dejé que se me adelantara en el camino de regreso a Falesá.

Iba sumido en sus pensamientos, y los pájaros parecieron adivinarlo, pues saltaban cerca de él sobre la arena, volando y cantando a su alrededor. Cuando Case pasó por mi lado, pude ver por el movimiento de sus labios que hablaba consigo mismo, y lo que me causó gran satisfacción fue observar la marca que le había dejado sobre la ceja. Debo decir la verdad: pensé cerrarle toda la carga de mi fusil, pero lo pensé mejor y me contuve.

Durante todo el tiempo y mientras lo seguía, camino a casa, repetía aquella palabra nativa que recordaba por la canción: «Polly, pon la tetera y haz el té-a-polo».

—Uma —pregunté cuando regresé—, ¿qué significa *tiapolo*?

—Demonio —contestó ella.

—Yo creí que *aitu* era la palabra que significa eso —dije.

—*Aitu* es otra clase de demonio —aclaró—; vive en el monte, come canacos. *Tiapolo* gran jefe demonio, queda en casa; todos demonios cristianos.

—Con esto no adelanto nada. ¿Cómo puede ser *tiapolo* Case?

—No todo lo mismo —dijo ella—. *Ese* pertenecer a *tiapolo*; *tiapolo* es igual a él; *Ese* es como su hijo. Suponte *Ese* desear algo, *tiapolo* se lo concede.

—Esto es muy conveniente para *Ese* —observé—. ¿Y qué le concede?

De esto resultó una mezclanza de toda clase de cuentos, muchos de los cuales —como el del dólar que extrajo de la cabeza del señor Tarleton— eran bien claros para mí, pero otros no pude comprenderlos; sin embargo, lo que más sorprendía a los canacos era lo que menos me sorprendía a mí, particularmente sus paseos al desierto donde se hallaban los *aitus*. Algunos de los más audaces, sin embargo, lo habían acompañado, escuchándolo hablar con los muertos e impartiendoles órdenes, y a salvo, bajo su propia protección, habían regresado indemnes. Algunos decían que tenía allí un templo donde adoraba a *tiapolo*, y *tiapolo* se le aparecía; otros juraban que no había ninguna brujería en esto y que hacía sus milagros por el poder de las oraciones, y que la supuesta iglesia no era iglesia, sino una prisión donde había recluido a un *aitu* peligroso. Namu había estado una vez con él en el monte y regresó alabando a Dios por esos milagros. En resumen, comenzaba yo a tener una idea de la posición de ese hombre y los medios por los cuales la había adquirido, y aunque me daba cuenta de que sería un hueso duro de roer, no me sentía derrotado ni mucho menos.

—Muy bien —dije—, iré a ver personalmente el lugar de adoración del señor Case, y veremos eso de la glorificación.

Al oír esto, Uma se preocupó mucho; si yo llegara a ir al monte, no volvería jamás, pues ninguno podía ir allí a no ser con la protección de *tiapolo*.

—Confío en Dios —añadí—. Soy un buen hombre, Uma, y creo que Dios estará conmigo.

Ella permaneció silenciosa por un momento.

—Pienso... —dijo, muy seria, y al punto agregó—: ¿Victoria, el gran jefe?

—¿Lo crees así? —dije.

—¿Él quererte mucho? —volvió a preguntarme.

Le manifesté, sonriendo burlescamente, que la anciana dama me tenía mucha simpatía.

—Muy bien —dijo ella—. Victoria ser gran jefe, quererte mucho. No poder ayudarte aquí en Falesá; no poder hacerlo... Estar demasiado lejos. Maea ser pequeño jefe..., estar aquí. Suponte él te quiere..., no hacerte daño. Ser al mismo tiempo Dios y *tiapolo*. Dios ser gran jefe..., tener demasiado trabajo. *Tiapolo* ser pequeño jefe..., le gusta hacerse ver, trabaja mucho.

—Tendré que mandarte al señor Tarleton —dije—. Tú teología está trastornada, Uma.

Sin embargo, nos ocupamos de esto toda la tarde, y con los relatos que me hacía del desierto y de sus peligros, se asustó tanto que estuvo a punto de desmayarse. No recuerdo la cuarta parte de lo que me contó, naturalmente, pues presté poca atención, pero recuerdo con claridad dos relatos.

A unas seis millas de la costa había una ensenada protegida que ellos llaman Fangaanaana, «el puerto lleno de cuevas». Yo mismo lo he visto desde el mar, desde tan cerca como pude lograr que mi tripulación se aproximase, y es una angosta franja de arena amarilla. Sobresalen oscuros peñascos llenos de negras bocas de las cavernas. Grandes árboles y enmarañadas lianas cubren los peñascos, y en un lugar, más o menos a la mitad, un gran arroyo forma una cascada.

Una vez, un bote pasaba por aquellos lugares, tripulado por seis jóvenes de Falesá, «todos muy lindos», según decía Uma, lo que fue su perdición. Soplaban un fuerte viento y se había levantado pesada mar de resaca y, cuando estuvieron a la altura de Fangaanaana y vieron la blanca cascada y la playa sombreada, todos se sintieron cansados y sedientos, pues se les había terminado el agua. Uno de ellos propuso desembarcar con la esperanza de hallar modo de aplacar su sed, y como eran jóvenes intrépidos, al punto todos compartieron aquella opinión, a excepción del menor, llamado Lotu. Era este un joven muy bueno, caballeroso y prudente; los conjuró a que no desembarcaran, afirmando que el lugar estaba poseído por espíritus, demonios y muertos, y que no había ningún ser viviente en seis kilómetros en una dirección, y en doce quizás en la otra. Pero ellos se rieron de sus palabras, y como eran cinco contra uno, remararon hacia la playa, encallaron el bote y desembarcaron. El lugar era maravilloso, había dicho Lotu, y el agua excelente. Pasearon por la playa, y no descubriendo ningún camino que permitiera escalar los peñascos, se tranquilizaron un poco; por último se sentaron y comieron los alimentos que habían traído consigo. Apenas se habían sentado, cuando seis doncellas hermosísimas salieron de la boca de una de las cavernas; tenían flores en sus cabellos, los más hermosos bustos que es dado imaginar y collares de semillas escarlata, y comenzaron a bromear con los jóvenes y estos con ellas; todos menos Lotu, pues este se dio cuenta de que no podía haber mujeres vivientes en semejante lugar. Se alejó

corriendo y se arrojó al fondo del bote, donde, cubriéndose el rostro, comenzó a orar. Todo el tiempo que permanecieron allí, Lotu estuvo sumido en sus oraciones, y esto era lo único que recordaba, hasta que sus amigos regresaron, lo obligaron a sentarse y se hicieron de nuevo a la mar. Se alejaron con rapidez de la bahía, que se hallaba ahora desierta, sin que se viese el menor rastro de las seis doncellas. Pero lo que más asustó a Lotu fue que ninguno de los cinco recordó lo que había pasado, y no hacían otra cosa que reírse y cantar como si estuvieran ebrios. Refrescó la brisa, el tiempo se volvió tormentoso, y poco después se produjo una marea extraordinariamente alta. El tiempo era tan malo que cualquier isleño hubiera regresado de inmediato a Falesá, pero estos cinco estaban como dementes, e izando todas las velas se internaron en el mar. Lotu sacaba el agua del bote y ninguno de los otros hacía ademán de ayudarlo, pero en cambio cantaban y silbaban sin parar, hablando cosas raras, estrambóticas e incomprensibles y riéndose a carcajadas cuando las decían. Lotu siguió sacando el agua del bote durante el resto del día para salvar su vida; y aunque estaba empapado de sudor y del agua fría del mar, nadie le prestaba atención. Contra todo lo que era dado a esperar, llegaron en medio de una terrible tempestad, sanos y salvos, a Papá-Malulu, donde silbaban las palmeras y los cocos volaban como balas de cañón por la verde aldea; y esa misma noche los cinco jóvenes enfermaron y no volvieron a pronunciar una palabra razonable hasta que dejaron de existir.

—¿Y me dirás que tú crees en una patraña como esta? —pregunté.

Me respondió que esto era muy conocido y que ocurría comúnmente con jóvenes buenos mozos que iban allí solos, pero aquel fue el único caso en que cinco habían sido asesinados juntos el mismo día, por el amor de las mujeres diablas, lo que había producido gran agitación en la isla, y que ella sería una loca si dudara de ello.

—Bueno, de todos modos —le dije—, nada debes temer por mí. No necesito a las diablas. Tú eres la única mujer que quiero, y el único demonio también, querida.

A eso me respondió que había también otras clases de demonios y que ella había visto uno con sus propios ojos. Había ido un día sola a la próxima bahía, acercándose quizás demasiado al lugar endemoniado. Las ramas de la elevada maleza proyectaban sus sombras sobre ella desde el borde de la colina, aunque ella misma se encontraba en un lugar plano, muy rocoso y lleno de tiernos manzanos de cuatro y cinco pies de altura. Era un oscuro día en la época lluviosa, y de cuando en cuando se desencadenaban chubascos que arrancaban las hojas haciéndolas volar en remolinos, y otras veces reinaba una gran calma como en el interior de una casa.

Sucedió en uno de esos intervalos tranquilos que toda una bandada de pájaros y vampiros salió volando del matorral, semejante a criaturas asustadas. Instantes después, ella oyó un crujido en las proximidades y vio que salía de entre los árboles un viejo jabalí

flaco y gris. Pareció pensar mientras se acercaba, y súbitamente, mientras ella lo observaba, se percató de que no era un jabalí, sino algo humano, con pensamientos humanos. Entonces empezó a correr y el jabalí detrás de ella, y mientras la perseguía, aulló con tanta fuerza que su sonido repercutió en todo el lugar.

—Desearía haber estado allí con mi rifle —dije—. Me imagino que ese jabalí habría aullado hasta asustarse a sí mismo.

Mas Uma me contestó que una escopeta no serviría para nada contra apariciones semejantes, que eran los espíritus de los muertos.

Esta conversación tuvo lugar durante la tarde, pero no cambió, naturalmente, mi parecer, y al día siguiente, armado con mi escopeta y un buen cuchillo, salí para explorar el monte. Me dirigí hacia el lugar aproximado de donde había visto salir a Case, pues si era cierto que poseía algún secreto en el monte, deduje que debería encontrar el sendero. El comienzo del desierto estaba marcado por un muro, si así puede llamársele, aunque era más bien un largo terraplén de piedras. Dicen que alcanza a cruzar toda la isla, pero cómo llegaron a saberlo, es otra cuestión, pues dudo que alguien hubiera hecho el viaje desde hacía un siglo, ya que los nativos se establecen preferentemente del lado del mar y en pequeñas colonias a lo largo de la costa, siendo aquella parte de la isla demasiado alta y escarpada y llena de peñascos. Hacia el lado oeste del muro, la tierra había sido desmontada y había cocoteros, guayabas y una cantidad de plantas

sensitivas. Al cruzar de inmediato comienza el monte, con sus arbustos tupidos, árboles altos como mástiles de barcos, cuerdas de lianas colgadas como aparejos de los mismos, e infectas orquídeas desarrolladas cual hongos. Donde no existe monte bajo, el lugar aparece cubierto por un montón de piedras. Vi muchas palomas verdes, en las que podría haber probado mi puntería, pero había ido allí con otra intención. Gran cantidad de mariposas revoloteaban sobre la tierra como hojas muertas; a veces oía la llamada de un pájaro, a veces el ulular del viento y siempre el rugido del mar a lo largo de la costa.

Pero la rareza del lugar es difícil de describir a no ser que se haya estado en el monte. Aun al mediodía, allí dentro se está siempre sumido en la penumbra. No puede verse el final por ninguna parte; adonde quiera que se mire, los árboles ocultan la perspectiva, las ramas se cruzan entre sí como los dedos de una mano, y cuando se quiere escuchar, se oye siempre algo nuevo: conversaciones humanas, risas infantiles, los golpes de un hacha en la lejanía, y a veces una especie de rápido y furtivo crujido cercano, que produce sobresalto y hace que el arma esté presta en la mano. Está bien que uno se diga que se halla solo con los árboles y pájaros; pero no logra convencerse a sí mismo; ni importa hacia dónde se dirija, pues todo el lugar parece lleno de vida y que lo mira a uno. No vayan a creer que fueron los cuentos de Uma los que me pusieron nervioso. Para mí esas charlas nativas no valen cuatro centavos; es una cosa natural en el monte, y esa es la conclusión.

Mientras me acercaba a la cima de la colina, pues la tierra asciende en este lugar tan abruptamente como una escalera, el viento comenzó a ulular sin cesar, agitando las hojas y formando claros por donde entraba la luz del sol. Esto me agradaba más; continuamente se oía el mismo ruido y no había nada que me sobresaltase. Había llegado a un lugar donde el monte era bajo y crecían lo que ellos llaman cocoteros silvestres —muy bonitos con sus frutos escarlata—, cuando el viento me trajo un sonido de canto jamás oído. Era en vano que me dijese que eran las ramas: yo bien sabía que era otra cosa. Era en vano que me imaginase que era un pájaro: nunca había oído a ningún pájaro cantar así. El sonido se hacía más agudo y aumentaba, luego moría en lontananza y se elevaba otra vez; ora parecía que alguien estuviera llorando, solo que era más melodioso; ora se asemejaba al sonido de arpas. De algo sí estaba seguro, y era que se trataba de un espectáculo demasiado hermoso para un lugar como este. Puede el lector reírse, si quiere, pero admito que recordé en aquel instante a las seis doncellas, con sus collares escarlata, que salían de la cueva de Fangaanaana, y me preguntaba si ellas cantarían así. Nos reímos de los nativos y de sus supersticiones; pero consideren cuántos comerciantes creen en ellas, hombres blancos muy educados, que han sido tenedores de libros algunos de ellos, y empleados en su patria. Es mi creencia que una superstición crece y se multiplica como las diferentes clases de hierbajos, y mientras permanecía allí escuchando aquellos lamentos, «temblé dentro de mis zapatos».¹

¹Expresión que demuestra un gran temor.

Pueden considerarme un cobarde por asustarme; sin embargo, me creí lo bastante valiente como para proseguir adelante, aunque avancé con el mayor cuidado, montado el fusil, mirando a mi alrededor como un cazador, esperando encontrarme con una hermosa joven, sentada en algún lugar en el matorral, y completamente decidido, si llegaba a encontrarla, a descargarle una andanada. No había caminado mucho cuando me encontré con algo rarísimo. En el monte se levantó un fuerte golpe de viento, que separó las hojas ante mí, y por un segundo distinguí algo que colgaba de un árbol. Al instante desapareció, pues había pasado la ráfaga y se había cerrado el follaje. Les digo la verdad: estaba preparado para encontrarme con un *aitu*, y si la aparición hubiera tenido la forma de un jabalí o una mujer, no me hubiese causado semejante susto. Lo malo era que me había parecido cuadrado, y la idea de algo vivo y cuadrado que cantaba me dejó atontado y enfermo. Debí de haber permanecido parado allí durante un buen tiempo, hasta cerciorarme de que el canto provenía del mismo árbol. Entonces empecé a recobrar el dominio de mí mismo.

«Bien —me dije—, si esto es verdad, si este es un lugar donde cosas cuadradas cantan, debo estar enfermo».

Mas pensé que no estaría de más probar si una oración haría algún bien, e hincándome, comencé a rezar en voz alta; durante todo el tiempo mientras oraba, los extraños sonidos continuaban saliendo del árbol, aumentando y disminuyendo en intensidad, y cambiando hasta convertirse en una especie de música, pudiéndose apreciar únicamente que no era humana, pues no se podía repetir silbando.

Cuando hube terminado mis oraciones, como convenía, dejé en el suelo mi fusil, aferré el cuchillo entre mis dientes, y dirigiéndome hacia aquel árbol, empecé a trepar. Confieso que mi corazón estaba tan frío como el hielo. Pero mientras subía eché una nueva mirada al extraño objeto, y eso me alivió, pues descubrí que se asemejaba a una caja, y llegando al alcance de esta, casi me caigo del árbol de risa.

Era una caja, estaba seguro, y una caja de música; hasta con su marca en un costado, formada con cuerdas de banjo, estiradas de tal manera que sonaban cuando soplaban el viento. Creo que este aparato se llama arpa eólica.¹ «Bien, señor Case —me dije—, usted me ha asustado una vez, pero lo desafío a que vuelva a asustarme» —y deslizándome del árbol me dispuse a encontrar el cuartel general de mi enemigo, que, según pensaba, no debía de hallarse lejos.

En este lugar las malezas eran tupidas; no podía ver a un paso delante de mí, y tuve que abrirme camino, empleando la fuerza y el cuchillo, mientras avanzaba, cortando las cuerdas de las lianas y derribando árboles enteros de un solo golpe. Los llamo árboles por el tamaño, pero en verdad no eran sino grandes cizañas, jugosas como zanahorias. Estaba pensando justamente que ese lugar debió de haber estado carente alguna vez de esa abundante vegetación, cuando tropecé con un montón de piedras, y vi al instante que se trataba de una obra humana. Dios sabe cuándo fue construida o cuándo fue abandonada, pues esa

¹Eólica. Relativo al viento. Deriva de Eolo, dios de los vientos en la mitología homérica.

parte de la isla no había sido hollada desde mucho antes de que llegasen los blancos. Unos pocos pasos más allá descubrí el sendero que había buscado siempre. Era estrecho, pero bien asentado, y comprobé que Case tenía una crecida cantidad de discípulos. Era sin duda una prueba de audacia que estaba de moda aventurarse a venir aquí con el comerciante, y un joven difícilmente se consideraba mayor hasta que se hubiera tatuado las nalgas y visto además los demonios de Case. Eso es muy propio de los canacos, pero, desde otro punto de vista, también es muy característico de los blancos.

Avanzando más allá por el sendero, llegué a un claro, y tuve que frotarme los ojos. Frente a mí había una pared atravesada por una grieta; estaba derruida y era, evidentemente, muy antigua, pero había sido edificada con grandes piedras muy bien dispuestas, y no había en aquella isla ningún nativo contemporáneo que pudiera imaginarse una construcción semejante. A lo largo de toda ella, en su parte superior, había una fila de raras figuras, de ídolos o espantajos, o algo así. Sus caras estaban grabadas y pintadas y ofrecían un aspecto horrible; sus ojos y dientes eran de caracoles, y sus cabellos y llamativas ropas flotaban en el viento. Hay algunas islas en el oeste donde los indígenas hacen estas figuras incluso en el día de hoy, pero si alguna vez se hicieron en esta isla, su práctica había sido olvidada y el recuerdo desaparecido hacía mucho tiempo. Y lo singular de esto era que todas las figuras estaban tan lozanas como juguetes recién salidos de una tienda.

Entonces recordé que Case me había dicho el primer día que era un buen fabricante de curiosidades de las islas, una práctica en la que muchos comerciantes emplean algunos centavos. Y con esto comprendí todo el negocio, y cómo su despliegue le servía para un doble propósito: primero para preparar sus curiosidades, y después para asustar a todos los que venían aquí.

Pero debo decirles, lo que hacía más curiosa aún la escena, que durante todo el tiempo las arpas eólicas sonaban a mi alrededor desde los árboles, y mientras las miraba, un pájaro amarillo y verde, que supongo estaría haciendo su nido, empezó a arrancar los cabellos a una de las figuras.

Un poco más allá encontré la mejor rareza del museo. Lo que vi primero fue un largo terraplén de tierra con un recodo. Al cavar con las manos para quitar la tierra, encontré debajo una lona revestida de brea, estirada sobre tablones, notándose con claridad que esto era el techo de un sótano. Estaba situado en la cima misma de la colina, y la entrada se hallaba en un lado alejado entre dos rocas, semejante a la entrada de una cueva. Me introduje hasta la curva, y, mirando por la misma, vi una cara muy brillante. Era grande y fea, como la máscara de una pantomima, y la brillantez de su cera ora aumentaba, ora disminuía y echaba humo algunas veces.

—¡Oh! —exclamé—, ¡pintura luminosa! —y debo confesar que casi admiré el ingenio de ese hombre. Con unas cuantas herramientas y unos pocos y simples inventos había logrado construir un templo endemoniado. Cualquier pobre canaco que fuese llevado

allí en la oscuridad, y oyese el gemir de las arpas a su alrededor y viese la cara humeante en el fondo de la cueva, no tendría duda alguna de que había visto y oído suficientes demonios para el resto de sus días. Es fácil saber lo que piensan los canacos. No hay que recordar sino cuando se tienen de diez a quince años; esa es la mentalidad del término medio de los canacos. Hay algunos crédulos, como los muchachos; la mayoría de ellos son, al igual que los muchachos, bastante honrados y creen todavía que es pecado robar, por lo que se asustan con facilidad. Recuerdo que cuando iba al colegio, un compañero efectuaba el mismo truco de Case. Este muchacho no sabía hacer absolutamente nada; su falta de conocimientos era completa; no tenía pinturas luminosas ni arpas eólicas; afirmaba con audacia que era un hechicero y nos asustaba, agradándonos mucho. Recuerdo que una vez un maestro le había propinado una paliza y el «hechicero» tuvo que soportarla como cualquiera de nosotros. «Debo hacer algo parecido al señor Case» —pensé. Un momento después algo se me ocurrió.

Volví por el pasaje, que una vez encontrado era muy fácil y simple de seguir, y cuando salí otra vez a la playa, ¿a quién iba a ver sino al señor Case en persona? Preparé mi fusil y lo tuve a mano, prosiguiendo ambos nuestro camino y cruzándonos sin decir una palabra, pero nos observábamos mutuamente, y no bien nos hubimos cruzado, nos volvimos de repente, quedando frente a frente. La misma idea había surgido en la mente de ambos, y era que uno podía descargar sobre el otro una andanada por la espalda.

—Usted no ha cazado nada —dijo Case.

—Hoy no he ido de caza —repuse.

—¡Oh!, por mí que lo acompañe el diablo —añadió.

—Lo mismo a usted —repliqué.

Pero ambos permanecemos allí. Ninguno hacía ademán de moverse.

Case se rió.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —observó.

—Por mí no se detenga —respondí.

De nuevo se rió.

—Vea, Wiltshire, ¿me considera usted un tonto? —preguntó.

—Más bien un canalla, si quiere saberlo —contesté.

—¿Cree usted que me convendría matarlo aquí, en esta playa abierta? —preguntó—. Porque yo no lo creo así. La gente viene a pescar a este lugar todos los días. Ahora mismo debe de haber una veintena en el valle preparando copra; puede haber una media docena en la colina detrás de usted cazando palomas; pueden estar observándonos en este mismo instante, lo que no me extrañaría. Le doy mi palabra de que no quiero matarlo. ¿Por qué habría de hacerlo? Usted no me molesta en absoluto. No ha logrado una sola libra de copra, excepto la que ha preparado con sus propias manos como un esclavo negro. Usted vegeta —así llamo yo a eso—, y no me importa dónde vegeta, ni hasta cuándo. Deme su palabra de que no piensa matarme y yo le cederé el paso y continuaré mi camino.

—Usted es franco y amable, ¿verdad? —dije—. Y yo también lo seré. No pienso matarlo hoy. ¿Por qué habría de hacerlo? Este asunto está solo en su comienzo;

todavía no ha terminado, señor Case. Ya le he dado una prueba; veo aún las marcas de mis nudillos en su cabeza en esta magna hora y tengo aún más para propinarle. No soy un paralítico como Underhill. No me llamo Adams ni Vigours y pienso demostrarle que ha encontrado en mí un adversario digno.

—Esta es una manera necia de hablar —dijo—. Y con semejantes palabras no hará que me mueva de aquí.

—Muy bien —respondí—, quédese donde está. No tengo prisa ninguna y usted lo sabe. Puedo pasarme un día en esta playa sin importarme nada. No tengo copra de qué ocuparme. No tengo pintura luminosa para encandilar a los canacos.

Lamenté haber dicho esto último, pero se me escapó antes de haberme dado cuenta. Observé que se quedó pasmado y permaneció mirándome fijamente con las cejas enarcadas. Supongo que entonces decidió averiguar esto a fondo.

—Le tomo la palabra —dijo, volviéndome la espalda y dirigiéndose al monte endemoniado.

Lo dejé ir, naturalmente, pues había empeñado mi palabra. Pero lo observé mientras estuvo al alcance de mi vista, y después que dejé de verlo traté de ponerme a cubierto lo mejor que pude; e hice el camino de regreso a mi casa bajo la maleza, pues no tenía confianza alguna en él.

Estaba seguro de una cosa, y era que había sido un asno al avisarle, y que por lo tanto debía iniciar de inmediato lo que había pensado hacer.

Ustedes creerán que con esto estaría bastante agitado, pero me esperaba otra cosa. Apenas había doblado

por el cabo lo suficiente para poder ver mi casa, advertí que había extraños en ella; cuando llegué un poco más cerca, no me quedó duda alguna. Un par de centinelas estaban agachados ante mi puerta. No pude sino suponer que el enredo, en el cual estaba mezclada Uma, había llegado a su punto culminante y que el puesto había sido tomado. También pensé que Uma había sido apresada ya, y que esos hombres armados estaban esperándome para hacer lo mismo conmigo.

Sin embargo, cuando me aproximé más —lo que hice con la máxima velocidad que me permitían mis piernas—, distinguí que un tercer indígena estaba sentado en la galería como un huésped, y que Uma estaba conversando con él como una anfitriona. Cuando estuve más cerca todavía, comprobé que era el joven jefe, Maea, quién sonreía y fumaba. ¿Y qué estaba fumando? Ninguno de nuestros cigarrillos europeos en miniatura, ni siquiera los grandes legítimos, esos artículos para nativos que lo descomponen a uno y de los que únicamente se fuma cuando se ha roto la pipa, sino un cigarro, y uno de mis mexicanos; eso podía jurarlo. Al ver todo esto, mi corazón pareció cesar de latir y tuve la viva esperanza de que el enredo había pasado y que Maea había venido a vernos.

Uma me señaló al huésped mientras me acercaba, recibéndome él junto a mi propia escalera como un caballero consumado.

—Vilivili —dijo, empleando la mejor forma en que podía pronunciar mi nombre—, estoy encantado.

No hay duda de que si un jefe isleño desea ser amable, sabe serlo. Desde un principio vi cómo se presentaba

el asunto. Uma no tuvo necesidad de llevarme aparte para decir: «Él no tiene miedo a *Ese* ahora, viene a traer copra». Les digo que estreché la mano de aquel canaco como si fuera el mejor de los blancos europeos.

El hecho era que Case y él se habían interesado por la misma chica; o Maea lo sospechaba, y decidió hacer propicia la ocasión. Se había vestido con atildamiento, llevando consigo un par de sus sirvientes, que había hecho asear y armar a propósito para dar más publicidad al asunto, y esperando que Case hubiese abandonado el pueblo, vino a verme para ponerse a mi disposición. Era tan rico como poderoso. Creo que aquel hombre valía cincuenta mil nueces por año. Además le asigno el precio corriente de las costas y un poco más también, y en cuanto al crédito, le habría adelantado todo mi negocio y la instalación también, pues tan contento estaba de verlo. Debo agregar que compró como un caballero: arroz, sardinas y bizcochos suficientes para una fiesta semanal y materiales al por mayor. Era además un hombre agradable, pero muy alegre, y nos contamos chistes, generalmente por intermedio del intérprete, pues sabía muy poco inglés, y mis nociones de la lengua nativa eran aún precarias. Deduje una cosa, y era que Maea nunca pensó mal de Uma y que nunca estuvo asustado, y lo había aparentado por astucia y porque pensaba que Case tenía mucha influencia en el pueblo y podía ayudarlo.

Esto me hizo pensar que ambos nos encontrábamos en una situación incómoda. Maea había desafiado a todo el pueblo y esto podía costarle su autoridad, y después de mi conversación con Case en la costa, pensé

que a mí podía costarme la vida. Case me había insinuado que me eliminaría si llegaba a conseguir copra; al regresar se encontraría con que el mejor negocio del pueblo había cambiado de manos, y pensé que lo mejor que podía hacer era adelantarlo en la partida.

—Escucha, Uma —le dije—, dile que lamento haberlo hecho esperar, pero había ido a echar un vistazo al negocio de Case en el monte.

—Él quiere saber si tú no asustarte —tradujo Uma. Lancé una carcajada.

—No mucho —exclamé—. Cuéntale que el lugar es una inofensiva juguetería. Dile que en Inglaterra damos estas cosas a los niños para que jueguen con ellas.

—Él quiere saber si tú oír cantar diablo —preguntó ella luego.

—Vea —le dije—, no puedo hacerlo ahora porque no tengo cuerdas de banjo, pero la próxima vez que venga el barco haré traer uno de esos mismos aparatos y lo pondré aquí en mi galería, para que él mismo pueda ver qué tiene de endiablado eso. Dile que cuando consiga las cuerdas le haré uno para su diversión. El nombre propio es arpa eólica, y puedes explicarle que el nombre significa en inglés que nadie sino los tontos le atribuyen importancia.

Esta vez estaba tan contento, que se animó a ensayar de nuevo su inglés.

—¿Tú decir verdad? —preguntó.

—¡Ya lo creo! —exclamé—. Como la Biblia. Tráeme una Biblia, Uma, si tienes una, y la besaré. O, lo que sería mejor aún —agregué, armándome de coraje—, pregúntale si tiene miedo de ir allí durante el día.

Según parecía, no tenía miedo; se atrevía a ir allí durante el día y acompañarme.

—¡Entonces quedamos en eso! —dije—. Cuéntale que ese hombre es un embaucador y que el lugar es una estupidez, y que si viene conmigo mañana, verá lo que queda de todo. Pero recálcale esto, Uma, y trata de que lo comprenda bien: si llega a hablar, no tardará en llegar a oídos de Case, y yo seré hombre muerto; dile que estoy con él, y si deja escapar una sola palabra, mi sangre lo acusará maldiciéndolo a él y a sus descendientes aquí y en todas partes.

Ella se lo tradujo y Maea me estrechó las manos, jurando por la espada y diciendo:

—No hablar. Ir mañana. ¿Usted ser amigo mío?

—No, señor —respondí—, nada de necedades. Dile que he venido aquí a comerciar y no a hacer amistades. Pero en cuanto a Case, ¡lo enviaré a la gloria!

Y con esto Maea se fue, y según pude apreciar, muy contento.

Capítulo V

Una noche en el monte

Bueno, ahora estaba comprometido; *tiapolo* debía ser derrotado antes del día siguiente, y estaba muy ocupado, no solo con los preparativos, sino con los argumentos. Mi casa parecía una sociedad de mecánicos en debate: Uma estaba muy agitada diciéndome continuamente que no debía entrar en el monte durante la noche, y que si llegaba a hacerlo, no regresaría nunca más. Ustedes conocen su manera de argüir: ya

han tenido un ejemplo con la reina Victoria y el demonio, y podrán imaginarse que me tuvo cansado antes del anochecer.

Por último, tuve una buena idea. ¿Qué ganaba yo con decirle la verdad?, pensaba; empleando su propio sistema, tendría más probabilidades de éxito.

—Te propongo una cosa —dije—. Búscame tu Biblia y la llevaré conmigo. Ella me protegerá.

Ella juró que la Biblia no serviría de nada.

—Eso lo dices en tu ignorancia de canaca —expresé—. Tráeme la Biblia.

Me la trajo, y yo volví la primera página, donde pensé que podía haber algo escrito en inglés, como resultó en efecto.

—¡Ves! —exclamé—, ¡mira esto!: «Londres. Impresa por la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera de Black Friars»¹ —y la fecha, que no pude descifrar, pues debe de haber sido impresa en las últimas décadas—. No hay demonio en el infierno que se atreva a acercarse a la Sociedad Bíblica de los Black Friars. ¡Vamos, tonta! —la animé—, ¿cómo crees tú que nos arreglamos con nuestros *aitus* en nuestro país? ¡Con la ayuda de la Sociedad Bíblica!

—Creo que ustedes no tener ningún *aitu* —dijo ella—; hombres blancos decirme ustedes no tener.

—¿Y eso te parece verídico? —pregunté—. ¿Por qué habrían de estar estas islas llenas de ellos y no haber ninguno en Europa?

—Bien, ustedes no tienen tampoco el árbol del pan —dijo ella.

¹Black Friars. Orden de los dominicos.

Tuve deseos de arrancarme los cabellos.

—Ahora escucha, querida —dije—, termina de una vez, pues me estás cansando. Llevaré la Biblia que me protegerá de todos los males, y esta es la última palabra que tengo que decirte.

La noche se presentó extraordinariamente oscura, apareciendo nubes que cubrieron todo mientras se puso el sol; no asomó ninguna estrella; solo se vio un cuarto de luna, y eso no sucedió antes de medianoche. Pero las luces del villorrio, el resplandor de los fuegos que se filtraban por las puertas de las casas abiertas y las antorchas de muchos pescadores que se movían en el arrecife hacían que el lugar pareciese iluminado; aunque el mar, las montañas y los bosques estaban desiertos. Supongo que serían alrededor de las ocho cuando emprendí el camino, cargado como un mulo. Llevaba en primer lugar la Biblia, un libro grande como una cabeza; después mi rifle, mi cuchillo, una linterna y fósforos, todo lo cual era necesario. Y después lo realmente importante: una carga mortal de pólvora, un par de bombas de dinamita para pescar y dos o tres piezas de mechas que había sacado de unas latas y unido en la mejor forma que pude, pues la mecha era solo un artículo para comerciar, y sería una locura confiar en ella. En resumidas cuentas, llevaba conmigo material suficiente para producir una buena explosión. No reparé en gastos; quería que el trabajo fuese perfecto.

Mientras estuve en campo abierto, teniendo a la vista la lámpara de mi casa, todo fue bien. Pero cuando llegué al sendero, se hizo tan oscuro que no pude orientarme, al punto que tropezaba con los árboles,

jurando como un hombre que busca los fósforos en su dormitorio. Sabía que era arriesgado encender una luz, pues mi linterna sería visible en todo el camino hasta el extremo del cabo, y como ninguno iba allí después del anochecer, se hablaría al respecto y Case no tardaría en enterarse. Pero, ¿qué iba a hacer? O abandonaba mi empresa y perdía el respeto de Maea, o encendía la lámpara y trataba de proseguir con la mayor cautela posible.

Mientras me hallaba en el sendero, caminé apresuradamente, pero cuando llegué a la negra playa tuve que correr, pues la marea estaba casi alta y para poder atravesarla y mantener mi pólvora seca entre la marejada y la escarpada colina debía emplear toda la rapidez de que era capaz. Pese a ello, el agua me llegó hasta las rodillas y casi me caí al tropezar con una piedra. Durante todo este tiempo, el apresuramiento, el aire fresco y el aroma marino mantuvieron mi espíritu alerta; pero una vez que me encontré en el monte y comencé a escalar el sendero, me resultó más fácil. El miedo al bosque se había ido bastante al ver las cuerdas de banjo y las imágenes grabadas del señor Case, y sin embargo, pensé que el paseo era bastante lúgubre, y que los discípulos de Case debían de sentirse muy asustados cuando iban allí. La luz de la linterna alumbrando entre los troncos y las ramas unidas y las entrelazadas cuerdas de lianas hizo que el lugar entero, o lo que uno podía ver, se asemejase a un juego de sombras chinescas. Venían al encuentro de uno compactadas y rápidas como gigantes, dilatándose y desapareciendo; se elevaban sobre mi

cabeza como garrotes, perdiéndose en la noche como pájaros. El suelo del monte relucía débilmente por la luz que irradiaba la madera muerta, como la superficie de las cajas de fósforos suelen brillar después que uno ha raspado una cerilla. Gotas grandes y frías cayeron sobre mí desde las ramas, como si fuera sudor. No hacía casi viento; solo una leve brisa helada de tierra adentro que no agitaba nada; y las arpas permanecieron silenciosas.

Hice el primer alto cuando hube cruzado el matorral de cocoteros silvestres, y llegué a la vista de las figuras en la pared. Parecían muy raras al resplandor de la lámpara, con sus caras pintadas, sus ojos de caracol y sus ropas y cabellos colgantes. Una tras otra las saqué de la pared apilándolas en un haz que coloqué sobre el techo de sótano, a fin de que fueran destruidas con el resto. Entonces elegí un lugar detrás de una de las grandes piedras, a la entrada, y enterré mi pólvora y las dos granadas, distribuyendo la mecha a lo largo del pasaje. Luego observé la punta humeante a manera de despedida. Me estaba portando bien.

—Alégrate —me dije—. Se va a escribir tu historia.

Mi primera idea fue volverme y regresar a casa, pues la oscuridad, el débil resplandor de la madera muerta y las sombras de la linterna me hicieron experimentar una sensación de soledad. Pero conocía el lugar donde colgaba una de las arpas; pensé que era una lástima que no corriera la misma suerte que el resto y al mismo tiempo no podía evitar reconocer que me sentía mortalmente cansado de todo el asunto y que preferiría estar en mi casa con las puertas cerradas.

Salí del sótano y contemplé ambas posibilidades. De la costa, debajo de mí, se alzaba el bramido del mar en lontananza; en las cercanías no se movía ni una hoja; podría haber sido el único ser humano en este lado del cabo de Hornos. Mientras permanecí allí sumido en estos pensamientos, el monte pareció despertar llenándose de leves ruidos. Ruidos leves, sin duda, que no tenían ninguna importancia —un breve crujido, un ligero choque—, y, sin embargo, me quedé sin respiración y mi garganta reseca. No era a Case a quien temía, lo que hubiera sido razonable. En aquel momento no pensé en Case en absoluto; lo que me venció y me atacó con la impetuosidad de un cólico fueron los cuentos de las viejas comadres, las diablasas y los jabalíes humanos. Por un momento estuve a punto de echar a correr, pero logré dominarme, salí con la linterna en alto —como un tonto— y miré a mí alrededor.

Hacia el lado del pueblo y del sendero no se veía nada, pero cuando me volví escudriñando tierra adentro, fue un milagro que no me desmayase. Pues allí, saliendo del desierto y del monte hechizado —allí, sin duda alguna—, venía una mujer-demonio, tal cual me la había imaginado. Vi resplandecer la luz sobre sus brazos desnudos y sus brillantes ojos, y lancé un grito tan fuerte que me sentí morir.

—¡Ah! ¡No gritar! —dijo la mujer-demonio en una especie de susurro—. ¿Por qué hablar en voz alta? ¡Apaga la luz! *Ese* viene.

—Santísimo Dios, Uma, ¿eres tú? —exclamé.

—*Ioe* (sí) —contestó ella—. Vine presurosa. *Ese* venir pronto.

—¿Vienes sola? —pregunté—. ¿No tienes miedo?
—¡Ah, demasiado miedo! —murmuró abrazándome—. Creí morir.

—Bueno —dije tratando de sonreír burlonamente—, no seré yo el que me ría de usted, señora Wiltshire, pues yo mismo soy el hombre más amedrentado del Pacífico sur.

Me relató en dos palabras lo que la había inducido a venir. Parece que apenas me había ido, vino Fa'avao con la noticia de que había visto al negro Jack dirigiéndose a todo correr de mi casa a la de Case. Una nada dijo y, sin perder tiempo, salió para prevenirme. Me siguió tan de cerca, que se guió por mi linterna mientras cruzaba la playa y luego logró escalar la colina al débil resplandor de la misma que se filtraba entre los árboles. Solo cuando yo hube llegado a la cima o estuve en el sótano, ella perdió el contacto y erró Dios sabe por dónde, perdiendo un tiempo precioso, pues temía llamarme por miedo a que Case se encontrase detrás de ella; y estaba llena de moretones y rasguños por los golpes que había sufrido. Allí debió de haberse extraviado alejándose demasiado hacia el sur, y por eso me sorprendió por el flanco, asustándome más de lo que es posible expresar con palabras.

Bueno, cualquier cosa era preferible a una mujer-demonio, y su relato me pareció bastante verídico. El negro Jack no tenía nada que hacer en los alrededores de mi casa, a no ser que hubiese sido mandado allí para vigilarme, y parecía que mi estúpida observación sobre la pintura y quizás alguna charla de Maea nos había llevado a una trampa. Una cosa era evidente: Una

y yo debíamos permanecer allí durante la noche; no podíamos atrevernos a regresar antes del amanecer, y aun así sería más seguro dar un rodeo por el lado de las montañas y entrar en el pueblo por detrás, o de lo contrario nos exponíamos a caer en una emboscada. Era evidente asimismo que la mina debía estallar enseguida o Case tendría tiempo de evitarlo.

Me metí en el túnel con Uma pegada a mis talones, encendí mi linterna y prendí la mecha. La primera parte se quemó como un papel, mientras permanecí parado estúpidamente, observándola quemarse, y temiendo que fuésemos a volar con *tiapolo*, lo que no entraba en mis cálculos. La segunda parte empezó a quemarse mejor, aunque más pronto de lo que había calculado; y al ver eso volví en mí, y sacando a Uma del pasaje, apagué la linterna arrojándola lejos, y ambos nos dirigimos a tientas hacia el matorral hasta que nos pareció que estaríamos a salvo, y allí nos recostamos juntos contra un árbol.

—Querida —le dije—, no olvidaré nunca esta noche. Eres una maravilla y no se te aprecia como mereces.

Se acurrucó contra mí lo más cerca que pudo. Había salido de la casa como se encontraba en aquel momento y solo llevaba puesto su *kilt*; estaba mojada del rocío y del agua del mar de la playa, y temblaba de frío y del miedo que tenía a la oscuridad y a los demonios.

—Demasiado miedo —fue todo lo que dijo.

La ladera opuesta de la colina de Case desciende en gran pendiente como un precipicio al próximo valle. Nos hallábamos en el mismo borde de este y podía ver el débil resplandor de la madera carcomida y oír en

lontananza el canto del mar debajo de mí. No me preocupé de cambiar mi posición, que me impedía toda retirada. Me daba cuenta de que había cometido un grave error con la linterna, que debería haber dejado encendida para poder ver a Case cuando se acercase al radio de luz que proyectaba la misma. Y aun cuando no hubiera tenido el sentido común suficiente para hacer esto, parecía insensato dejar que la linterna volase con las imágenes grabadas. Este objeto me pertenecía después de todo, y valía dinero, pudiendo, además, serme de utilidad. Si pudiera haber confiado en la mecha, quizás hubiese corrido al interior para rescatarla. Pero, ¿quién podía confiar en la mecha? Ustedes saben lo que es el comercio. Ese material era bastante bueno, pues los canacos lo utilizaban para pescar, operación en la cual tienen que estar muy alertas, y lo máximo que arriesgan es destrozarse una mano. Pero para cualquiera que desease producir una explosión como yo, esa mecha no era nada.

Lo mejor que podía hacer era quedarme tranquilo, tener a mano mi fusil y esperar la explosión. Fue un instante solemne. La negrura de la noche parecía impenetrable. Lo único que se veía era el fantasmagórico resplandor de la madera en descomposición, que no alumbraba nada, y en cuanto a los sonidos, agucé el oído hasta que imaginé oír arder la mecha en el túnel, pues el monte estaba silencioso como una tumba. De cuando en cuando se oía un leve crujido, pero no podía distinguirse si cerca o lejos, si era Case que pasaba a pocos metros de mí o un árbol que se derrumbaba a unos kilómetros de distancia; sabía yo tanto de eso como una criatura recién nacida.

Y luego, de súbito, el Vesubio pareció entrar en erupción. Tardó mucho en producirse, pero cuando estalló —aunque no debiera decirlo— no pudo hacerlo mejor. Al principio pareció solo una salva de fusilería y una corta llamarada que iluminó el bosque lo bastante como para poder leer a su luz. Después comenzó la función. Uma y yo fuimos semisepultados bajo una tonelada de tierra, y podíamos estar contentos de que no hubiera sido peor, pues una de las rocas que estaba en la entrada del túnel voló por el aire, cayendo a unas pocas pulgadas del lugar donde nos hallábamos y, rebotando sobre el borde de la colina, se precipitó con enorme estruendo al próximo valle. Comprobé entonces que había calculado mal nuestra distancia o cargado demasiada dinamita y pólvora, como ustedes quieran.

Al punto vi que había cometido un error. El ruido de la explosión empezó a morir en la lejanía sacudiendo la isla; el deslumbramiento había pasado y, sin embargo, la oscuridad, contrariamente a lo esperado, no volvió a producirse. Pues el bosque entero estaba cubierto de carbones rojos y tizones de la explosión que quedaron esparcidos en la planicie a mí alrededor: algunos habían caído al valle y otros quedaron sujetos en las copas de los árboles, donde siguieron ardiendo. No temía yo un incendio, pues esos bosques eran demasiado húmedos para arder. Pero lo malo de todo esto era que el lugar estaba iluminado, no mucho, pero lo bastante como para ser herido de un balazo; y por la forma como estaban desparramados los carbones, podía ser una ventaja tanto para Case como para mí. Miré a mi alrededor, pueden estar seguros,

para distinguir su cara pálida, pero no había señales de su presencia. Y en cuanto a Uma, pareció haberse quedado sin vida por la explosión terrible y el resplandor que la misma produjo.

Pero me sucedió un percance inesperado. Una de las malditas imágenes grabadas había caído envuelta en llamas: sus cabellos, ropas y cuerpo, a unos cuatro metros de distancia de donde me encontraba. Lancé una mirada a mi alrededor; no había aún rastro de Case, y decidí sacar de en medio ese palo en llamas antes de que viniese; de lo contrario me acribillaría a balazos como a un perro.

Mi primera idea fue adelantarme a gatas, mas luego pensé que la velocidad era lo principal, y me incorporé a medias, preparándome a salir. En ese mismo momento, en algún lugar entre el mar y yo, se vio un resplandor seguido de una explosión, y una bala de rifle pasó silbando junto a mi oreja. Giré sobre mí mismo y alcancé mi rifle, pero el canalla tenía un Winchester y, antes de que yo pudiese verlo, su segundo tiro me derribó como si fuera un juego de bolos. Me pareció que fui lanzado por el aire, cayendo luego en el camino donde permanecí semiatontado durante medio minuto; entonces me hallé con las manos vacías, pues mi arma había volado por encima de mi cabeza al caer. Decididamente, el hallarse en una situación como la mía despierta el instinto de conservación. En realidad no sabía dónde estaba herido, ni si lo estaba siquiera, pero dándome vuelta me arrastré hacia el lugar donde había caído mi arma. Si uno no ha intentado andar con una pierna rota, no sabe lo que es ese dolor: lancé un aullido de novillo herido.

Este grito fue el más desafortunado que di en mi vida. Hasta entonces Uma había permanecido acurrucada al lado del árbol como una mujer comprensiva, al darse cuenta de que solo sería un estorbo; pero cuando me oyó gritar, corrió hacia mí. El Winchester disparó otra vez, y ella cayó.

Me había sentado, a pesar de la pierna herida, para detener a mi mujer: pero cuando la vi caer, me agaché de nuevo donde me hallaba, quedándome quieto, y tanteé el mango de mi cuchillo. Mi adversario me había ganado por la mano, y puesto fuera de acción. No me iba a ocurrir de nuevo. Había derribado a mi mujercita y yo debía arreglar cuentas con él; permanecí allí, apretando los dientes y estudiando mis probabilidades. Mi pierna estaba rota, mi arma había desaparecido. A Case le quedaban todavía diez balas en su Winchester. Todo parecía estar en contra mía. Pero yo nunca desesperé. Tenía una idea fija: ese hombre debía ser eliminado.

Durante algún tiempo ninguno de los dos tomó la iniciativa. Entonces oí a Case acercarse entre el matorral, con mucha cautela. El fuego se había extinguido, quedando solo algunos carbones esparcidos por aquí y por allá, y el bosque estaba casi oscuro, vislumbrándose solamente un tenue resplandor, como de un fuego que se apaga. Este me ayudó a distinguir la cabeza de Case, que me observaba por encima de unos matorrales bajos; el cual, en ese mismo instante, al verme se llevó el Winchester al hombro. Me quedé muy quieto: era mi última oportunidad, pero sentí que el corazón iba a saltárseme del pecho. En este momento

Case disparó. Por suerte, para mí, no era un rifle de precisión, pues la bala fue a dar a una pulgada de mí, llenándome los ojos de tierra.

Intente el lector permanecer quieto mientras un hombre apunta y dispara, errándole solo por una pulgada. Mas yo lo hice, afortunadamente. Por un instante, Case mantuvo el arma en alto, y lanzando una breve carcajada, salió del matorral.

«¡Ríete! —pensé—. ¡Si tuvieras la inteligencia de un grillo, estarías rezando!»

Sentía mis músculos tensos como la cuerda de un reloj, y cuando lo tuve a mi alcance, lo cogí por el tobillo, lo levanté en vilo, derribándolo, y me coloqué encima de él, pese a mi pierna rota, antes de que pudiera respirar. Su Winchester llevó el mismo camino que mi fusil; ya estábamos iguales, y lo desafié. Sé que soy un hombre fuerte, pero nunca supe hasta dónde llegaban mis fuerzas hasta que tuve entre mis manos a Case. Había quedado este medio atontado por el golpe que se dio al caer, y alzó sus manos por encima de su cabeza, como una mujer asustada, dándome oportunidad de poder sujetarle ambas con mi mano izquierda. Esto lo hizo despertar y clavó sus dientes en mi antebrazo como una comadreja. Eso no me importaba nada. Por el dolor que me causaba mi pierna, no sentía ningún otro, y entonces busqué una vaina adecuada para hundir mi cuchillo.

—¡Ahora te tengo! —exclamé—. Puedes considerarte un hombre perdido; lo que es una suerte para todos. ¿Sientes esta cuchillada? ¡Esta es por Underhill! ¡Y esta es por Adams! ¡Y esta es por Uma! ¡Y ahora exhala tu alma rastrera!

Sin más, le clavé el frío acero con todas mis ganas. Su cuerpo se agitó debajo de mí como un sofá de resortes. Después lanzó un quejido horrible y prolongado y no se movió más.

«¿Has muerto? ¡Ojalá!» —pensé, pues mi cabeza estaba dándome vueltas. Pero no quería arriesgarme; tenía el ejemplo de todo lo que había sucedido hacía apenas unos segundos, y traté de sacarle el cuchillo que le había clavado, para hundírsele otra vez. Recuerdo que mis manos se llenaron de sangre, tan caliente como el té, y me desmayé cayendo con mi cabeza sobre su boca.

Cuando recobré el sentido reinaba profunda oscuridad; las cenizas se habían apagado y solo se veía el vago resplandor del bosque; no pude recordar ni dónde estaba, ni por qué sentía tanto dolor ni con qué estaba empapado. Poco a poco recobré la memoria, y lo primero que hice fue hundirle a Case el cuchillo media docena de veces más hasta el puño. Creí que ya había muerto, pero esto no le hizo mal a él, sino bien a mí.

—Apuesto a que ahora estarás muerto —dije, y llamé inmediatamente a Uma.

Nadie me respondió; hice un movimiento para ir a buscarla, pero el dolor de mi pierna rota me desvaneció de nuevo.

Cuando recobré el conocimiento por segunda vez, las nubes habían desaparecido, excepto unas cuantas que surcaban el firmamento, blancas como copos de algodón. La luna brillaba en el cielo: una luna tropical. La luna en mi patria ensombrece los bosques

de modo que estos aparecen negros; pero esta luna los iluminaba con reflejos verdosos, como de día. Las aves nocturnas —o más bien cierta clase de pájaros mañaneros— cantaban como ruiseñores, prolongando o disminuyendo sus agudas notas. A la luz de la luna pude ver al muerto, sobre el cual me encontraba todavía medio recostado. Sus ojos abiertos miraban al cielo y no parecía más pálido ahora de lo que era en vida. Un poco más allá vi a Uma tendida en el suelo. Traté de llegar a ella lo mejor que pude, y cuando lo conseguí, la encontré completamente despierta, quejándose y sollozando muy quedamente, sin hacer más ruido que un insecto. Parece que tenía miedo de gritar a causa de los *aitus*. Ya hacía tiempo que había recobrado el conocimiento. No, no estaba muy lastimada, pero sí muy asustada; me llamó, y al no recibir respuesta alguna, pensó que los dos estábamos muertos. Desde entonces se encontraba allí tendida y demasiado atemorizada para mover un solo dedo. La bala le había rasguñado el hombro y había perdido bastante sangre; pero yo le vendé la herida lo mejor que pude con un trozo de mi camisa y una faja que llevaba, recliné su cabeza sobre mi rodilla sana, y apoyándome contra el árbol, me preparé a esperar a que se hiciera de día. Uma no era para mí una ayuda ni una distracción, y lo que hizo fue agarrarse de mí temblando y sollozando. No creo que jamás haya habido persona más asustada que ella, y, a decir verdad, tenía motivos para estarlo, pues había pasado una noche llena de acontecimientos horribles. En cuanto a mí se refiere, me sentía con bastante dolor y fiebre, pero

no me encontraba del todo mal mientras permanecí sentado y quieto; sobre todo, cada vez que miraba hacia Case sentía ganas de cantar y silbar. ¡Ya no pensaba en comer y beber! El contemplar a ese hombre muerto como un arenque me llenaba de alegría.

Al cabo de un rato las aves nocturnas cesaron de gritar y la luz empezó a cambiar de tonalidades: el Oriente se tiñó de color anaranjado y el bosque entero resonó con el canto de miles de pájaros, cual si fuera una caja de música, y llegó el día.

Sin embargo, no esperaba hasta bien entrada la mañana a Maea, aunque también podía suceder que reconsiderase la idea y no retornase más. Por eso fue inmensamente mayor mi alegría cuando una hora después de amanecer oí el quebrar de ramas y el canto y risas de muchos canacos, que de esta forma trataban de infundirse valor.

Al percibir esos primeros sonidos, Uma se sentó de un brinco y pronto ambos vimos un grupo que en fila india se acercaba por el sendero. Maea venía al frente y detrás le seguía un blanco cubierto con un casco. Era el pastor Tarleton, que había llegado la noche anterior a Falesá, y, abandonando su bote, había cubierto la última etapa con una linterna.

Los canacos sepultaron a Case en el campo de la gloria, precisamente en el sitio donde él les mostró la cabeza humeante y luminosa.

Esperé a que esto se hiciera; el pastor Tarleton rezó una oración, lo que en verdad me pareció ridículo, pero tengo que afirmar que en su discurso nos expuso con negras perspectivas la vida futura del muerto, y

al parecer tenía sus ideas propias acerca del infierno. Más tarde discutí con él sobre este asunto y le dije que había descuidado su deber, pues lo que debía haber hecho era decir sencillamente a los canacos que Case se había condenado y que para él no había salvación posible; mas nunca pude lograr que pensase como yo.

Luego hicieron una camilla con ramas, me pusieron en ella y me llevaron al puesto. El pastor ajustó mi pierna rota, aunque la juntura que hizo fue bastante mediana, como de misionero y no de médico, por lo cual he quedado cojo hasta el día de hoy. Hecho esto, tomó declaración a Uma, a Maea y a mí, las transcribió y nos hizo firmarlas. Después de llamar a los jefes se dirigió con ellos a ver a Papá Randall y al negro, y en busca de los papeles y documentos de Case.

Todo lo que encontraron fue un diario incompleto, de fecha muy lejana, y lo relativo al precio de la almendra de coco, de los pollos robados..., y además libros de comercio y el testamento. Según este, todo lo que había en la casa pasó a ser propiedad de la mujer samoana; más yo se lo compré a un precio muy razonable porque ella deseaba volver rápidamente a su hogar. En cuanto a Randall y al negro, tenían que marcharse de la casa, y se dirigieron a un puesto cerca de Papá-Malulu, donde fracasaron en los negocios porque, a decir verdad, ninguno de los dos era apto para esos menesteres. Se dedicaron luego a la pesca, lo que fue causa de la muerte de Randall. Sucedió un día que hubo gran cantidad de peces y Papá se fue a pescar con dinamita; o la mecha se consumió demasiado pronto o Papá se hallaba bebido, o ambas cosas

a la vez, el caso es que la granada estalló antes de que Papá la arrojase, y la mano de este voló por los aires. ¿Dónde fue a parar? Esto en sí no es una desgracia irremediable, pues las islas están atestadas de hombres con una sola mano, como los personajes de las *Noches de Arabia*; pero ya fuera porque Randall era demasiado viejo, ya porque bebiera demasiado, el resultado final fue que murió. Poco después el negro fue deportado de la isla por haber robado a unos blancos, y se fue al oeste, donde moraba gente de su propio color, que lo atraparon y se lo comieron como alimento tonificante; y estoy seguro de que esos caníbales lo encontraron muy de su gusto.

Así, pues, me quedé en la gloria, solo en Falesá. Cuando llegó la goleta le entregué una carga de copra tan alta como una casa. He de decir que el pastor Tarleton hizo todo perfectamente cuando estuvo con nosotros; pero se vengó a su modo.

—Ahora, señor Wiltshire —me dijo—, he arreglado sus relaciones con todo el mundo en Falesá. Esto no era cosa fácil habiendo vivido aquí Case; pero lo hice, y además di mi palabra de que usted comerciaría honradamente con los nativos. Le pido que cumpla mi palabra.

Así lo hice. Generalmente mis cuentas y balances me daban bastante que hacer, y yo razonaba de esta manera: nosotros los blancos siempre hemos pergeñado con más o menos habilidad nuestros balances y cuentas, y todos los nativos lo saben, y por eso agregan agua a su almendra de coco; así que esto también era justo. Pero la verdad es que siempre me sentía

incómodo; y por eso, aunque me iba muy bien en Falesá, me alegré mucho cuando la firma me trasladó a otro puesto donde no iba a estar atado con ninguna promesa a ningún pastor, y donde podía, por lo tanto, hacer lo que quisiera de mis cuentas.

Por lo que se refiere a la «señora», todo el mundo la conoce muy bien. Solo tiene un defecto; si no se la vigila con ojo avizor, se irá lejos del puesto. Pero esto, al parecer, es propio de los canacos. Llegó a ser una corpulenta mujer, tanto que podría cargar sobre sus hombros a un policía de Londres. Más esto también es natural en los canacos; y no hay «duda de que es una mujer número uno».

El pastor Tarleton se fue una vez terminada su misión. Jamás he encontrado un misionero tan bueno, y ahora, según parece, es pastor en los alrededores de Somerset. Muy bien, eso es mucho mejor para él; allí no habrá canacos que convertir.

¿Y mi tienda? Al irme yo desapareció todo. Soy algo presuntuoso. No me gustaría que los muchachos emigrasen, y —no hay que decirlo— nunca estarían mejor que por aquí, y jamás entre los blancos, aunque Ben llevó al hijo mayor a Auckland,¹ donde se educa en la mejor escuela. Pero lo que me aflige son las muchachas. Naturalmente que están a medio educar; lo sé tan bien como el que más, y creo que no hay nadie que tenga en menos a los «medio educados» que yo; pero son mías y no puedo avenirme a la idea de verlas casadas con canacos; ahora, que me gustaría saber dónde podría encontrar a «los blancos».

¹Auckland. Ciudad del norte de Nueva Zelanda.

Índice

El diablo embotellado/ 5

La Isla de las Voces/ 52

La costa de Falesá/ 84

Capítulo Primero

Una boda en los mares del sur/ 84

Capítulo II

La maldición/ 102

Capítulo III

El misionero/ 131

Capítulo IV

La obra diabólica/ 147

Capítulo V

Una noche en el monte/ 171

